

LS

Ne 268









Me 268 DE LA
GUERRA EN AFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF

TRADUCIDA, ANOTADA Y ADICIONADA

CON UN

VOCABULARIO ELEMENTAL

MARROQUÍ-ESPAÑOL É HISPANO-MARROQUÍ

POR

Juan Prats y Gimeno

Teniente Coronel de Infantería



GUADALAJARA

TALLER TIPOGRÁFICO DEL COLEGIO DE HUÉRFANOS

1913



De la guerra en Africa





1930/828

DE LA GUERRA EN AFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF

TRADUCIDA, ANOTADA Y ADICIONADA

CON UN

VOCABULARIO ELEMENTAL MARROQUÍ-ESPAÑOL É HISPANO-MARROQUÍ

POR

Juan Prats y Gimeno

Teniente Coronel de Infantería



GUADALAJARA

TALLER TIPOGRÁFICO DEL COLEGIO DE HUÉRFANOS

1913

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito legal correspondiente.

Bibliothek der
Deutschen
Morgenländischen
Gesellschaft.

①: Ne 268

A la Señora Mariscala Bugeaud d'Italy

Señora Mariscala:

A nadie puede admirar que os dedique un libro titulado DE LA GUERRA EN AFRICA; vuestro nombre basta para justificar este homenaje. Cuanto yo he aprendido, cuanto sé como soldado, al Mariscal Bugeaud se lo debo, y á él hubiera dedicado esta obra si la muerte no hubiese privado á Francia de su mejor capitán y de uno de sus mejores ciudadanos. No existe ya, y se lo dedico á su viuda. Si vuestro hijo, señora, ingresara un día en la carrera de las armas, yo me permito esperar que os dignaréis poner en sus manos este libro, donde hallará en cada página un recuerdo de su padre. En cuanto á vos, señora Mariscala, sólo deseo que halléis en él una nueva prueba de mi eterno reconocimiento al hombre ilustre bajo cuyas órdenes estoy orgulloso de haber tenido el honor de servir.

General Yusuf



De la guerra en Africa

HACE veinte años (1) que combato bajo las banderas de Francia, á la cual he consagrado mi espada y mi vida: me atrevo á esperar que semejante ofrenda y los servicios prestados á mi país, aunque pocos, me darán el derecho de tratar á mi vez la tan controvertida cuestión de la guerra de Africa.

Gracias á una conquista noblemente emprendida y valerosamente continuada, el Africa pertenece hoy á Francia: nuestros soldados no pueden encontrar

(1) El general Yusuf ó Jusuf nació en la isla de Elba el año 1805, y siendo muy niño fué cautivado por unos corsarios berberiscos, en la travesía de Florencia.

El bey de Túnez le compró á estos piratas y, habiéndole caído en gracia, le hizo educar esmeradamente, facilitándole profesores de turco, español, árabe y de todos aquellos conocimientos y ejercicios que hubiera podido facilitar á un hijo predilecto.

A consecuencia de una intriga sentimental con la hija de su dueño, tuvo que huir á través de grandes peligros y, refugiado en Argel, que hacía poco habían tomado los franceses, sentó allí plaza, con los nombres de *Joussouf Mamelouck*, el 2 de Diciembre de 1830. Tenía, pues, entonces, unos veinticinco años y no recordaba, ó no quería recordar, su propio nombre ni los apellidos de sus padres.

mejor teatro para aguerrirse; nuestras poblaciones mejor desahogo, ni la nacional actividad un terreno más magnífico; pero importa que la conservación de este Imperio sea realizada con los menores sacrificios posibles.

Incesantemente se oyen quejas de lo que á Francia cuesta su establecimiento africano; según ciertas gentes, la guerra que debía estar terminada, dura todavía, y es de admirar que los árabes no estén ya completamente sometidos. Conozco desde niño, el carácter de los árabes y puedo afirmar que se trata de una raza poco menos que indomable, á la que no será posible atraer á nuestra civilización, á nuestros hábitos ni á nuestras costumbres, sino después de muchos años. En vano se me opondrá la objeción de que les llevamos aquélla, pues nuestra civilización á sus ojos es como su barbarie para nosotros. El trabajo es la primera necesidad de los pueblos occidentales, al paso que los hombres de Oriente no sueñan sino con el reposo: el sóbrio árabe se contenta con muy poco, y prefiere su tienda humilde á nuestros palacios más

Su carrera fué rápida. Capitán en los spahis al año siguiente, jefe de escuadrón el año 1834, coronel de caballería indígena en 1841, toda su historia militar es en estos once años una serie continuada y brillante de hazañas, donde á la par se miran resplandecer el valor temerario y la inteligencia del soldado.

Abd-el-kader, aquel prestigioso caudillo de fama universal, tuvo en Yusuf un adversario afortunado que le persiguió tenazmente, un día y otro día, un año y otro año y en más de una ocasión estuvo á punto de hacerle prisionero.

No es, por lo tanto, extraño que durante una breve licencia que disfrutó el año 1841 en París, fuese el héroe de actualidad, llamando la popular atención por su bizarría y gentileza, su porte caballeres-

hermosos, desdeñando nuestras artes y nuestra industria. Desde los tiempos bíblicos continúa siendo lo mismo; sus costumbres y hasta sus vestidos han permanecido invariables; no experimentan ninguna de las necesidades de un pueblo civilizado, y cuando lo tratamos de bárbaro nos tiene compasión, desean únicamente vivir y morir como vivieron y murieron sus padres.

Este mismo fanatismo prueba que los árabes no están sometidos, sino sólo domados por nuestras 75.000 bayonetas y contenida su impaciencia de sublevarse por la convicción de que otros batallones pasarían el Mediterráneo sin titubear en cuanto se tratara de sofocar nuevas insurrecciones. En una palabra, podemos tener domeñados, sujetos bajo nuestro yugo á los árabes, pero éstos aprovecharán con ahinco todas las ocasiones que para sacudirlo entrevean.

Así el día en que Francia llamara una parte del ejército de Africa, esta noticia, esparcida como la fulguración de un relámpago, sería la señal de un vasto

co y sus novelescas aventuras. Entonces se convirtió al catolicismo y casó con la hija del general Guillerminot.

Vuelto á la campaña de Argelia, supo continuar valerosamente su leyenda y, fué promovido á general de brigada, luego de merecer otras distinciones y recompensas, el año 1851, y á divisionario en 1856.

La expedición contra la kabylia, en 1857; la derrota de los marroquíes invasores, en 1860, y la formidable insurrección que logró dominar en 1864, consolidaron su acierto y su distinción como caudillo, y á él estaba indudablemente reservado el gobierno de Argelia, cuando por ciertas diferencias políticas fué trasladado á Francia, donde falleció el 66.

Publicó *De la guerra en Africa*, el año 1850, en Argel. — N. del T.

incendio que no tardaría en abrasar las tres provincias. Abd-el-kader no se ha llevado consigo el carácter árabe ni el odio contra los cristianos profesado por todos los sectarios del Korán: la chispa yace bajo las cenizas, y bastaría sólo un soplo para reanimarla.

Después de la marcha del Mariscal Bugeaud, Argelia descansaba en completa seguridad, esperando que después de las numerosas expediciones hechas en el país durante diecinueve años había llegado por fin el día en que árabes y kabyilas comprendieran que á cada una de sus revueltas nuestras columnas únicamente les habían de llevar la desolación, la ruina y la muerte. La última campaña del ilustre Mariscal parecía franquearnos la puerta de Bugia, la puerta de tierra, la *buena*, como decía el Duque de Orleans, cuando en el invierno de 1849 se supo en Argel que acababa de estallar una insurrección en el seno de las tribus del círculo de Bugia. Merced á las vigorosas disposiciones tomadas por el Gobernador General, al arrojo de nuestras tropas y á la energía de sus jefes, el orden se restableció; pero en muy poco estuvo que no tuviéramos que mandar á la Mitidja una columna, como había sucedido en 1845 y 1846.

El resultado nos probó á todos que habíamos hecho progresos inmensos, pues las provincias de Argel y de Orán, desde las cuales se había enviado una parte de sus tropas mejores á las expediciones de Zaatcha (donde se hallaban 11.000 hombres) permanecieron en la tranquilidad más perfecta. Los convoyes de Costantina á Bathma, de Medeah á Boghar, de Aumale á Busada, y aun los de Setif á Bugia, que atravesaban el corazón de la gran kabyilia, pasaron por

todas partes sin ser inquietados. Esto consistía en que los árabes tenían la persuasión de que á la primera señal podrían marchar 60.000 bayonetas sobre todos los puntos amenazados (1).

Afirmo, pues, sin temor á ser desmentido, que pedir hoy la reducción del ejército de Africa, sería como pedir el abandono de todo el interior para ceñirse á la ocupación del litoral, y ¿de qué habrían servido en este caso tanta sangre derramada, tanto dinero consumido y tantas fortunas comprometidas? Por otro lado, no puede pedirse que la Francia mantenga eternamente en Argelia el mismo efectivo que ahora, y el estado de nuestra Hacienda exige pensar desde luego y de una manera formal, en poner un límite á sacrificios que no podría soportar mucho tiempo.

Entre la reducción inmediata, que sería la ruina de Argelia, y el mantenimiento prolongado del efectivo,

(1) Inútil parece observar la importancia entrañada en todas estas afirmaciones del autor y la reflexión que merecen.

Hijas de un conocimiento profundo de las tribus de referencia, en ellas radica el secreto para conseguir dominarlas: El peso del yugo y el temor del castigo, son los únicos medios; se trata, en general, de una raza indomable, terca y rebelde, que ya en tiempos antiguos *sin el fanatismo islamita*, demostró que sólo bajo la fuerza se doblaba: Los dominadores romanos conducían los vencidos á parajes lejanos, pero apenas veían éstos una proporción favorable, abandonaban el sitio de su destierro, y animados por la sed de venganza, tornaban á sus montañas después de haber destruído cuanto había podido caer bajo sus manos. Es muy de notar que las citadas condiciones de carácter se agigantan sobre todo en los montañeses del Rif: *Romped la cabeza á un kabila — dicen los mismos árabes — y hallaréis una piedra en ella.*

¿Será necesario advertir que las piedras nunca se han laborado, ni se pueden laborar con blanduras? — N. del T.

que sería una carga demasiado pesada para el presupuesto, voy á proponer un término medio, conservando de una manera absoluta, bien entendido, toda nuestra conquista. El sistema de ocupación que me propongo desarrollar lo sometí á examen del Mariscal Bugeaud hace algunos años, y éste, aprobando completamente mis ideas, no las puso más que una dificultad, y fué la de no estimar posible su ejecución *inmediata*. El estado del país ha sufrido modificaciones singulares desde aquella época, y estoy convencido de que el Mariscal no pondría hoy el reparo de la inoportunidad.

Puede haber insurrecciones á cada momento, pero yo creo, según me han enseñado una larga experiencia y un conocimiento profundo de los árabes, que el buen empleo de las tropas y disposiciones bien entendidas tomadas de antemano pueden hacer abortar cualquier tentativa de sublevación. Se ha notado que bajo las diferentes dominaciones en Argelia, nunca se ha iniciado una insurrección en el Tell ni en la kabyliá; se han registrado algunas en esta última comarca, pero todas locales sin que jamás se hayan propagado al exterior, y quedando siempre limitada su acción. Así, el ejemplo de muchos siglos nos demuestra que todos los alzamientos provienen del Sur, y á los que me arguyeren recordando las insurrecciones del Dahra, del Harenceniz, y aun las de los Flittas, contestaré que no se hubieran realizado á no tener los habitantes, ó más bien los cherifes, en perspectiva el Sur, que ha servido continuamente de refugio á los hombres del Tell y á todos los que se han declarado en rebeldía. El Sur es, pues, la cuna ordina-

ria de las insurrecciones, ¿cuál será el medio de reprimirlas ó más bien de sofocarlas en el momento de nacer? Trataré de indicarlo.

Sería precisa la organización de cinco columnas mandadas por otros tantos coroneles y compuestas como sigue:

2.000 bayonetas.

500 jinetes.

Una sección de artillería de montaña.

Idem íd. del tren de transportes militares.

Idem íd. de tropas de ingenieros.

Una ambulancia completamente dotada.

Cada columna fuerte de 3.000 hombres, presentes en las filas y no sobre el papel, recorrería el país en las zonas que voy á indicar.

La primera operaría entre Tebesa y los oasis de Biskara.

La segunda entre este último punto y Busada.

La tercera entre Busada y Laghuat; ésta, que sería la columna del centro, tendría á su cabeza un oficial general, cuyo mando se extendería sobre todas las demás.

Colocaría la cuarta columna entre Laghuat y Stitten; y finalmente, la quinta entre Stitten y Zebdu.

Estas columnas serían permanentes en las zonas dichas y los puntos que deberían ocupar se hallarían provistos con abundancia de arroz, galleta y cebada; las ambulancias se situarían en los puestos indicados.

Con tal sistema me parece imposible una insurrección, y aún si estallara, sería prontamente sofocada, resultando, además, una economía notable de la presencia de tropas, disponibles siempre, en los lugares

ordinariamente más amenazados. Lo que nos ha costado más hombres y más dinero después de la conquista, han sido las insurrecciones repentinas, imprevistas y lejanas que obligaban á organizar los transportes con grandes gastos y á reunir por la fuerza en un punto dado un material enorme, además de un número de tropa considerable. No han costado menos las marchas forzadas que ha sido preciso imponer á reclutas recién llegados de Francia, los cuales, si bien nunca han carecido de ánimo, no estando acostumbrados al clima, á las privaciones ni á las fatigas de la marcha, no tardaban en sucumbir bajo penalidades para las que no estaban ejercitados.

Supongamos ahora que sobreviniera una gran insurrección en el Este, el Oeste ó cualquier otro punto de Argelia, y véase lo que habría de hacerse: Al recibimiento de la primera noticia, sin esperar las órdenes, algunas veces tardías, enviadas desde Argel por los comandantes de las divisiones, el General jefe de la columna del centro debería trasladarse al teatro de dicha insurrección, mandando al mismo tiempo á las dos columnas inmediatas la orden para reunirse allí, de modo que tendría inmediatamente á su disposición cerca de 9.000 hombres. Ante fuerzas semejantes no sólo no podría propagarse la insurrección, sino que, por el contrario, sería reprimida en el acto. Repito, además, que con el sistema de columnas volantes no se daría, con toda seguridad, este caso.

En el invierno, que bajo estas latitudes es la primavera de Europa, cada columna recorrería su zona respectiva; y durante los grandes calores del estío podrían buscar alojamiento en el Tell, donde hallarían

agua y bosques extensos. En caso de necesidad las estancias allí serían prolongadas, y á semejanza de las legiones romanas, de las que se conservan tantos recuerdos en Africa, nuestros regimientos, debiendo á su vez, más bien que reprimir la guerra el prevenirla, podrían dejar en aquella región señales de su paso. Las columnas hallarían entonces puntos de abastecimiento en el Tell, en Lala-Marghnia, Daya, Sidi-bel-Abes, Frenda, Saida, Tiaret, Teniet-el-Haad, Boghar, Aumale, Bordj-el-Buaridj, Setif y Bathna.

Convendría, mientras fuera posible, conservar en estas columnas los mismos regimientos y designar varios, tales como los zuavos y los cazadores de Africa, para formar el núcleo del ejército: de este sistema resultaría una ventaja enorme que nunca podrá apreciarse bastante, cual es la de tener hombres perfectamente aclimatados, conocedores del país y habituados á una guerra diferente de las demás (1).

Su traje debería ser el de los zuavos, y su armamento la carabina de bala forzada.

Inútil es decir que sería necesario, proporcionalmente, recompensar estos servicios, considerando á

(1) No pueden ser más evidentes los propósitos del autor, y su eficacia es á todas luces manifiesta: 1.º Ostentación continua de fuerzas bastantes para sofocar toda intentona, y 2.º, tener estas fuerzas perfectamente aclimatadas, hechas al país y á todo linaje de fatigas, conocedoras del terreno y de las costumbres, templadas, en fin, y constantemente apercebidas: El brazo siempre levantado y amenazando el golpe con el acero que intimida. Repetimos que su eficacia es á todas luces manifiesta, y que no es para echar en olvido lo caro, lo costosísimo que tiene que resultar forzosamente la improvisación de organismos cuando, llegado el trance, se tiene que sujetar la rebeldía. — N. del T.

los soldados que hubiesen evitado una insurrección tan meritorios como á los empleados en reprimirla. Semejantes expediciones serían quizá menos brillantes que las guerras ordinarias, pero los individuos que tomasen parte en ellas sufrirían mayores fatigas. Justo sería, pues, adoptar un sistema de recompensas especiales para estos servicios extraordinarios.

Las columnas móviles serían verdaderas vanguardias, á cuyo abrigo y protección reinaría en las colonias agrícolas, una completa seguridad, y esto haría refluir hacia todas nuestras posesiones del interior los brazos frecuentemente ociosos de las poblaciones del litoral. Los convoyes necesarios para el abastecimiento de las columnas, estarían muy lejos de ocasionar los gastos de otro tiempo. Entonces, cuando la guerra era general, no había más remedio que pagar hasta 5 francos diarios por un mulo, y con esta organización, los transportes se harían á voluntad, encontrando fácilmente camellos para ser empleados en ellos por la suma extremadamente mínima de 50 céntimos al día.

Admitiendo este sistema de columnas móviles, quiere decir, el de 15.000 hombres puestos en movimiento incesante, estoy firmemente convencido de que bastarían 50.000 soldados para asegurar el servicio del litoral y completar las guarniciones de los puntos del interior. El ejército de Africa se reduciría, pues, á 65.000 hombres, y es indudable, que merced á los resultados conseguidos, al cabo de dos años podría disminuirse hasta 50.000; 15.000 para las columnas y 35.000 para emplearlos en el interior.

Hecha esta exposición general, voy á tratar de in-

dicar en los capítulos siguientes cómo deben dirigirse las columnas en Africa y los procedimientos que me han dado mejor resultado en mis expediciones.

He decidido escribir este libro sólo para los Oficiales modernos que son los llamados á suceder á nuestros valientes Generales en Africa: bueno es que sepan cómo ha de hacerse la guerra en este país; guerra, ya lo sé, menos sabia que las guerras de Europa, pero cuyo aprendizaje no se puede hacer en un día. Este estudio no carecerá, por otra parte, de utilidad ni de interés, porque si bien los combates de aquí no admiten paridad con las batallas del Imperio, no por eso enaltecen menos á nuestra generación militar ni dejarán de ocupar una página gloriosa en la historia de nuestro país.

Advierto, desde luego, que me veré obligado á entrar en detalles que parecerán minuciosos alguna vez; pero el descuido de ellos ha hecho á menudo malograr operaciones concebidas con inteligencia y dirigidas con prudencia y valor.

Además, yo no tengo el mérito de la invención, y creo de mi deber confesar que cuanto voy á escribir lo he aprendido en la escuela del gran maestro de todos, del Mariscal Bugeaud.

*
* *

Por obligación he de hacer constar igualmente aquí mi gratitud al general Marey-Monge, que fué mi

primer maestro en el arte de la guerra. Siguiendo sus lecciones y ejemplos es como yo he podido prestar algunos servicios en Africa.



II

Deberes del comandante de una columna

DEMOSTRADA en el capítulo anterior la precisión de organizar columnas móviles, he de ocuparme ahora en el examen detallado de los deberes del comandante de una columna.

Empezaré por notar que una columna, lo mismo que un ejército, se identifica siempre con su jefe. Al recorrer un campo, y oír las conversaciones, los chistes y hasta los dicharachos de las gentes, se puede tener al momento una idea exacta del jefe y el grado de confianza que ha sabido inspirar á sus tropas. El es la cabeza: los soldados no son ni deben ser más que los brazos.

Pongo en primera línea de las cualidades que debe poseer el comandante de una columna, la del valor de una gran responsabilidad personal (1).

(1) El valor de la responsabilidad es muy difícil y, como se ve aquí, el autor lo exige como principal condición en todo jefe de columna, ó, más latamente dicho, en todo jefe de una expedición militar. Con él están de acuerdo todos los autores que han tratado este mismo asunto, y el Teniente Coronel Frisch, luego de reglamentar

Así, por ejemplo, puede suceder con frecuencia que algunos informes precisos que obtenga en el camino le obliguen á obrar faltando á las órdenes que recibió en el momento de su partida. Entonces debe proceder con arreglo á las circunstancias, sin esperar nuevas instrucciones, la mayor parte de las veces demasiado tardías para poder ser ejecutadas cuando llegan.

Si coge bajo su alcance á una tribu culpable, debe atacarla sin vacilar, aunque no sea de las que debe castigar, sin miedo á herir la susceptibilidad del jefe

en su *Guerre d'Afrique*, últimamente publicada (*) que *la elección del jefe tiene más importancia que la de todos los elementos de la columna*, dice así:

«Para conseguir el éxito es necesario saber afrontar y soportar la
 » pesada responsabilidad de una expedición; sentirse capaz de superar todos los obstáculos; no vacilar jamás; saber abandonar, arrojando las consecuencias, el primitivo plan de operaciones cuando
 » la situación general aparece modificada; tener confianza en sí mismo, en la superioridad de nuestro armamento y de nuestra disciplina, en la inviolabilidad de nuestra táctica frente al enemigo
 » desordenado, y estar, en fin, muy al corriente de las cosas de Africa y de los indígenas.»

De aquí la exigencia imperiosa de que para ejercer esos mandos tenga que procurarse una preparación especial, que requiere tiempo y estudio, conocer el terreno y la psicología de los habitantes del país y la historia de sus campañas. No basta el conocimiento del idioma, es preciso algo más, y este algo más debería iniciarse con todo esmero en las Academias militares, fomentarlo después con divulgaciones literarias y completarlo haciendo servir en las guarniciones de nuestras plazas africanas el mayor número de jefes y oficiales que fuera buenamente posible. — M. del T.

(*) *Guide annexe des Régiments sur le service en campagne et de manœuvres.*

encargado de perseguirla expresamente. Pero deberá participarle inmediatamente lo sucedido.

También debe reflexionar mucho antes de dar sus órdenes. Bajo su tienda, con sus oficiales ó ayudantes; debe modificarlas á su antojo, sin que nada se respire fuera; que vela por su ejército: hé aquí todo lo que éste debe saber. Pero una vez comunicadas las órdenes, preciso es que se sostengan y ejecuten puntualmente, á no sobrevenir circunstancias extraordinarias.

Ha sucedido muchas veces que, levantado ya el campo, estando las tropas á punto de marchar, una repentina orden ha hecho detener la columna, estando ya el soldado con la mochila puesta y el fusil sobre el hombro, los caballos ensillados y las acémilas cargadas.

Esto debe ser evitado: primero, porque el sueño y el reposo del soldado se interrumpen sin utilidad, y luego porque, si tal caso da en repetirse, los hombres aguardan siempre una contraorden, no se dan prisa, y cuando creéis que podéis ponerlos en marcha os halláis conque no están preparados ni hombres, ni caballos, ni mulos.

La precipitación es tan perjudicial como la duda. Así, cuando ocurre una alarma, y la mayor parte de las veces son falsas, se cruzan las órdenes en todos sentidos y se acude á las armas; el soldado, que iba á comer su rancho, vuelca las ollas, y luego, al cabo de algunos minutos, cuando avisan al comandante que ha sido un error; cada cual vuelve á su puesto, y el pobre soldado se ve reducido, para comer, á tomar de los víveres del día siguiente. Un día, en el

Sur, habiendo aparecido á lo lejos una nube de polvo, se oyó por todas partes el grito de «¡A las armas! ¡Ahí están los árabes!» Los soldados, que estaban comiendo el rancho, lo volcaron, echaron mano á las armas, y pocos momentos después vieron que la causa de todo era un rebaño de avestruces.

Se cree generalmente, y es lógico pensarlo así, que los soldados tienen en campaña raciones mayores que cuando están de guarnición. No hay nada de eso (1).

Los víveres del soldado en guarnición consisten en:

Una ración de pan, que llaman de munición, de 750 gramos.

Una ración de vino, de 25 centilitros.

Una íd. de arroz y de legumbres, de 60 gramos.

— de sal, de $\frac{1}{60}$ de kilogramo.

— de carne, de 200 gramos.

Unase á esto 20 ó 25 céntimos al día, que permiten al soldado aumentar y mejorar su alimento; y sin embargo el trabajo es poco penoso, va al ejercicio, cumple con sus obligaciones en el cuartel, entra de guardia y se halla al abrigo de todas las intemperies de las estaciones.

En campaña el soldado suele caminar de ocho á diez leguas por etapa, cargado con sus armas, con víveres para muchos días; sube montañas, atraviesa torrentes ó bien recorre llanuras inmensas; ora bajo un cielo de fuego, ora bajo torrentes de agua; sin contar las marchas de noche, que son las más penosas,

(1) El autor, ya lo dejamos indicado, escribía esto el año 1850 y en Argelia. — N. del T.

llega al vivac, levanta su tienda (1); pero si es en verano, tiene que luchar con el calor y los insectos; si es en invierno, la tierra húmeda y fría, sólo le ofrece un lecho de fango. Después de haber descansado de las fatigas de una marcha penosa, no siempre halla agua; y cuando la encuentra es muchas veces salitrosa y sucia; ¿qué víveres le dan?

Una ración de galletas, de 643 gramos.

- carne, 300.
- sal, de $\frac{1}{60}$ de kilogramo.
- azúcar y café, 12 gramos.
- arroz, 60 gramos.

Así, en vez de pan, come galletas. Si se me arguye que 643 gramos de galleta equivalen á 750 gramos de pan, porque la galleta encierra menos agua y más elementos nutritivos, respondería que la ración de galleta que se da al soldado es insuficiente. En vez de vino bebe café, lejos de todo lugar de abastecimiento, en un país donde los habitantes huyen delante de él, no halla nada que comprar y le es de todo punto imposible mejorar su alimento.

¿Qué sucede entonces? Que los soldados comen cuanto encuentran: ratas, serpiente, yerbas, tortugas, raíces; todo lo encuentran bueno. Ver matar una mula ó caballo es un hallazgo para ellos; al momento lo descuartizan, y algunas veces, tal ciega su hambre,

(1) Durante casi diez años los soldados se han acostado sin abrigo; ahora tienen una tiendecita hecha con sus sacos de campamento. Somos deudores de esta feliz idea al General Bedeau, la cual nos ha permitido permanecer en campaña en todo tiempo y ha salvado muchos hombres. — N. del A.

que aquella carne tiene para ellos todas las alegrías de un festín.

No sólo son insuficientes los víveres de campaña, sino que además cada soldado lleva consigo para diez días. Ahora bien: es regla general, absoluta para todas las columnas, que se las coman en ocho. Es bastante difícil remediar este inconveniente: ¿cómo evitar que los soldados se coman sus galletas durante las reiteradas marchas de noche?

El comandante, que ha calculado lo que durará su expedición por la cantidad de víveres que trasporta su convoy, conoce muy pronto que muchos de sus hombres empiezan á desmejorar, que la marcha de la columna se retrasa forzosamente y aparecen los rezagados.

¿Qué hacer entonces? ¿Cómo castigar á hombres que suelen no comer en tres días? Usar de rigor con éstos desgraciados no conduciría á nada. Entonces hay que hacerles una distribución suplementaria; pero si se ve obligado á continuar las operaciones, si está lejos de los puntos de abastecimiento, no hay más que una alternativa: disminuir la ración, ya tan exigua, de cada hombre, para reponer el suplemento que ha dado, ó abandonar el campo, y entonces el fruto de tantas fatigas se ve perdido y el dinero del Estado se invierte inútilmente.

Preciso es tener el valor de decirlo: en nuestras expediciones algunos soldados han muerto de hambre... ¡Cuántas veces nos hemos entristecido ante un espectáculo tan horrible! ¿Y qué no hubiéramos dado entonces por una galleta ó una pipa de tabaco para tales infelices, cuyos esfuerzos habían sido inauditos,

su valor siempre admirable, y que no sucumbían sino bajo el exceso de la miseria?

No hay uno de nosotros, no hay un jefe de columna que no se haya prometido hacer resaltar los padecimientos de su gente; pero semejante promesa jamás fué cumplida: una vez en el acantonamiento todo se ha olvidado, miserias, privaciones y amarguras. Los soldados luego de dormir una noche en el cuartel no piensan ya en lo pasado; se consuelan y hasta chancean de sus fatigas y se complacen en exagerarlas á sus camaradas: á las veinticuatro horas emprenderían la marcha tan dispuestos como el primer día.

La moral del soldado se sostiene fácilmente atendido á su buena índole; mas las privaciones hacen en lo físico contraer el germen de enfermedades que no tardan en desarrollarse: entonces va á morir á un hospital, ó si vuelve á sus hogares sucumbe muy pronto, á pesar de toda la energía de su corazón. Se atribuyen á la sola influencia del clima las pérdidas que se deben únicamente á las privaciones del alimento que afligen al soldado. Estoy convencido de que, de todos los hombres que han muerto en Africa, desde hace veinte años, sólo una décima parte ha sucumbido bajo el fuego enemigo.

Se me dirá tal vez que las raciones del soldado son las mismas en Africa y en Europa.

A esto responderé que ambas guerras no tienen comparación desde ningún punto de vista. En Europa, los días que preceden á una batalla, cuando hay grande aglomeración de hombres, el soldado duerme en el suelo; pero casi siempre está alojado en poblados y no vivaquea; en las avanzadas sabe muy

bien construir barracas; los bosques y las selvas le proveen por todas partes, en abundancia, de materiales para ello y leña para calentarse. Conserva su alegría y buen humor, gracias á la ración diaria de vino y de aguardiente. ¡Ganáis una batalla, os apoderáis de inmensas provisiones, entráis como vencedores en las poblaciones conquistadas, y el ejército olvida todas sus fatigas, todas sus privaciones, cuando sabe que el mundo le admira y que su regreso á la patria será un triunfo!

En Europa, sobre todo esto, la guerra se hace con humanidad: el vencedor hace cuidar los heridos y enfermos del adversario; los hospitales se abren para todos; los prisioneros quedan bajo la salvaguardia del derecho de gentes.

Nada de esto hay en Africa, donde el soldado está en campaña siempre y, siempre con el arma al brazo, pasa el día en marchas forzadas, y por la noche tiene la dura tierra por lecho. Recorre un suelo ingrato en su mayor parte. ¡Ay del que se quede atrás, aunque no sea más que unos pasos, porque será despiadadamente asesinado! Una raza implacable le provoca sin cesar: impalpable siempre, huye delante de él. Jamás encuentran un ejército árabe: es una multitud de hombres á caballo, de ancianos, mujeres y niños. El enemigo se dispersa á su vista, pero está en todas partes: en los bosques, en las zanjas: en una palabra, se le ve sin cesar y no se le halla en parte alguna. Un pueblo nómada presenta muy pocos lados vulnerables.

Además en Africa se hace la guerra con barbarie: ¡el árabe cree hallar mérito á los ojos de Dios matan-

do á un cristiano, y lo persigue hasta después de su muerte! Dejáis un vivac, y en seguida vienen á registrar la tumba de nuestros soldados, exhuman sus cadáveres, y estos horribles restos son arrastrados de tribu en tribu! El que sucumbe no siente ni aun la embriaguez que da la victoria, seguro como está de ser insultado hasta en su muerte.

En una palabra: la guerra en Africa es una guerra de exterminio.

Verdad es que un comandante de columna no puede impedir tantas fatigas, privaciones y miserias; pero jamás debe descuidar, antes de su partida, el asegurarse de la cantidad y calidad de los víveres. Algunos jefes se muestran severos hasta el exceso con los cantineros y vendedores que siguen á las columnas; pero esto es un error, porque si bien debe impedirseles que lleven alcoholes y licores fuertes, siempre adulterados, verdaderos venenos, conviene también darles toda la posible facilidad de transporte para sus provisiones, que muchas veces han sido un recurso muy precioso para nuestros soldados.

El gobierno, por su parte, ha mostrado en ocasiones una severidad exagerada con nuestros comandantes de columnas: llegando al extremo de hacerles pagar los víveres que de resultas de algunas marchas penosas habían sido distribuídos, además de las raciones correspondientes á pobres soldados, que estaban privados de ellas hacía algunos días. En vez de mostrar una severidad que sólo es tacañería, hubiera debido aumentarse la ración de campaña, y recordar que si la tropa está mal alimentada no puede esperar que se saque de ella un gran partido,

mientras que, por el contrario, se puede, por medio de marchas forzadas, obtener grandes ventajas y hacer muchas economías con soldados que no tienen que sufrir el hambre.

El capitán más grande de los tiempos modernos no descuidaba esta circunstancia: su previsión se extendía á todo. Nunca ejército alguno fué alimentado como los del Imperio. Así, ¿qué inmensos resultados no obtuvo?

No pretendo yo que se trate al soldado francés como al soldado inglés; pero no se puede exigir de él la sobriedad de un español ó un árabe. Una columna que debe permanecer durante muchos meses en campaña, deberá tener dos batallones encargados de provisionarla: de otro modo perdería un tiempo precioso, si se viese obligada á retroceder. Cualquiera columna que no sale sino por 20 ó 30 días, debe llevar consigo víveres para una tercera parte más de tiempo, puesto que, si se conoce el día de la salida, no se puede fijar el de regreso. Tres ó cuatro días después de su partida, el comandante de una columna debe informar escrupulosamente al gobernador de cuanto le suceda, sin despreciar ningún detalle, cuya importancia, por mínima que le parezca, pudiera ser de grande utilidad para otro. Así, pues, debe ponerse en correspondencia no sólo con el comandante de la división en que opera, sino también con los de las otras divisiones, y mantener relaciones tan frecuentes como sea posible con los demás comandantes de columna. Lo mejor sería dirigir las cartas duplicadas, y aun triplicadas, y enviarlas por correos diferentes.

Conviene añadir que, siendo la mayor parte de los planos imperfectos, dicho sea de paso, fiándose de ellos no es difícil incurrir en errores, sobre todo respecto á las distancias. El comandante de una columna hará, pues, muy bien en preguntar, antes de su partida, á todos los que puedan darle noticias exactas sobre el país (1), y proveerse de todos los documentos topográficos que pueda recoger. Además no debe descuidar tampoco hacer levantar un itinerario detallado de toda la comarca que recorre. A este efecto podrá ser agregado á la columna un oficial de Estado Mayor encargado del servicio topográfico.

Todo cuanto puede interesar al paso de un ejército debe ser indicado en estos planos. Así es preciso marcar los desfiladeros, las llanuras, las montañas, colinas, lagos ó arroyos, los vivacs y sus alrededores, los sitios donde hay agua ó donde ha podido haber-

(1) En tiempo de guerra, tratándose de una campaña nacional, y sobre todo en Africa, es muy difícil esta exactitud en las noticias, pero en tiempo de paz hay siempre medios para reunir las en todo cuanto se refiere al país y á sus habitantes, la cuestión es no reducirse únicamente á las referencias de aquellos y fomentar las propias comisionando investigaciones á propósito, agenciando documentos y haciéndose abrir puertas con la llave de la promesa y de la dádiva. El espía en tiempo de guerra, ya desempeñe este oficio por miedo, por odio, por ganancia ó por amistad, sólo debe inspirar una relativa confianza. Esto, que ha sido siempre una regla general donde quiera, es muy de advertir en Marruecos, donde se nace, se crece y se muere, llevando en las entrañas del alma un odio ingé-nito, de raza, imperecedero á los cristianos. Por esta razón, todo informe, toda noticia de un espía debe siempre que sea posible comprobarse, y en todo caso utilizarlo con las debidas precauciones, recelando siempre un engaño y previniendo las naturales consecuencias. — N. del T.

la en años anteriores, los terrenos fangosos, y aquellos donde puede haber forrajes. Estas cartas geográficas serán enviadas, después de la expedición, al depósito del ministerio de la Guerra: las duplicadas se enviarán al jefe principal de la subdivisión, á fin de que puedan ser consultadas por los comandantes de las columnas que tengan que operar en el mismo país.

El comandante de una columna debe comunicar hasta sus menores intenciones y dar parte de todos sus proyectos á su jefe de E. M. Es indispensable que este último conozca enteramente las distintas operaciones que debe hacer la columna en el caso de que aquél muriese.

Para la organización de una columna debe elegir veinte ó treinta spahis (1) de los más inteligentes que conozcan bien el país donde debe operarse, y sobre todo aptos para prestar los importantes servicios que de ellos se espere y que más adelante indicaré. A estos spahis les llamaría yo *sabuesos*.

(1) Soldados indígenas de caballería en Argelia. Están mandados por jefes y oficiales del Ejército y se han hecho célebres por su valor y sus condiciones militares. Actualmente hay en dicha colonia ó, más propio, en dicho imperio colonial, cuatro regimientos de á cinco escuadrones. El sargento primero es en éstos francés y las restantes clases por mitad indígenas y franceses. Los sargentos indígenas pueden ascender á tenientes y cubren, también por mitad, las vacantes de dicho empleo. — N. del T.



III

Marcha de una columna

Partida

S IEMPRE que una columna salga, para entrar en operaciones, de una ciudad ó de un punto de abastecimiento, la primera jornada debe ser una tercera parte más corta que las siguientes: La víspera, día de las despedidas, pocos soldados habrán vuelto al cuartel, porque la disciplina entonces se relaja forzosamente, sabiendo aquéllos muy bien que los jefes harán la vista gorda en todo cuanto sea buenamente posible, y, en efecto, no hay más remedio que tener cierta indulgencia disimulando algunas ligeras infracciones, cuando pocos días más tarde se habrán de hacer marchas forzadas, exigir una resistencia extraordinaria, y cuando podrá suceder, después de todo, que acaso el que se haya detenido más que los otros en la cantina, soportará mejor y sin murmurar las mayores penalidades: Habrá, pues, muchos individuos faltos de sueño, muchos, también, que la

noche anterior habrán bebido más de lo regular, estarán sobreexcitados y es de necesidad absoluta no fatigarlos desde un principio. Así, poco á poco se acostumbran á las marchas y en caso dado podrán soportar las forzadas, necesarias muchas veces de noche y de día, pero en las cuales debe procurar el jefe que sea baja la menor gente posible.

La primera jornada debe también ser más corta (1) porque á despecho de todas las órdenes y de todo el

(1) El autor se refiere, como es de suponer, á las marchas ordinarias en tiempos normales cuando se trata únicamente de recorrer el país, llevar convoyes, etc., etc.; pues en casos de urgencia y tratándose de una tropa verdaderamente disciplinada no puede haber consideraciones semejantes. Bueno, sin embargo, es tener en cuenta siempre que aun los soldados más aguerridos *necesitan*, por decirlo así, *hacerse á la marcha* y que para esto procede no exigir, desde luego, mucho á las energías personales; acostumbrar progresivamente, y no acelerar mucho el paso en los comienzos de las jornadas: *Qui va piano va sano é va lontano*. Nada revela mejor — dice nuestro reglamento de campaña — el estado de una tropa que su porte y actitud al término de una marcha, ejercicio ó trabajo fatigoso; pero ese *porte y actitud* no siempre dependen del *estado de la tropa*, sino del modo con que se le ha hecho realizar el esfuerzo, de la inteligencia del jefe. Nosotros hemos visto en la guerra tropas, muy hechas á penosas jornadas, llegar en pésimo estado á los pueblos, después de otras más fáciles, por las rutinas y los desaciertos en el mando, y gracias á la práctica en él, hemos visto asimismo realizar en muy pocos días maravillas con reclutas no ejercitados. La dirección del jefe, su conocimiento del soldado, su aprecio exacto de las condiciones del terreno, del clima y de las circunstancias, son, por lo tanto, quienes deben regir la ejecución de las marchas, sin sujetarlas matemáticamente á plantillas determinadas, muy sabias, muy científicas, pero muy desatinadas á veces, ni dejarse llevar de las fantasías del propio ánimo, é inútil es decir que sólo nos referimos á lo que bien pudiera llamarse la *higiene de la marcha*: descansos, altos, velocidad, bagajes, etc., y aun á la duración, cuando ésta es del arbitrio del jefe. — N. del T.

cuidado que pongan los oficiales, no podrá evitarse jamás que, llevando el soldado diez días de víveres y sesenta cartuchos en la mochila, se sobrecargue además con toda especie de comestibles, y es de notar que lo mismo hacen esto los veteranos que los quintos.

Todos emprenden la marcha cantando y hasta correrían si el paso no estuviese regulado. De consiguiente bien seguro es que si el primer día se hiciera una jornada muy larga, ni aun ordinaria, las ambulancias se llenarían pronto disminuyendo los hombres útiles y aumentando la impedimenta para toda la expedición.

Ofrece grandes inconvenientes en que marche toda la tropa formando una sola columna por su excesiva profundidad (1). En primer lugar es muy raro que se llegue temprano al sitio donde se ha de campar. La tropa, desarrollándose como una serpiente, no puede menos de sufrir oscilaciones que la fatigan; la vanguardia se aleja de la retaguardia demasiado; para cerrar el claro, esta última se ve precisada frecuentemente á correr, y cuando entra en el campamento

(1) En Africa debe siempre considerarse que se opera en tiempo de guerra y marchar siempre dispuesto al encuentro, al combate, á la sorpresa. Podrá convenir tal vez no aparentarlo, demostrar confianza, pero esto nunca debe pasar de las apariencias. «El fraccionamiento, las distancias y los intervalos debe tener como base — dice *Frisch* — la mira de que la vanguardia no pueda inopinadamente caer toda en una emboscada. Sus elementos no deben perderse nunca de vista unos á otros y permanecer á distancia de protegerse mutuamente con sus fuegos.» Lo mismo cabe decir de todo el resto de la columna. *El principio general es marchar todo lo compuesto que se pueda, fatigando lo menos posible al soldado.* — M. del T.

está jadeante de cansancio, en tanto que los soldados llegados á él primeramente suelen haber comido y encontrarse ya descansando, cuando todavía están muy lejos sus camaradas. Si algunas horas después fuere preciso emprender una marcha nocturna (lo cual es muy frecuente), al otro día las filas se llenarían de infelices despeados, las ambulancias de enfermos, y el jefe se podría ver en el duro trance de retardar ó de aplazar sus operaciones.

En una columna compuesta ordinariamente de cuatro á cinco batallones, de quinientos á seiscientos caballos, de una sección de zapadores, de otra de artillería de montaña, de una ambulancia y un convoy, algo considerable por lo común, puesto que deben llevar tres ó cuatro meses de víveres, la marcha debe regularse del modo siguiente.

Marcha en tres columnas

Los batallones primero y segundo, llamados por turno á marchar en cabeza, forman la columna de la derecha; los terceros y cuartos, la de la izquierda; el quinto batallón cierra la marcha y compone la retaguardia, conservándose á cincuenta metros detrás de las tres columnas.

La columna del centro constará, pues, de una sección de zapadores, la cual irá en cabeza, la seguirá una compañía de cazadores, que siempre debe ser la misma, ir sin mochilas y no prestar ninguna clase de servicio. Luego diré cual ha de ser exclusivamente su empleo. A continuación deben marchar la sección de artillería, la ambulancia, el tren de equipajes, los efectos del E. M., los bagajes de los cuerpos, en el orden correspondiente, el convoy de víveres y el de la Administración (1). Cerrará la marcha, como ya se deja dicho, el quinto batallón, que compone la retaguardia. Las tres columnas deben marchar á la misma altura, con intervalo de unos veinticinco pasos, y las de ambos costados formadas por medias secciones. Los jefes de batallón reglarán las distancias de modo que la columna del centro quede bien flanqueada en toda su extensión y por ella se guiarán. El oficial que vaya en cabeza de la columna del centro debe seguir al del E. M. que marchará unos veinticinco pasos delante, junto al banderín. Este, verdadero guía

(1) Esta división de la columna en tres obedece á la mira de facilitar una pronta disposición para el combate. Forma en realidad lo que ahora suele llamarse un cuadrado mixto, mucho más práctico y ventajoso que no el rígido que algunos autores recomiendan, sobre todo cuando en el enemigo es de temer una superioridad abrumadora, pues no requiere la estrechez de aquél entre las diversas fracciones, acortando los intervalos y distancias, y sólo tiene por norma la mutua protección y la vigilancia del convoy; permitiendo hacer frente, sin dificultad ni demora, por cualquier parte que se aparezca el enemigo. Podríamos llenar aquí algunas páginas detallando cómo se deben constituir esas columnas con su vanguardia y su retaguardia generales, pero no lo consideramos necesario, porque variando, como es natural, según la fuerza, deben subordinarse á los objetivos ya indicados, marchar prevenidos contra toda eventualidad inesp-

de la columna deberá, en lo posible, caminar directo á su frente para no hacerla serpentear, lo que aumentaría mucho su fatiga.

Paso de obstáculos y desfiladeros

Siempre que un obstáculo ó un desfiladero no permitan seguir con el frente de tres columnas, la de la derecha forma la primera en cabeza, sigue la del centro, después la de la izquierda y, por último, la retaguardia, continuando así hasta que se ordene

rada, dispuestos á la defensa ó el ataque y asegurando la impedimenta conducida.

Los principios admitidos hoy por el Estado Mayor francés acerca del asunto en columnas de cualquier efectivo, como ha dicho ya uno de nuestros más distinguidos capitanes de Artillería (el Sr. Jeve-nois), son que la protección del convoy absorbe próximamente la cuarta parte de la infantería y la caballería necesaria para asegurar los enlaces; que la columna de vanguardia y de retaguardia, en montaña, deben constituirse con fuerzas semejantes, llevando el convoy en el centro; que la caballería no empleada en el servicio de seguridad, debe marchar á retaguardia del convoy en montaña, y formando una columna independiente, sobre un flanco, en las llanuras, y que la exploración debe confiarse á fuerzas auxiliares indígenas; cosa esta última, dicho sea de paso, que podrá ser aconsejada ya en Argelia, pero que nosotros no aconsejaríamos todavía en Marruecos.

— N. del T.

alto. Entonces, si el terreno lo permite, seguirán las columnas del centro y de la izquierda, en la dirección conveniente, hasta llegar á la altura de la cabeza por su derecha y volver al orden primitivo de marcha.

Cuando se llegue á un terreno difícil ó la entrada de un desfiladero, la sección de ingenieros, protegida por la compañía de cabeza, se adelantará unos doscientos pasos, á fin de servir de vanguardia y hacer desaparecer los obstáculos.

En los países de montañas, donde se hallan desfiladeros á cada paso, y donde la columna, teniendo que marchar de á uno toma una gran profundidad debe procederse de la manera siguiente (1), á fin de protegerla:

En el momento de llegar á un desfiladero, se adelantarán los dos batallones que forman la columna de la izquierda, y escalonándose por compañías, medias compañías ó secciones, cubrirán por ambos lados del camino las alturas que lo dominen hasta la distancia de una legua. Colocados ya estos escalones, cosa que debe hacer el mismo jefe de la columna personalmente, seguirá ésta su marcha y así adelan-

(1) Se ha observado en Argelia que las kábilas no suelen defender las alturas sino el mismo desfiladero. En todos ellos hay que desconfiar hasta el exceso, porque lo más de temer es la sorpresa y ésta es muy fácil, con las audacias del bereber, hasta en los repliegues del terreno. La distancia de una legua que precisa el autor nos parece muy grande y entendemos que no siempre será posible ni conveniente, y deberá ceñirse á las condiciones del terreno y al número de las fuerzas que puedan ocupar las referidas posiciones. Conviene tener muy en cuenta que según muy autorizados pareceres nunca se deben ocupar las de un lado sólo sino las de ambos lados, á fin de que lo restante de la columna pueda luego marchar *en tiroir*, quiere decir encajonada. — N. del T.

tará encajonada bajo la constante protección de los referidos escalones. Cuando llegue á la altura del primero, se detendrá y cerrará todo lo posible. El jefe de toda la fuerza en posición irá retirando los escalones á medida que los rebase la columna y adelantándose con ellos. Cuando ya está cerca del último, el jefe de la columna destacará otros dos batallones, para continuar en igual forma la protección, y así sucesivamente, alternando, hasta concluir la estrechura, porque si unos mismos batallones protegiesen largo tiempo el avance no tardarían, con toda seguridad, en quedar extenuados á causa de los barrancos que deberían atravesar, las alturas que habrían de subir y las idas y venidas que no podrían menos de hacer. Todo esto acabaría por rendir á la tropa y la marcha tendría forzosamente que hacerse mucho más lenta y más penosa.

Flanqueadores

En tiempo de paz, como en tiempo de guerra, se debe siempre marchar con todas las precauciones requeridas en país enemigo; en primer lugar, para que las tropas no pierdan la costumbre de semejantes precauciones, y en segundo, porque nunca debe fiar-

se de los árabes, pues la simple aparición de un cherif (1) puede trastornar en poco tiempo la región más tranquila. En consecuencia, las columnas laterales deben destacar flanqueadores á unos 150 pasos, colocando las reservas en el intermedio de dicha distancia. Estos flanqueadores vuelven á sus puestos al pasar un desfiladero (2).

En cuanto á la caballería, dejo la indicación de todo lo relativo á sus marchas para el capítulo correspondiente.

Marchas en verano

En éstas, de ordinario, suele hacerse alto á las diez de la mañana y se continúan á las tres de la tarde, con el fin de que las tropas descansen, pero es un error: el calor y las moscas impiden el sueño, y los soldados, en vez de tenderse á dormir, van de un lado

(1) Príncipe, noble, descendiente del Profeta. Abundan por los estados musulmanes y, supuestos ó verdaderos, infunden gran veneración á los moros. El emperador marroquí ostenta entre sus títulos el de cherif de los cherifes, esto es, rey de los reyes.

(2) Servicio penosísimo en el que no debe tenerse mucho tiempo al soldado. Los flanqueadores nunca deben marchar aislados en Africa, sino por grupos de cuatro á lo menos y sostenidos de distancia en distancia por unidades que deben marchar en disposición de acudir inmediatamente á reforzarlos. — N. del T.

para otro, hallándose tan fatigados cuando llegan por la noche al vivac como si todo el día hubieran estado marchando. Lo mejor es, antes de que amanezca, emprender la marcha y terminarla sobre las once de la mañana. De esta manera se deja descansar á la tropa casi todo el día.

Dos ó tres leguas antes de llegar al vivac, si la columna diere á su alcance con algún manantial ó arroyo, conviene inmediatamente hacer (1) que se llenen las cantimploras y las cubas, pues ocurre á menudo, sobre todo en el estío, que donde se halló agua el año anterior y se piensa vivaquear, no sucede ya lo mismo en el siguiente. Otro tanto debe ordenarse para la provisión de leña, haciendo que cada soldado recoja por el camino, si es posible, la suficiente para que pueda encender lumbre, tan pronto como se llegue al campamento, y cocer en ella su rancho sin perder tiempo en buscar el combustible, operación que les entretiene demasiado. Sin estas precauciones, la columna podría encontrarse fácilmente, como ha sucedido más de una vez, sin agua y sin leña, entonces nada de rancho ni de fuego, y esto, sobre todo en el invierno, puede ocasionar un desastre. Los hombres, á quienes resulta imposible contener, burlan durante la noche la vigilancia de los centinelas y van lejos

(1) Pero, como es de suponer, tomando las consiguientes precauciones á fin de que se haga ordenadamente, sin barullo, y estar prevenidos contra la eventualidad de una sorpresa. Tras de una marcha calurosa, en país enemigo, el soldado sediento corre un grave peligro si no se acude severamente á contenerle, y lo mismo cabe decir, bajo el punto de vista higiénico, en todo tiempo. Toda agua cuya pureza ofrezca dudas, ya por su condición ya por obra posible del enemigo, debe ser previamente analizada. — N. del T.

del campo á buscar agua y leña, perdiendo algunos la vida en el empeño. Vuelven los demás fatigados y á la mañana siguiente, cuando la columna emprende la marcha, una multitud de rezagados impide continuarla en debida forma. Se puede obviar este inconveniente haciendo excavar á los zapadores en el sitio donde antes hubo agua, y siempre se la vuelve á encontrar á uno ó dos metros de profundidad.

A falta de leña ó de matorrales en la superficie del suelo, también, escarvando un poco, se hallarán siempre raíces que puedan servir para combustible. La privación de agua y leña es una de las mayores que puede sufrir una columna. Si al llegar al campamento el soldado encuentra un buen fuego, pronto lo olvida todo aun cuando llegue chorreando, porque la vista de la llama le alegra, y cuando está contento el soldado francés (1) puede exigirse de él todo lo que se quiera.

(1) Y del español ¿qué diremos? Contento y sin contentar hace prodigios de valor y de resistencia, de ánimo y de tenacidad, sobre todo cuando tiene confianza en sus jefes, y esto es lo que debe incessantemente procurarse, anticipándose á los sucesos, precaviendo las contingencias y tomando para cada una la resolución correspondiente, no vacilando nunca y poniendo un cuidado extremo en no mostrarse jamás, ocurra lo que ocurra, como sorprendido ni admirado. — N. del T.





IV

Instalación del vivac

EL jefe de una columna debe poner el mayor cuidado en instalar bien el vivac, lugar de reposo para los soldados fatigados por la jornada. Es, pues, de mucha importancia una buena elección del sitio. En lo posible, debe ser establecido en la orilla de un río ó de un arroyo, pero teniendo cuidado de pasarlos (1) desde luego, á fin de que la tropa no lo tenga

(1) Pero no en la solera — como dice nuestro Reglamento de campaña — donde la humedad se acumula, sino á cierta distancia y en sitio algo más elevado que las aguas; procurando resguardarse contra los vientos del Norte por invierno, y contra los de Levante y Mediodía en el verano; evitando los terrenos donde otras fuerzas hayan acampado recientemente, sean amigas ó enemigas (sobre todo enemigas, y los que sean muy arcillosos é impermeables). Conviene tener cerca donde abastecerse de combustible y de forraje. Si el campo está en el plano de una ladera, debe cabarse rápidamente una trinchera ó pequeño foso que le defienda en la parte superior, contra el arrastre de las aguas, llegado el caso de una tormenta inesperada, trazándolo en forma de ángulo, en cuyo interior quede resguardado el vivac. Casos puede haber, no siendo el río muy fácilmente vadeable y temiéndose un ataque de fuerzas que puedan ser muy superiores, en que sea mejor tenerlo como una barrera defensiva que no como valla para dificultar la retirada. — H. del T.

que hacer por la mañana, cuando emprenda la marcha, y evitar así las heridas en los pies y una multitud de enfermedades.

En tiempo de paz como en el de guerra se ha de vivaquear formando un cuadrado ó un rectángulo (1). Todos los sitios que han de ocupar las tropas deberán señalarse anticipadamente para que puedan ocuparlos desde luego, sin perder un momento. De otro modo sucede, como yo he visto algunas veces, que se tiene que aguardar horas enteras, con la mochila encima, á que se haga la demarcación de los campos, y, sobreviniendo la noche, no puede ya el soldado procurarse ni leña ni agua para cocer los ranchos. Otras veces ha sucedido que, luego de señalados los parajes en donde cada cual se debía establecer, se ha rectificado el acuerdo y hecho mover la tropa bajo el pretexto de cambiar las alineaciones. Esto es muy enojoso, y vale más una mala alineación que incomodar á los soldados. A los dos ó tres días por el estilo muchos no estaban aptos ya para continuar una campaña vigorosa (2), y de expediciones que habían cos-

(1) Esta es la forma invariablemente aconsejada. Cuando sea preciso establecer más de un vivac, debe hacerse de modo que se defiendan mutuamente, cruzando sus fuegos, pero de ninguna manera ofenderse llegado el trance, muy en particular, de un ataque nocturno. — N. del T.

(2) El Teniente Coronel Frisch, aconseja que antes de comenzar las operaciones de una columna, se fije de una vez el sitio de cada uno de los elementos que la formen, ya en el cuadrado, ya en el paralelógramo, á fin de que, señalado el tipo de formación, al finalizar la jornada, sepa cada cual donde se ha de colocar y no haya cambios ni rectificaciones molestas, que si en realidad no son por sí solas, para que desfallezca el soldado ni pierda la salud, no son tampoco ni beneficiosas ni agradables. — N. del T.

tado *muchos centenares de miles de francos* no se ha conseguido resultado ninguno por descuidar estos sencillos detalles. Para evitar semejante riesgo el mejor modo de proceder es el siguiente:

Una media legua antes de llegar al sitio indicado para establecer el vivac, se adelantará el jefe de Estado Mayor á reconocerlo, acompañándole todos los ayudantes mayores y cuatro hombres con banderines que serán colocados así:

Uno, que será el del comandante de la columna, marcará la derecha del primer frente, cuya dirección será la del camino que ha de seguirse al otro día. Es muy esencial que toda la columna sepa éste desde la víspera. ¡Cuántas veces la lluvia ó la niebla, hecha más densa por los humos del vivac, no han dejado ver la cabeza de la columna cuando emprendía la marcha, y el resto, no sabiendo hacia qué lado ir, se ha embarullado como rebaño de carneros, perdiendo un tiempo precioso y fatigándose inútilmente, lo que no hubiera sucedido en modo alguno de haberse tomado la susodicha precaución. Los otros tres banderines se situarán marcando los demás vértices del rectángulo.

La caballería regular forma la primera cara (1). Recomendando esta colocación exterior, porque me ha demostrado la práctica los inconvenientes de situarla en el interior. En primer lugar ocupa tanto espacio

(1) Está recomendado, á fin de que la instalación sea más rápida, el ordenar que se adelante la caballería y establezca en su puesto, sirviendo esta de base para luego establecer lo restante de la columna. Para evitar la confusión y el error en la dirección cuando se haya de marchar nuevamente, debe ordenarse con toda precisión la

que por la noche todo queda obstruído en el vivac, amontonándose oficiales, soldados y caballos unos sobre otros; los vientos de las tiendas se cruzan y con la oscuridad se hace muy difícil llegar hasta ellos. Todo el mundo está incómodo. Pero aun es peor cuando los caballos se desatan y echan á galopar saltando por encima de los hombres dormidos. El estrépito que arman hace suponer que se aproxima el enemigo, ¡cuántas veces no hemos visto en noche de tormenta soltarse un gran número de caballos y tener á la gente sin poder conciliar el sueño, derribar la ambulancia y exponer los heridos y enfermos á nuevos sufrimientos! Nada tan fácil como evitar estas incidencias, pues basta para ello establecer la caballería sobre uno de los frentes del cuadro, y con eso, además, se deja libre todo el interior del campo y lugar bastante para los movimientos en caso de un ataque nocturno.

La columna de la derecha formará la segunda cara; la de la izquierda la tercera, y la retaguardia la cuarta, salvas empero las modificaciones procedentes, dado el caso de que la columna se compusiera de mayor número de batallones. Los frentes laterales enviarán una compañía cada uno á situarse diez pasos delante de los extremos derecho é izquierdo de la

serie de las distintas unidades y recomendar á sus jefes que tomen las precauciones debidas para no perder el contacto con la que deba precederlos y cuidar también de que marche sobre sus huellas la siguiente. La caballería puede hacer mucho para facilitar esta necesaria vigilancia, muy difícil en ocasiones por la oscuridad ó la niebla.

— M. del T.

primera fila de la caballería. El centro de ésta quedará resguardado por ella misma (1).

Las tiendas de los oficiales deben estar á diez pasos detrás de las de tropa; las del Estado Mayor general á cincuenta; y enfrente de la primera cara; las de la artillería, diez pasos á la derecha del E. M.; el tren de los equipajes á la izquierda y la ambulancia treinta pasos detrás; la compañía de cazadores sin mochila en el espacio de los dichos treinta pasos, á mitad de distancia; el convoy cincuenta pasos detrás de la ambulancia; la administración y los gums (2) á retaguardia del convoy.

Todos los toques deben partir del cuartel general, precedidos de tres puntos de atención.

Sucede siempre que los soldados, en cuanto llegan al campamento, se alejan á grandes distancias, para forrajear ó hacer leña, y es de mucha importancia que todo esto se haga con el orden más riguroso, no debiendo en caso ninguno dejar que salga la tropa sin las armas. ¡Cuántas veces ha sido preciso renovar

(1) El Teniente Coronel Frisch, á quien preferentemente seguimos en sus reglas, por la suma de compilación y personal experiencia que hay en ellas, recomienda que la infantería forme las cuatro caras del rectángulo, situándose la caballería en el interior con la impedimenta y artillería, etc., etc.; pero cuando los jinetes son muchos, admite que se les haga campar en el frente de menos peligro, reforzando sus lados con alguna infantería, establecida unos diez pasos á vanguardia. El mejor sitio, cerca del agua, debe siempre reservarse á las fuerzas de retaguardia. — N. del T.

(2) Contingente de fuerzas auxiliares que por obligación deben las tribus sometidas facilitar. Esta gente nunca debe acampar en el interior del vivac, sino aparte, á unos 500 ó 600 metros de distancia, y en sitio donde, llegado el caso, ni pueda estar completamente desamparada, ni estorbar la defensa. — N. del T.

las hostilidades para vengar asesinatos que, si bien aislados, no podían ni debían quedar impunes! (1).

Exigir una vigilancia entera, perfecta, es materialmente imposible, resultando inútiles las advertencias y las órdenes; el remedio mejor es hacer que circule por el campo la noticia de que han sido asesinados algunos individuos sorprendidos por el enemigo á gran distancia, y destacar algunos spahis disfrazados que persigan á tiros, disparando con pólvora sóla-mente, á los individuos que hallen aislados (2). Así pronto se conseguirá el apetecido resultado, ahorrándose á un tiempo la vida de algunos hombres y la precisión de castigar á tribus muchas veces inocentes, pues frecuentemente sucede que los culpables son merodeadores puestos siempre al acecho para sorprender algún soldado, los cuales desaparecen sin dejar ningún rastro y, una vez cometido el crimen, se hace imposible darles caza, pues casi nunca pertenecen á las tribus sometidas, sino más bien á las que, no estándolo todavía, emplean este medio para sem-

(1) Una severa disciplina es el mejor de todos los medios para evitar esa clase de imprudencias. Ordenes terminantes prohibiendo que nadie salga del vivac sin autorización determinada, reglamentar la provisión de agua ó de leña por grupos y bajo la protección de una vigilancia inteligente, y un sano rigor en el inmediato correctivo, pueden bastar para que desaparezcan por completo. Constantemente debe recordarse al soldado, que allá, en el interior de todo musulmán africano, hay siempre un adversario, un perpetuo enemigo del que no debe fiarse jamás y que puede ocultarse, como los reptiles, donde quiera, tras de la piedra, entre los abrigos del terreno, en el llano aparentemente más despejado y más seguro. — N. del T.

(2) Esto puede ofrecer un peligro, que advertido el engaño, se le desdeñe, y se tome como á tales spahis á los verdaderos enemigos. — N. del T.

brar la duda en la buena fé de los nuevos aliados, excitar la desconfianza y hacer perder el tiempo en averiguaciones siempre infructuosas, cuyo resultado suele ser el de hacerlos castigar á las tribus de cuya fidelidad se sospecha.

Es muy esencial que desde la instalación del vivac se adelante una ó dos leguas el oficial de E. M. encargado del itinerario, á fin de reconocer el camino por donde se haya de marchar al día siguiente, con objeto de hacer que desde luego se le ponga expedito, si para ello aún resta día, ó bien al amanecer, antes de la salida, evitando que la tropa tenga que detenerse al abandonar el campamento (1).

Colocación de las grandes guardias y de los puestos avanzados

La víspera se nombrará un jefe, por turno, para colocar y visitar las grandes guardias y los puestos

(1) Esto, por de contado, no estando en la inmediación del enemigo, cuando no haya riesgo de ataque, pues entonces lo natural, pudiendo hacerlo, es la exploración de otro camino diferente al que se proponga y deba seguir efectivamente la columna. — N. del T.

avanzados. Tan pronto como la columna esté acampada, se adelantará una compañía por batallón á 150 pasos de su frente, y formará su gran guardia. De dichas compañías debe sacarse la gente para los puestos avanzados. En este particular, como en otros varios, no estoy de acuerdo con la teoría ni con la táctica europea, ateniéndome á los resultados y opinando que al frente del enemigo se debe uno servir de sus mismas estratagemas y combatirlo con sus propias armas (1).

Por esto, de noche, yo he colocado siempre mis avanzadas á seis ú ochocientos y hasta mil pasos, cuando lo ha permitido la configuración del terreno; multiplicándolas sin que llegue á exceder ninguna de cuatro hombres y un cabo. Si antes de anoecer hay tiempo, dicho jefe, con todos los cabos de los puestos avanzados, practicará un reconocimiento de los pasos, veredas y posiciones que circunden el campo, á fin de ir señalando á cada uno el sitio que debe pasar á ocupar en cerrando la noche. Nunca debe temer este jefe ser excesivo en sus instrucciones, debiendo explicar á los cabos con la mayor claridad, y poniendo bien los puntos sobre las íes, que no se les

(1) Y si pudiera ser, con algunas que le sean desconocidas y le sorprendan. Es de lamentar, opinamos, el desvío con que se mira en la enseñanza militar el estudio histórico de la guerra que se puede llamar de ingenio, del arte, por decirlo así, de la estratagema y la emboscada. En todo tiempo, sin embargo, han producido esta clase de recursos muy excelentes resultados, y en las guerras futuras han de tenerlo seguramente mucho mayor, con el amparo de las tinieblas de la noche, dada la enorme potencia de los armamentos modernos.
— N. del T.

hace quedar allí como centinelas perdidas (1), según la expresión militar, sino para la seguridad del vivac, que depende completamente de su vigilancia y desvelo. Llegada la noche, los capitanes de la compañía de gran guardia, destacarán de cada una veinticinco hombres y un oficial 150 pasos delante.

Por este medio se logra engañar á los árabes en cuanto á los sitios que las avanzadas ocupan, y los enemigos, así como los ladrones, que no son menos temibles, al tratar de pasar las líneas procurarán evitar los puestos que observarán por el día, y caerán de seguro, como ha sucedido muchas veces, en manos de los colocados á última hora. Al toque de diana las avanzadas se replegan á las grandes guardias, y éstas, al toque de asamblea, se incorporan á sus respectivos batallones.

En país montañoso es de necesidad ocupar con grandes guardias todas las alturas que rodeen el campo (2) á menor distancia del doble alcance de fusil,

(1) Se llamó así antiguamente á las colocadas tan cerca del enemigo, para vigilarle, que no se podían retirar fácilmente, servicio que suponía un grave riesgo y del que no se usaba sino en casos muy extremados y precisos. En su *Doctrina Militar*, Seari6n de Pavía (Lisboa 1598), recomendaba que no se les diera nunca la contraseña de su campo, á fin de que, si llegaban á caer prisioneros, no lo pudieran decir á los enemigos. — N. del T.

(2) La regla hoy admitida es ocupar todos los puntos donde con venga resistirse y no dejar abandonada ninguna de las alturas que ciñan al vivac; que la distancia de las grandes guardias á éste sea mayor que los alcances del fusil enemigo, pero siempre á la vista; que se atrincheren con alguna fortificación pasajera y que se cubran sencillamente con avanzadillas de cuatro hombres. Los sitios importantes ó peligrosos, deben ser ocupados con destacamentos especiales. — N. del T.

componiéndose aquéllas de dos, tres y aun cuatro compañías, según la importancia de las posiciones con relación al campamento; en semejante circunstancia no debe olvidarse de hacer guardar las vertientes ó los vallecillos que separen dichas alturas. No será forzoso el vivaquear en cuadro, lo cual sería bastante difícil á causa del número de hombres destacados; pero se puede remediar este inconveniente, dejando grandes intervalos entre las compañías.

Voy á consignar aquí un ardid que nos ha sido algunas veces de grandé utilidad en los puestos avanzados, para engañar al enemigo.

Se toman cuatro cañones de fusil, se atan juntos y se fijan sobre una tabla de modo que el martillo de la llave de uno sólo pueda hacer salir los cuatro tiros á la vez (1); los cañones se cargan con muchas balas cortadas, y los aparatos se colocan en las avenidas inmediatas á los puestos avanzados, como á unos doscientos pasos de distancia. Se sujeta á cada martillo un alambre fijo por el otro extremo á un piquete ó un árbol, cruzando la senda ó vereda correspondiente, á fin de que los merodeadores enemigos tengan precisamente que tropezar contra dichos alambres, y disparándose los cañones puedan los proyectiles herir ó matar á muchos de ellos y dar la señal de alarma en dichos puestos, mientras el enemigo corre asustado creyendo haber caído en una celada. Es pre-

(1) Ahora ya no cabe usar este procedimiento, pero hay otros que pueden sustituirlo con ventaja. De todos modos conviene tender las posibles emboscadas en aquellos lugares que se consideren á propósito. — H. del T.

ciso tener cuidado de colocar los alambres á la altura de la mitad del cuerpo de un hombre, pues de ponerlos más bajos, un chacal ó una bestia feroz cualquiera pudiera tropezar en ellos al pasar y producir una falsa alarma. No conviene, sin embargo, abusar del procedimiento, y el comandante debe colocar los aparatos por sí mismo, é indicar á sus emisarios y *sabuesos* los caminos por donde hayan de regresar al campo ó salir de él, á fin de no hacerlos víctimas de un lazo puesto al enemigo, como se ha tenido que deplorar en más de una ocasión.

Las avanzadillas deben estar á gran distancia, y así, á la primera señal de alarma, las grandes guardias tienen tiempo de tomar las armas y la columna jamás será sorprendida. Es una gran imprudencia el acercarlas y tenerlas á la mano, por decirlo así: una noche, en el campo de los Telluinet, provincia de Orán, los árabes, no descubiertos á tiempo, forzaron tan de golpe nuestras líneas y llegaron tan cerca de nosotros, que el Mariscal Bugeaud se vió precisado á despertar por sí mismo á los soldados y hacer tomar las armas á la infantería, cogiendo del brazo á los hombres medio dormidos y muertos de cansancio. Desde aquel día comprendió el Mariscal la utilidad de establecer los puestos avanzados á gran distancia (1).

(1) Admitamos que los puestos avanzados — ha dicho este célebre general — quedan algo comprometidos. ¿No se debe preferir ésto al constante riesgo del campo? La parte debe sacrificarse al todo y, sin embargo, parecen inspirar más cuidado las avanzadas que no la columna principal. Nada empero se habrá de sacrificar, tranquilizar-

Semejante incidencia, que podría convertirse en peligro, no acaecerá con puestos avanzados establecidos á mil pasos de las caras del campamento.

No es de temer que dichos puestos hayan el riesgo de ser forzados; los árabes han observado el campamento y las grandes guardias, pero no conociendo la nueva colocación de aquéllos, acuden llenos de confianza y, á los tiros de fusil, pensando haber caído en una emboscada seria, retroceden. Además no hay ejemplo de haber sido forzado ningún puesto avanzado. Los árabes conocen bien la situación y la fuerza de las grandes guardias; saben que allí han de hallar resistencia, pero desconfían de lo que puede ser un lazo dispuesto para cogerlos entre dos fuegos. Estos puestos avanzados son inútiles por el día, serían vistos y sólo en este caso correrían el peligro de ser forzados: no deben, pues, colocarse más que de noche y sustituirlos durante el día con centinelas de caballería establecidos en las alturas.

se. Si el servicio se hace con inteligencia, los puestos no correrán ningún peligro y los campamentos tendrán la seguridad apetecida. — N. del T.

Salida del vivac

Debe tocarse diana una hora antes de amanecer, este es el momento en que el soldado tiene costumbre de comer una sopa (1); un cuarto de hora después el botasillas y á la media hora el botacargas. Se mejante intervalo es muy necesario para dar á los hombres tiempo de sacudir las mantas, ensillar, embastar y recogerlo todo bien, porque la mayor parte aún no están completamente despiertos; y cuando tienen que apresurarse ocurre muy á menudo que, al cabo de algunas horas de jornada, se lastima el ganado y sobrevienen las dificultades consiguientes. Más de una columna se ha tenido que volver sin haber cumplido su misión por el excesivo número de caballerías lesionadas, lo que no hubiera sucedido, á buen seguro, de haber dejado el espacio necesario para ensillar y poner los bastes con cuidado. Un sargento de cada cuerpo, nombrado de antemano para toda la expedición, estará encargado de vigilar los

(1) En casi todas las columnas se come una sopa antes de ponerse en camino; es un inconveniente: primero porque los rancheros permanecen despiertos toda la noche é impiden dormir á los que se encuentran á su lado; además, á la primera marcha, los hombres tienen el estómago indispueto. He intentado hacerlos comer por la noche esta especie de rancho, cuya carne servía para el almuerzo del día siguiente antes de marchar. Otras veces he mandado hacer alto, que no debe ser menor de una hora, y en él tomaban los soldados pan y café: con este régimen les iba mejor. — N. del A.

bagajes y de hacerlos marchar en buen orden. Al toque de asamblea los hará unir al convoy y poner cada uno en su puesto de marcha. Una media hora después del toque de botacargas se pone la columna en movimiento, y á los 500 ó los 600 pasos de haber salido del campo debe hacer alto para dar tiempo á que tomen las distancias, ordenarse bien todos y que se incorporen los rezagados. En el artículo dedicado á las marchas de noche hablaré del caso en que sea preciso dejar el vivac antes de amanecer.

Después ya es necesario que la columna siga la marcha sin experimentar sacudidas ni oscilaciones y llevando el paso debidamente regulado. De hora en hora debe hacerse alto, en el invierno á causa de los baches, y por el calor en verano (1). Si la tropa de infantería marchara sin mochilas, la columna deberá detenerse cada hora y media, no dándose los de «mochila á la espalda» y «marcha» sino cinco minutos después de haberse oído el de «alto» de la retaguardia. Dados en el E. M. los tres puntos de atención, las bandas de todos los cuerpos deberán batir marcha simultáneamente, á fin de que toda la columna la rompa de una vez como si fuera un solo individuo. El menor retraso abre distancias entre los batallones; los soldados tienen que correr para ganar el terreno perdido, y de aquí resulta un cansancio inútil que debe hacerse por evitar constantemente.

En campaña nada es insignificante. Lo que parece

(1) En las columnas muy numerosas cada vez que se haga estrechar las distancias, equivale á un pequeño descanso. Debe procurarse hacerlos donde haya sombra y agua. Recuérdese lo que ya dejamos anotado á este propósito en el capítulo III. — N. del T.

fútil, sin importancia, viene á ser muchas veces causa de obstáculos ó retrasos, y por eso el comandante de una columna jamás debe omitir ninguna clase de precauciones ni cuidados (1).

(1) Nada igualaba á la solicitud que el General de Lamoricière ponía en vigilar los detalles minuciosos que exige la marcha de una columna y el establecimiento de un campo, sobre todo hallándose tan admirablemente secundado, durante las penosas campañas seguidas en la provincia de Orán, por los Sres. Pelissier y de Créng, los dos jefes de E. M., modelos del ejército de Africa. ¡Con qué confianza marchaba la tropa viéndose conducida por tales jefes.—N. del A.





Marcha de la infantería sin mochilas y de la caballería sin grupas

SIEMPRE resulta difícil, y aun diré que penoso, el tener que hablar de sí mismo para ocupar al lector en las fatigas de los trabajos propios; pero como todo cuanto se ha llevado á cabo de jefe siempre ha sido hecho con el auxilio de valientes soldados que, sin desanimarse jamás, han soportado marchas inauditas, me permitiré referir que por el año 1846 hice durante nueve meses la campaña sin encontrar obstáculo alguno; con 4.500 hombres recorrí trescientas treinta y dos leguas en el espacio de treinta y dos días, y cuando mi columna regresó, estaba de tal modo aguerrida y llena de ardor, que le bastaron sólo unos días de descanso para volver inmediatamente á operaciones.

Si estas marchas rápidas nos han dado siempre muy excelentes resultados, es porque al fin se ha resuelto hacer marchar al infante sin mochila, lo que nunca se había intentado en nuestros días; y los gene-

rales que han seguido este sistema han sido los primeros en admirarse de los resultados que obtenían. Lo mismo ha sucedido con respecto á la caballería cuando nuestros cazadores no han llevado más que sus armas.

Con el soldado de infantería sin mochila, y el de caballería con su sable y su carabina sólomente, se puede intentar y obtenerlo todo; pero es necesario que esto no sea para un sólo día ó un golpe de mano; es preciso que sea durante toda una campaña. Muchos distinguidos oficiales han considerado este sistema como impracticable, y, sin embargo, yo he salido bien con él en casi todas mis expediciones (1).

Se ha criticado mucho el sistema del Coronel Carbuccia, que consistía en servirse de camellos como medio de transporte en una columna. Por mi parte, sólo con ayuda de este recurso es como he podido permanecer tan largo tiempo en campaña con todas las estaciones, evitar fatigas á mis soldados, y en el momento crítico utilizar el concurso de todas sus fuerzas. Si con este sistema no se han conseguido satisfactorios resultados en otras columnas, no sé á

(1) Como toda marcha forzada, sea por la duración ó la rapidez, exige siempre un esfuerzo extraordinario que no es posible á todos, y como en Africa es de temer un acecho continuado, hijo del odio en sometidos ó rebeldes, no se deben hacer esta clase de marchas sino con gente muy escogida y muy probada, en consideración al grave peligro que no podrian menos de correr los numerosos rezagados que seguramente iría dejando en su camino. Requieren, pues, la organización de un grupo ligero, y deben tener por objeto una operación determinada, cuya utilidad ó necesidad sean visibles para no dar motivo á que la tropa llegue á imaginar que se la podría llevar siempre con el mismo alivio de carga. — N. del T.

qué atribuirlo, pues personalmente, como ya dejo dicho, yo los he obtenido con él inmejorables. Además, el medio no es nuevo, pues en la campaña de Siria el General Bonaparte con 15.000 hombres próximamente, no se valió de otra clase de transportes para cruzar el desierto de San Juan de Acre.

Hé aquí, según mi experiencia, la manera mejor de servirse de los camellos útilmente.

Una columna no se pone jamás en campaña sino para reprimir una insurrección ó para castigar á rebeldes; es, pues, de suma importancia que su jefe se dedique de una manera especialísima en organizar sus medios de transporte desde la primera razzia (1). Si la tribu arraziada no tuviera camellos, deben agenciarse, cambiando por ellos á las tribus aliadas, los rebaños cogidos, exceptuando el caso de favorecerlas demasiado con ello, dándoles ventajas muy

(1) «Voz árabe, como *algara* ó *rebato*. Incursión, *correría* asoladora, *punta* atrevida, sin más objeto que el botín y el castigo... — Tan antigua por cierto como el mismo pueblo africano — dice *Almirante* —, que es hoy lo que era en tiempo de *Yugurtha*, y en tiempo de *Muza*, y en tiempo de *Cisneros*.» — «Invasión por la fuerza ó por la astucia — escribe *Frisch* — del sitio que ocupa el enemigo ó del depósito de todo cuanto le puede ser querido, familia y fortuna. Procedimiento bárbaro, pero necesario para convencer á un pueblo *que no reconoce el derecho sino en la fuerza y que despreciaría todo gobierno, por muy bueno que fuera, tan luego como este gobierno dejara de apoyar su voluntad sobre una fuerza irresistible y á veces sin entrañas*. Toda operación — añade — que no tiene por coronamiento la razzia, y la razzia completa, no dará nunca más que un resultado momentáneo; lo cual no impide usar de clemencia después, si los ofrecimientos de sumisión parecen sinceros». — En su lugar veremos cómo se deben ejecutar esta clase de operaciones. Tómese nota, en tanto y medítese bien, lo que dejamos últimamente subrayado. — N. del T.

grandes con el trueque. Tal es la primera, la más importante de las cosas que hay que hacer si se quiere lograr buenos resultados en el resto de la campaña.

En cada compañía de cien hombres, deben ir afectos diez camellos, llevando diez mochilas cada uno: Tres *rayens*, ó sean tres camelleros árabes, bastan para conducirlos (1). Al toque de diana éstos los llevarán á veinticinco pasos de cada compañía; los soldados atarán juntas sus mochilas de diez en diez, para formar dos cargas equilibradas. Al botacargas los camelleros toman las mochilas y las cargan. Es muy esencial que los soldados no se aproximen á los camellos, pues el pantalón encarnado, los gritos que dan al verlos, á pesar de las prohibiciones más formales, causan tal espanto en ellos, que se hace imposible detenerlos é impedir que desordenen la columna. Este es el único inconveniente que ha hecho renunciar á servirse de dichos animales, pero así como yo he utilizado este modo de transporte siempre con muy buen éxito, debe de suceder lo mismo á cualquier otro jefe de columna. Basta para ello tomar las precauciones fáciles y bien sencillas que acabo de indicar. Es necesario, sobre todo, que sean siempre los mismos camelleros afectos á cada compañía. En

(1) Actualmente lo indicado es un conductor-jefe para todos, otro, sub-jefe, para cada grupo, y un servidor para cada tres. La carga de un camello se puede calcular, por término medio, en 150 kilos. Conviene dejarlos cierta libertad en la marcha para que puedan comer la yerba, cosa que hacen sin detenerse. En las cuestras y lugares resbaladizos debe llevarseles muy despacio. — N. del T.

llegando al vivac se hace la descarga siguiendo el procedimiento indicado (1).

De esta manera se verá que los camellos prestan al ejército inmensos servicios, y son el único medio efectivamente de poder sostener una larga campaña, en atención á que ofrecen el sólo transporte posible. Empleando los mulos es forzoso empezar por cargarlos con sus propios víveres, que ya por sí forman una carga pesada; no sucediendo así con respecto al camello, que se alimenta por todas partes y marchando (2). ¿No nos hemos visto con frecuencia en la imposibilidad de hacer una larga campaña por la dificultad de procurarnos bestias de carga, sin contar con las enormes sumas que dichas bestias le costaban al Erario? Dos problemas quedan resueltos con el uso de los camellos: el primero, tener una columna muy ligera, de una perfecta movilidad, poco fatigada y en condiciones de hacer una campaña en cualquier estación; el segundo, que esta clase de transporte no es muy costosa.

Y no se me haga la objeción de que las montañas son impracticables para los camellos. En las montañas nunca se hacen expediciones de larga duración,

(1) En el vivac, elegir para ellos un terreno blando, pues el camello no descansa en la roca ni sobre terreno muy duro, y formarlos en columna cerrada, trabados y mirando hacia el interior. La colocación de sus cargas y atalajes debe ser cuidadosamente arreglada, para evitar siempre las confusiones y el desorden. — N. del T.

(2) Este animal es muy fácil de mantener. Si va por donde hay algún pasto, con él se mantiene y resiste, puede aguantar la falta de agua y toda clase de alimento durante algunos días. Su rapidez en la marcha viene á ser la misma de un peatón al paso ordinario, una legua corta en la hora. — N. del T.

sólo correrías de un par de semanas á lo sumo, volviendo luego á reunirse el grueso de la columna, y añadiré que aun durante la primavera los camellos no me han prestado mal servicio en algunas montañas.

Es necesario también organizar inmediatamente un convoy de cien camellos, cada uno de los cuales lleve dos odres de un hectólitro de capacidad; diez mil litros de agua son muchas veces de la mayor importancia en Africa para una columna. Con este recurso es posible ocultar vuestros movimientos á los árabes, evitar en un momento dado el tener que acampar cerca de los arroyos, de las fuentes ó de los pozos, lo cual sería de otra manera indispensable, y se obtiene una gran probabilidad de sorprender al enemigo, que no puede suponer á la columna lejos de las corrientes de agua, siempre tan necesarias á los hombres y los caballos, ni que tenga el atrevimiento de acampar en el país de la *aattach* (sed).

Puede suceder que aun estando privado de los medios de transporte, se quiera castigar á una tribu distante doce ó quince leguas. Hé aquí el medio con que yo he podido siempre conseguirlo: Se toma la caballería disponible y un batallón sin mochilas, y se les hace ocultar, un buen rato antes de la marcha del grueso de la columna, muy cerca del campo, para ocultar este movimiento á los árabes: á las cuatro ó cinco de la tarde la columna emprendé la marcha tomando una dirección opuesta á la que debe tomar la tropa emboscada. Los árabes, que no han tenido tiempo de conocer la maniobra, suponen que la columna, habiendo perdido su rastro, los busca en otra

dirección, y llenos de seguridad vuelven á sus tiendas sin temor de pasar en ellas la noche (1).

En cuanto cierra ésta, parte la columna ligera, llevando consigo cada soldado 60 cartuchos y su fusil cargado con dos balas, y unas seis balas de reserva para poder tirar á lo menos seis tiros de á dos. Los cartuchos que no pueda contener la cartuchera se envolverán con hule y se meterán en el morral, dentro del cual deberán llevarse también seis galletas y carne cocida para tres días. El grueso de la columna, que ha debido detenerse al anochecer, tomará dos horas antes de ser de día la misma dirección que hubo de tomar la expedicionaria (2).

Es muy raro que un golpe de mano intentado así no tenga un éxito feliz cuando es ejecutado con rapidez. Sin embargo, si el enemigo se hallase al amanecer á más de cuatro leguas de distancia, es indicio seguro de que ha sido avisado, y entonces debe hacerse alto, pues no cabe ya la esperanza de alcanzarle, y continuando la marcha se correría el peligro de

(1) El autor se refiere, como es de suponer, á las tribus nómadas; pero este mismo ardid puede utilizarse igualmente cuando se trata de caer por sorpresa contra un aduar ó una población establecida. — N. del T.

(2) Puede suceder que, no presentando el terreno accidente alguno á propósito, estando sin árboles ni matorrales, en una palabra, desnudo, no sea posible la emboscada. En este caso, toda la columna emprende la marcha unas tres horas antes de anochecer, y en dirección opuesta, bien á las claras, de la que debe seguir cuando cierre lo oscuridad. No tarda en acampar, enciende grandes fogatas como si hubiera de pernoctar en aquel sitio, y luego, sigilosamente, levanta el campo, busca un rodeo y trata de sorprender al enemigo. — N. del A.

tener que pasar dos noches lejos de la columna principal sin obtener resultado alguno. Es necesario entonces tomar el partido de aguardar mejor ocasión, establecer el vivac de modo que no falte ni agua ni leña, y dar á la tropa dos ó tres días de reposo.

Digo dos ó tres días de reposo, porque si bien el soldado francés olvida sus fatigas y recobra toda su energía moral para dar un golpe de mano, se cansa doblemente si el objeto de la expedición no tiene resultado.

Marchando al frente de una tropa ligera, y encontrándose la pista del enemigo, será imperdonable el no llevar á cabo una razzia. Sin mochilas nuestros soldados marchan con mucha más velocidad que los árabes; nuestros hombres y nuestros caballos van casi descargados, porque un soldado nunca debe mirar cómo carga el peso de sus armas. Los árabes, al contrario, llevan con ellos los ancianos, las mujeres, los niños é inmensos rebaños (1).

El jefe de una columna debe tener la mayor sangre fría en el momento que voy á indicar.

Quando una tribu se ve alcanzada, ocupa siempre un gran espacio: á la vista de nuestros soldados, los árabes emplean una estratagema de la cual hemos sido víctimas muchas veces. La mayor parte de su caballería, con los estandartes á la cabeza, empieza el fuego, teniendo buen cuidado de colocarse hacia

(1) En el mes de Abril de 1846 un batallón de zuavos, mandado por el jefe de batallón d'Espinasse, anduvo veintidós leguas en veintiséis horas, persiguiendo á Abd-el Kader. Al otro día, después de haber descansado una noche, el batallón se puso en marcha con el mismo ardor. — N. del A.

el opuesto sitio del camino que ha de tomar la tribu. Los jinetes más distinguidos y los más valientes entregan á una verdadera *fantasia* manteniéndose á corta distancia: á su vista los soldados se exaltan, y gritan ¡al enemigo..! ¡á las banderas..!; pero aquellos parten al galope y llevan tras de sí á la infantería que los sigue á la carrera.

Es indispensable que en este momento el jefe de la columna tenga cuidado de no dejarse arrebatar por el entusiasmo, pues no ha de poder alcanzarlos aunque se hallen á tiro de carabina, porque no quieren empeñar un combate y sí sólo atraer la atención hacia ellos para ocultar la dirección que sigue la tribu, la cual, mientras tanto, va ganando terreno. Podrá continuarse la persecución cuanto se quiera, pero todo será en vano, y cuando hombres y caballos estén extenuados, no se verá ya ni un árabe.

La tribu habrá tomado una delantera enorme, y no hay ya que pensar en alcanzarla; el golpe de mano se ha frustrado. ¡Cuántas columnas han sido burladas y se han vuelto después de una larga y penosa campaña, sin haber conseguido más que insignificantes resultados!

Hemos sido incorregibles en esto durante muchos años, y por ello logró Abd-el-Kader salvar tantas veces la *smala* (1).

Cuando se vaya detrás de los árabes, si llegan á divisarse sus huellas, nunca se seguirán las que estén indicadas por la marcha de los caballos, y sí las de la tribu, fáciles de reconocer, gracias á las marcas

(1) Impedimenta, convoy, bagaje de los árabes en Argel.—N. del T.

dejadas por el paso de los rebaños; es imposible engañarse (1).

Si los árabes quieren aceptar el combate, no hace falta perseguirlos, pues ellos mismos acuden al encuentro. A su caballería no conseguiremos alcanzarla jamás.

Todo jefe de columna que obre de otra manera, no sólo perderá un tiempo precioso, las más veces, sino que fatigará inútilmente á los soldados de infantería y los jinetes.

(1) Observando este principio, hemos podido alcanzar el convoy de Abd-el-Kader en Temda (Diciembre 1845), y forzarle á él mismo á presentarnos el combate con toda su caballería, para proteger la retirada de los bagajes. — N. del A.



VI

Reconocimientos

EN África no cabe aplicar las teorías de Europa en el reconocimiento de las posiciones del enemigo, ante un adversario poco menos que impalpable y que tiene de su parte, además, la ventaja del conocimiento del país. Ha sucedido con frecuencia que se le ha hecho reconocer por un escuadrón sostenido por uno ó dos batallones, cual si se tratase de ejércitos regulares, llevando consigo cuanto se necesitaría en una guerra europea. Esto es más que un error, es una falta (1).

(1) La guerra hecha por los franceses en Argelia, ha tenido como principal enemigo á tribus nómadas. Conviene recordarlo, pues aun cuando la del Rif, que un día ú otro se ha de continuar forzosamente, no puede menos de tener, como aquélla, los caracteres propios de la manera de luchar que siempre ha distinguido á la raza, el teatro de operaciones resultará mucho más limitado y circunscrito; no será una persecución, por decirlo así, de guerrillas, bien que se haya uno de considerar incesantemente como rodeado por ellas, y el terreno será defendido en lo general palmo á palmo, tomado una vez, y vuelto á defender nuevamente, de no asegurarlo, bien asegurado, una ocupación militar.

Habido esto en cuenta, nada tan fácil como el perfecto conociemien-

Qué se pretende conocer ¿el campo del enemigo? Con una tropa de tanta movilidad, el campo está en todas partes y el enemigo en ninguna. Los árabes tienen siempre cuidado de acampar á gran distancia y en sitios llenos de dificultades, donde se hace imposible casi descubrirlos, á no emplear exclusivamente los *sabuesos* (1). Un enemigo invisible ronda continuamente alrededor de las tropas: se hace salir un escuadrón, si se aleja y se ve aislado, la masa enemiga que ha sido prevenida ya se precipita á su encuentro; el escuadrón tiene forzosamente que retirarse, y la columna se ve obligada á tomar las armas para libertarle del enemigo, resultando un combate. ¿Y con qué objeto? ¿Cuál ha sido la utilidad? Si se quería empeñar una acción, ha debido hacerse concurrir á ella toda la fuerza y dejarse de un reconocimiento inútil cuando menos, inútil si es que la pérdida de los hombres no lo ha hecho sensible también.

to de todo ese teatro de operaciones, hecho en tiempo de paz, y por esta misma razón menos precisos los reconocimientos especiales que allí ha podido exigir en algunas ocasiones el terreno desconocido. En el Rif, por lo tanto, serán mucho más de aplicar las indicaciones del autor. Recuérdese lo establecido en nuestro Reglamento de Campaña sobre reconocimientos ofensivos, y téngase muy presente que, no pudiendo alejarse mucho, sin grave peligro, las fuerzas enviadas para esta clase de servicios, hacerlos desde cerca, es manifestar que se acecha, *que se busca el falso de la coraza*, y que, de no hacerlos con toda intención para engañar al enemigo, será siempre mejor recurrir para ellos á la confidencia y espionaje. — N. del T.

(1) Recuérdese que bajo este nombre ha convenido el autor en designar á los *spahis*, vestidos como los habitantes del país enemigo. — N. del T.

A las astucias de los árabes hay que oponerles sus mismas astucias. Los oficiales de infantería, y sobre todo de caballería, todos deben dejar en sus bibliotecas las sabias obras escritas sobre el arte de la guerra en Europa. Aquí no debe uno inspirarse más que del terreno y procurar el conocimiento del enemigo. Todo oficial inteligente aprenderá más en una campaña que en todas las maniobras de guarnición y en todos los libros posibles (1).

El jefe de la columna debe tener constantemente á los sabuesos junto á su tienda, pues con ellos debe tratar personalmente, sin mediación alguna, debiendo poderle comunicar éstos sus noticias á cualquiera hora. Dichos exploradores tendrían especial cuidado en disfrazarse, es decir, en ponerse los albornoces del país, negros, blancos ó rayados. Si se trata de hacer un reconocimiento, el General enviará de día ó de noche, á pie ó á caballo, según las circunstancias, cuatro ó cinco de ellos, que tomarán diferentes direcciones; inteligentes, astutos ó hijos del país, siempre os darán noticias más exactas que todas las que podrían adquirir los escuadrones de la columna. Puede suceder que teniendo que transmitir algo importante, no lo puedan hacer, sorprendidos por la noche ó por hallarse demasiado alejados y en la

(1) Quizás algún día, cuando pueda escribirse la historia de las operaciones últimamente realizadas en las cercanías de Melilla, esas mismas que tan brillantemente han evidenciado el heroísmo de nuestro ejército, se tenga la explicación de más de algún amargo suceso en la influencia de los preceptos aconsejados por esas obras sabias, en el error de la clase de guerra y en el desconocimiento del enemigo. — N. del T.

imposibilidad de volver al campamento. En este caso, que debe ser previsto, encienden sobre una montaña cierto número de hogueras, cuya luz sirve de señal por la noche, así como la humareda (1) por el día. Estas hogueras, según convenios establecidos, dan tal ó cual indicación por su número y, en cierto modo, pueden servir como un despacho telegráfico. Por este medio enseñé yo á mis *sabuesos* unas cuarenta palabras, muy suficientes la mayoría de las veces para enterarme de todo lo necesario acerca de las posiciones y los movimientos del enemigo, por ejemplo: Para traducir por medio de esta especie de telégrafo las señales que los *sabuesos* hayan de comunicar, se hace con ellos un convenio del significado que debe darse á tal ó cual número de hogueras que se distinguan sobre un punto determinado. Llegado el momento, los *sabuesos* destacados encienden una hoguera tras de una cubierta ó pantalla que deben llevar consigo á fin de ocultar la llama cuando quieran; hecho esto, descubren la hoguera retirando la pantalla el número de veces correspondiente á las noticias que tienen que dar.

Este sistema es preferible por su sencillez al de la

(1) Por espacio de siete siglos, cuando España era un perpetuo campo de batalla entre sarracenos y cristianos; cuando se tenía que hacer el cultivo de los campos cñiendo el hierro; cuando por hado superior nos veíamos obligados al aprendizaje de una guerra que hubiéramos debido llevar sin aplazamientos hasta el Atlas, esas mismas hogueras y esas ahumadas eran el *telégrafo militar* ordinario, llegando á constituir una red perfectamente organizada, con *atalayas* (torres puestas en las cumbres y los vigilantes que había en ellas), para dar pronto aviso de las incursiones ó rebatos. — N. del T.

multiplicidad en las hogueras, que puede ocasionar confusiones (1).

En los momentos difíciles, cuando no se puede saber nada del enemigo, es preciso emplear otro ardid, me atreveré á decir los grandes medios. Háganse desertar algunos de estos exploradores, que se lleven, si fuere necesario, algunos caballos, lo cual engañará con toda seguridad al enemigo, pero es muy esencial que la columna y, sobre todo, que los aliados árabes crean cierta la deserción.

Por este medio consiguió en la campaña de Isly el Mariscal (2), estar siempre al corriente de cuanto sucedía en el ejército marroquí. De todo era informado con exactitud, no sólomente de los movimientos del enemigo, de su fuerza, de las posiciones que debía tomar, sino cosa que parecerá increíble, y sin embargo es histórico, hasta de las conversaciones habidas en la tienda imperial (3).

(1) Ofrece desde luego el inconveniente de que puede ser visto por los enemigos también, y que siendo así, no podrá menos de ponerlos en guardia. El perro, ese inteligente animal ya utilizado con éxito en varios servicios de campaña, podría indudablemente servir con buen resultado en estos casos, para llevar á la columna ó al vivac, con seguridad y rapidez, los partes ó avisos que no pudieran llevar los exploradores. — N. del T.

(2) Bugeaud. — La campaña de Isly fué dirigida contra las fuerzas del emperador de Marruecos, mandadas por el príncipe Muley-Mohamed, y terminó con la batalla del mismo nombre, donde unos 10.000 franceses batieron completamente á cincuenta y tantos mil africanos. Tuvo lugar el 14 de Agosto del año 1844, y en ella el autor se distinguió por su extraordinaria bizarría en la carga que dió contra el campamento del Príncipe. — N. del T.

(3) Después de la batalla de Isly, el Mariscal Bugeaud se hallaba en extremo inquieto por carecer de noticias acerca de los movimien-

Cuando se trata de realizar un ataque nocturno, los *sabuesos* saben muy bien escalonarse entre los suyos y el enemigo; y comunicándose uno á otro sus averiguaciones, dar exacta noticia de cuánto pasa: si los árabes ejecutan algún movimiento, semejantes á los perros de caza, los *spahis* acechan y evitan á la columna marchas y fatigas inútiles.

Sucede algunas veces que se necesita gente del país para ejecutar una operación, y hace falta un prisionero á toda costa. Tres horas antes de que la columna emprenda la marcha, se hace adelantar lejos á todos los *sabuesos*, y éstos al rayar el día, en el momento de pasar la retaguardia, empiezan á tirotearla; oyendo los disparos, no tardan mucho en acudir los enemigos verdaderos, tanto más audaces cuanto que la línea de tiradores está prevenida de antemano para tirar al aire; el combate dura poco, y los fingidos agresores no tardan en hacer prisioneros. Esta estratagemata que parece peligrosa para nuestras tropas que reciben el fuego sin contestar, nos fué de la mayor utilidad en la campaña de Mascara, dirigida por el General Lamoricière contra los Hachems, que hasta entonces habían sido absolutamente invisibles. La he utilizado igualmente con todo éxito en la campaña de Marruecos.

tos de Abd-el Kader: temía que pasase á la parte del Este para sublevarla. Yo dispuse que se disfrazara de marroquíes un escuadrón de *spahis* y, avanzando con él hasta 8 ó 10 leguas de la columna, tuve la suerte de hacer prisioneros á seis jinetes de los principales del emir: los datos que me suministraron disiparon los temores de Bugaud y le permitieron continuar sus operaciones contra Marruecos.

— N. del A.

Si en una expedición la columna llegase á carecer de cebada (el alma de la campaña, según la expresión tan pintoresca del soldado), la caballería no podría continuar en marcha y sería preciso retroceder, por encontrarse vacíos los silos de las tribus; pero no lo están para ellas, y no debe ignorarse que hay otros llamados *barani* (extraños ó engañosos), conocidos únicamente de los *tammars* (guardianes). Estos hombres que jamás abandonan los silos, son invisibles, y es necesario enviar durante la noche á vuestros sabuesos al sitio donde se hallan tales depósitos. Allí se reúnen en consejo y exponen sus proyectos de ataque, discutiendo la ejecución, como si fueran verdaderos enemigos. El *tammar* que los escucha con avidez, no tarda en salir de su agujero y unirse á los sabuesos, que se precipitan inmediatamente sobre él, le agarrotan y le obligan á descubrir los silos... ¡por desgracia están vacíos todavía...!; pero es preciso no dejarse burlar; estos silos tienen siempre uno y á veces dos superpuestos: se sondean con una baqueta de fusil, y como en tal caso la tierra estará floja, la baqueta se hundirá, encontrándose al cabo la cebada necesaria, y sin la cual hubiera sido preciso renunciar á la campaña: esto ha sucedido muy á menudo.

Vuelvo á repetir: á la astucia de los árabes, es preciso oponer la misma astucia (1): en esta guerra, enteramente excepcional, todos los medios son también

(1) Insistiendo en lo dicho, conviene recomendar el conocimiento de la guerra de ingenio. Con menos fundamento se consagra en la enseñanza y las guarniciones mucho tiempo á ciertos estudios y determinados ejercicios que no son por lo regular utilizables en campaña. — N. del T.

excepcionales. La mejor teoría es continuamente ineficáz, la práctica lo es todo. Así lo comprendió el Mariscal Bugeaud, que supo hacer de la guerra en Africa una ciencia particular, y llegó á ser en ella un maestro incomparable.



VII

Obligaciones del jefe de la caballería

LA manera de emplear la caballería en Africa no es la misma que en Europa (1). A los árabes no tenemos que tomar baterías, destrozár líneas de infantería ni romper cuadros. Nunca se carga en línea; sólo en Isly, han tenido los cazadores y spahis que sufrir el fuego de los cañones y han hallado una infantería que trató de resistirlos á pie firme, con algunos caballos marroquíes que al galope se abalanzaron á su encuentro y aun esto fué un episodio completamente aislado, sin precedentes, y acaso el único de la guerra. A los árabes se les debe cargar en guerrilla,

(1) Y es de comprender bien fácilmente la razón: Se trata de un adversario, cuyo rasgo típico es la individualidad en el combate, que no tiene organización regular; que no maniobra y que desde muy niño está ejercitado en el manejo de sus caballos y sus armas. En su manera de luchar hay, por lo tanto, siempre más de la genialidad personal y de la costumbre, que no de la precisión calculada, y esto aconseja el empleo de medios y procedimientos adecuados. Obrar de otra manera con él sería, en cierto modo, como pelear contra un salvaje siguiendo á pie forzado las reglas acostumbradas en la esgrima de una escuela especial. — N del T.

por grupos; así el comandante de la caballería debe tener un guión muy diferente del de sus escuadrones, y éstos desplegar otros bien distintos entre sí, de colores visibles (1).

Estos banderines no sólo son de una grande utilidad, sino indispensables, porque estando siempre diseminados los jinetes, facilitan su reunión. Deben ir siempre junto á los respectivos comandantes.

Al botacargas la caballería debe montar á caballo y al toque de asamblea emprender la marcha con el fin de que, si se halla un paso difícil á corta distancia del campo, tenga tiempo de franquearle sin ocasionar ningún retraso á la columna.

Cuando el terreno lo permita, la caballería debe marchar por pelotones, lo que hace más fáciles y prontas las formaciones. Es preciso no forzarla, como se hace á menudo en Africa, á marchar en medio de la columna, violentando los aires del caballo para igualarlos con el paso de la infantería, so pena de ver pronto entorpecidos jinetes y caballos, é interrumpida con frecuencia la marcha.

Si la caballería no marcha aislada, con libertad en sus movimientos, sucederá casi siempre que la será imposible acudir con rapidez al punto que debe atacar, y no pocas veces, antes que haya podido desembarazarse del centro de la columna, el enemigo habrá

(1) Pero, entiéndase bien, por grupos que no pierdan jamás entre sí el contacto y el mutuo apoyo que siempre ha de unificar á las guerrillas; porque lo más peligroso para ellos, en todo trance, sería combatir en desorden, por sí cada grupo, y corriendo el peligro de los encuentros personales, donde la ventaja suele, por lo común, estar de parte de los árabes. — N. del T.

tenido tiempo suficiente de ganar mucho terreno, ponerse á gran distancia y hacer infructuosas las cargas, sin otro resultado que el de estropear caballos y cansar jinetes (1).

Por otra parte, marchando con la infantería, ésta sufre continuas molestias, debidas á su proximidad: durante el verano los caballos levantan un polvo tal, que pronto se hace penoso de tolerar; y en el invierno remueven el terreno, estropean los caminos, y á poco tiempo sólo dejan al pobre soldado de infantería, por senda, un barrizal. Además, en los pasos un poco estrechos, que son frecuentes, los caballos sólo pueden pasar uno á uno muchas veces, y esto exige detener una parte de la columna; las filas se confunden, se mezclan, dando lugar á desórdenes; y luego, como la otra parte ha seguido caminando y está por lo regular bastante adelantada, el soldado, con su excesiva carga, tiene que seguir á la carrera, so pena de quedar peligrosamente distanciado.

Por eso yo fijo como *principio absoluto* que la caballería debe marchar aisladamente, pero siempre bajo la inmediata vigilancia del jefe de la columna, y á distancia tal que pueda oír los toques ordenados por aquél: sólo admito una excepción, cuando se trate de pasar un desfiladero ó cuando el enemigo sea muy de temer: entonces el puesto de la caballería es el centro de la columna (2).

(1) Y añádase á lo indicado, el claro que, llegado el momento de utilizarla, tendría que dejar en el centro de la columna. Este sitio, como dice á continuación el autor, no lo debe ocupar sino cuando en terreno quebrado necesita ir bajo la protección de la infantería. — M. del T.

(2) Reforzando la escolta del convoy, es el puesto más indicado, y

Libre en sus aires, la caballería está llamada á llenar servicios incesantes y necesarios: por ejemplo, y esto sucede con frecuencia, cuando una columna está compuesta en parte de regimientos nuevamente llegados de Francia, que desde las primeras marchas empiezan á dejar muchos rezagados; abatidos por el calor, sin haber tenido aún tiempo de aclimatarse, no estando excitados por la presencia del enemigo, que se aleja sin cesar, los soldados, ya para buscar agua, ya la sombra de algún arbusto, se van quedando progresivamente á retaguardia. La marcha continúa sin embargo, y si no se tuviese cuidado, no acudiría ya ninguno de aquellos infelices al primer toque de llamada porque los árabes los siguen como buitres á su presa.

En estas circunstancias, el jefe de la caballería no debe vacilar en dejar á retaguardia uno ó dos escuadrones (1) para que cada uno de ellos destaque un pelotón encargado de registrar las malezas y de recoger los soldados rendidos por la fatiga ó por el sueño. Los jinetes tomarán inmediatamente las mochilas y los fusiles de los rezagados, y aun les harán montar á caballo para poder alcanzar el convoy en el primer alto. Así se evitará la pérdida de jóvenes

como de costumbre, asegurando con algunas parejas los enlaces de las diferentes unidades. — N. del T.

(1) Dichos jinetes han de cumplir este cometido sin distanciarse de la infantería de retaguardia hasta el extremo de que pueda llegar á faltarles su protección en caso necesario. La experiencia del jefe, considerando la naturaleza del terreno y las circunstancias de actualidad, es la que debe reglamentar este servicio, al que pueden contribuir grandemente con su vigilancia y concurso los demás jefes, oficiales y clases de toda la columna. — N. del T.

reclutas que, pasadas las primeras jornadas, sabrán permanecer en sus puestos y no tardarán en rivalizar con sus compañeros.

Es necesario evitar en lo posible que la caballería marche sobre uno de los flancos de la columna, si no cabe tomar otro partido, debe colocarse al lado opuesto de donde venga el viento, para no molestar á la infantería con el polvo. Lo mejor sería hacerla marchar á trescientos metros de la columna. Cuando se presente un río ó arroyo, debe elegir, agua abajo, un vado para dejar á la infantería llenar sus cantimploras.

En los altos tendrá cuidado el jefe de hacer que se adelanten algunos centenares de pasos unos cuantos spahis, que casi siempre apresarán árabes enemigos, procurándose así á veces datos muy útiles. Al toque de alto, cada comandante de escuadrón debe mandar al suyo echar pie á tierra en cuanto los que le precedan estén formados, siendo inútil aguardar la llegada de todo el regimiento, pues este tiempo lo ganan los caballos para el descanso. Como no siempre hay la seguridad de encontrar forraje en el vivac, se debe en cada alto hacer quitar las bridas y dar pienso á los caballos, siendo esta precaución de las más importantes; excusado es decir que un escuadrón por turno debe siempre quedar con los caballos prevenidos á todo evento.

En cuanto el jefe de la caballería haya recogido datos, deberá dar cuenta de ellos al comandante de la columna, pues sucede á menudo que lo inatendible para él, puede apreciarlo de otra manera el general, tener gran influencia sobre la marcha de la columna, y tal vez hacer cambiar su dirección.



Una cualidad indispensable en el jefe de la caballería, es la de tener una grande imparcialidad en la consideración de sus hombres; no debe mirar como rivales á los spahis y los cazadores; los dos cuerpos tienen su especialidad. Los spahis son, propiamente hablando, la caballería ligera, y los cazadores la de reserva. Los spahis deben marchar siempre á la cabeza de los escuadrones, es menester tener cuidado de que los mismos hombres vayan siempre de descubierta. Digo los mismos, porque el jefe ha debido buscar unos cincuenta jinetes escogidos, disfrazados, convenir con ellos en determinadas señales hechas con la ayuda de los albornoces, y que tengan por objeto anunciar la presencia del enemigo, su número, y el de las tribus y rebaños.

En cuanto cualquiera de estos spahis haya descubierto alguna cosa debe procurar ponerse á la vista de la columna y hacer la señal convenida. Si únicamente se trata de tribus ó rebaños, los spahis deben avanzar al momento, quedando los cazadores de reserva para el caso de sobrevenir un choque de más importancia. Si los exploradores han descubierto la aproximación de un enemigo más numeroso, el jefe de la caballería la formará en columna cerrada, avisará al comandante, y seguirá marchando al paso, porque si el enemigo tiene intención de combatir, vendrá el mismo á su encuentro, ó la esperará; es, por lo tanto, inútil fatigar los caballos para alcanzarla.

Recomiendo mucho esto á todos los jefes de caballería, porque he visto con frecuencia á muchos jinetes, llevados por su ardor, salir al trote, luego al galope; retirarse el enemigo poco á poco, fatigar á

nuestros soldados, y no alcanzarle sino los oficiales y algunos pocos cazadores mejor montados. Sucediendo entonces que los árabes, más numerosos, envolvían y cortaban de la columna á nuestros valientes, pero imprudentes jinetes; y hemos tenido que lamentar algunos de los nuestros víctimas de su valor (1).

En semejantes casos no debe entrar en acción toda la caballería, sino conservar la tercera parte en reser-

(1) Es la manera tradicional que tiene de combatir esa raza. En la historia de nuestra reconquista no hay página que no la recuerde con multiplicados ejemplos, y la mayoría de las veces, aunque parezca raro, con éxito. Es un cebo del triunfo con algo, por decirlo así, de reto al valor temerario, y por ello suele dar el apetecido resultado. «Si nuestra caballería toma el trote — dice Frisch — los árabes aléjanse á media rienda, tiroteándola; si marcha al paso, los exploradores acércanse arrogantemente á provocarla; si parte al galope, huyen. Su objeto es fatigar á nuestros caballos pesadamente cargados, y cuando piensan haberlo ya conseguido, se agrupan y simulan dar cara. Entonces, el oficial de caballería, poco experto en la guerra de Africa, supone, invariablemente casi, que ha llegado el momento favorable de cargar; pero cuando ellos le ven lanzarse á fondo con su gente, se dispersan, abren sus filas, dejan pasar el huracán é inmediatamente las cierran á su espalda. Esta carga, pues, no conduce á nada, porque atravesar una línea no es derribarla. Ocorre, además, que tras de aquellos jinetes árabes surgen de pronto infantes armados de fusiles que hacen fuego casi á boca de jarro sobre nuestros hombres, y la caballería tiene que retroceder forzosamente, y la infantería tiene que acudir en su auxilio.» El mismo ardid — añadimos nosotros — cabe recelar en todo combate porque, ya lo hemos dicho, es la manera tradicional que tiene de combatir esa raza, y por ello se debe proceder muy cautelosamente, cuando sin motivo justificado se vea ceder ostensiblemente al enemigo: El árabe, el marroquí no es cobarde, no le amedrenta el número y, por lo general, no suele retirarse de verdad sino cuando ha sido muy sangrientamente lastimado. — N. del T.

va, pues aunque el enemigo es poco temible en una carga avanzando, no sucede lo mismo desde que se inicia la retirada; los árabes son tanto más temibles en este último caso, cuanto menos resistencia mostraron al comienzo de la pelea.

Si en el momento de una carga ejecutada vigorosamente encontrase la caballería un río ó un terreno escabroso, la cabeza de la columna no debe dejarse llevar de su arrojó; después de haberlo atravesado, es necesario que espere hasta que estén reunidos tres ó cuatro escuadrones. Hemos tenido pérdidas muy inútiles por no haberlo hecho así.

Los árabes saben aprovecharse muy bien de nuestras menores faltas. Generalmente dirigen todos sus esfuerzos contra la cola de la columna. En marcha, la retaguardia tiene que tomar á cada momento la ofensiva, lo que ocasiona grandes intervalos entre ella y la columna. Esta recibe cargas, necesita mantenerse á la defensiva y se ha visto algunas veces obligada á abandonar sus heridos. Para evitar estos inconvenientes, es necesario que la caballería se coloque, á la vuelta del combate, entre la reserva de la retaguardia y la izquierda de la columna, exceptuando en los pasos difíciles, en los cuales debe tomar su puesto ordinario detrás del convoy; debe dejarse siempre un escuadrón á retaguardia para impedir que los árabes se apoderen de los heridos y muertos. Algunas cargas de este escuadrón, dadas con oportunidad, bastan para contener al enemigo.

En ningún caso debe quedarse la caballería sola á retaguardia; debe impedirse que los jinetes se mezclen con los tiradores para hacer fuego con sus cara-

binas; esto no tiene más resultado que correr el riesgo de perder hombres, y ver matar ó herir los caballos propios sin ninguna utilidad. Con frecuencia se dejan llevar nuestros jinetes de su arrojo, y entablan cargas aisladas; sus jefes se ven obligados á sacarlos del compromiso en que se han metido por imprudencia. Estos incidentes son siempre perjudiciales para la columna y hacen perder mucho tiempo.

Si los árabes atacan los flancos, habrá que despearlos con uno ó dos escuadrones; pero, lo repito, en la retaguardia es donde se sufren los más violentos ataques; allí está el verdadero peligro. Es, por lo tanto, el punto á que los jefes de la caballería deben dar mayor atención, aplicando toda su aptitud y su ciencia militar (1).

Cuando los tiradores caigan muertos ó heridos, se hace salir inmediatamente un escuadrón, que se coloca delante de la línea de los mismos para dar lugar á recoger los heridos, como lo indicaré en los deberes del comandante de la retaguardia.

Cuando se llegue á algunas leguas del vivac, si la columna se ha retardado, bien sea por las fatigas inseparables de una marcha larga, bien por un combate, el jefe de la caballería hará recoger todas las cantimploras de la infantería, los jinetes irán á llevarlas, y se las llevarán á los infantes, lo cual les será de grande alivio, pues todo el mundo sabe que la sed es el mayor enemigo que tenemos en Africa. Esta

(1) El coronel Randón, del 2.º de cazadores, tenía en sumo grado todas estas condiciones necesarias á los comandantes de la caballería. — N. del A.

precaución no se debe nunca descuidar, sobre todo en verano.

Antes de establecerse en el vivac, la caballería debe forrajear, y al mismo tiempo dar de beber á los caballos. Se debe obligar á trabarlos como hacen los árabes. El servicio mecánico á caballo debe evitarse hacerlo atravesando el campamento.

La mayor parte de los soldados recién llegados de Francia tienen la mala costumbre de hacer beber á sus caballos siempre que encuentran agua; es preciso impedirlo en absoluto.

Hay una regla muy admitida en caballería, y que no sólo la encuentro mala sino deplorable, la de quitar las sillas á los caballos en cuanto llegan, haciéndolos frotar en seguida con paja, ó bien una hora después de llegar, si los caballos no están muy acalorados. Tampoco es bueno el sistema de quitar las sillas una hora después de la llegada. La etapa se hace al paso; pero á pesar de eso ¡cuántos caballos no llegan cubiertos de sudor por lo que los mortifican sus jinetes! Si se desensillan pronto, al día siguiente estarán con mataduras y serán un estorbo más para la columna.

Yo no admito ninguno de estos dos sistemas. Si se manda desensillar al momento, no se conseguirá nunca del soldado que frote lo suficiente el caballo para que se seque completamente. La razón es muy sencilla: en primer lugar, no tiene nada de lo que necesita para hacerlo, y además, cuando llega al vivac, no tiene más que un deseo; el de descansar. Es muy difícil establecer categorías; así creo que el mejor sistema es no desensillar los caballos hasta tres

horas después de haberlos amarrado á las estacas. Siempre lo he hecho así y me ha dado muy buenos resultados. Me opondrán que estando los caballos mucho más tiempo con las sillas, pueden echarse, romperán los arzones y estropearán las sillas: es un error; los caballos amarrados, como lo hacen los árabes, no se echan sino rara vez; y además los vigilantes de la caballeriza están allí para impedirse lo.

Creo que no cabe proporción entre este inconveniente, tan fácil de evitar, y los otros sistemas seguidos hasta aquí. Al salir á campaña cada jinete debe llevar dos pares de herraduras y los clavos correspondientes para cuatro.

De la limpieza y cuidado de los caballos

Algunos comandantes de caballería exigen que se limpie el caballo todos los días: es un error radical. En efecto, gracias á las revistas diarias y á las continuas limpiezas, los caballos se mueren de hambre.

La primera condición para que un caballo esté bueno y haga buen servicio, es que esté bien mantenido. La limpieza es, sin duda alguna, cosa muy útil para la salud del caballo; pero en expediciones en las que el trigo, la cebada ó la yerba son siempre raras, vale más el que los soldados empleen su tiempo en buscar pienso que en pasar revista ó limpiar sus caballos.

A mi juicio, que es el resultado de una larga experiencia, dos limpiezas por semana bastan, y creo que sólo cuando se permanezca en algún punto, es cuando debe dedicarse á la revista. Muy rara vez limpian los árabes sus caballos; en verano se contentan con lavarlos, y, sin embargo, están en muy buen estado. En Africa nuestra caballería está montada en caballos del país; ¿por qué no cuidarlos como lo hacen los árabes mismos, y querer introducir innovaciones en el sistema de la limpieza?

Paso de rios

Ya he dicho que la caballería debe, mientras sea posible, marchar en pelotones, á la orilla de un vado, cada jinete debe buscar su paso; se evita así la desfilada que lleva consigo dos inconvenientes: el primero, retardar el paso; el segundo, obligar á los jinetes á ponerse al trote para incorporarse á las filas (1).

¡Cuántas veces hemos visto un *gum* numeroso llegar á la orilla de un río al mismo tiempo que algu-

(1) Claro está que debe hacerse todo lo posible á fin de salvar cuanto antes el obstáculo y normalizar otra vez la marcha; pero esta libertad de buscar su paso cada jinete debe tener sus límites, para no dar espacio á la dispersión y el desorden. La caballería irregular, el *gum*, por ejemplo, es distinto, *tiene la costumbre* de proceder en esa forma, y esto, en ciertos casos, puede sustituir ventajosamente á la práctica reglamentada. — N. del T.

nos escuadrones de cazadores! El *gum* estaba ya en la orilla opuesta, y apenas habían empezado el movimiento las primeras secciones de nuestra caballería.

Los árabes, y esto se ha dicho hace mucho tiempo, son los primeros jinetes del mundo, si se entiende por esto el saber exigir y obtener todo de un caballo; para ellos casi no hay obstáculos. Pues bien, puesto que tenemos sus caballos, tomemos de ellos cuanto sea bueno. Cuando un jinete llega á un vado, debe mirar al frente por si descubre alguna vereda en la orilla opuesta; en este caso puede seguir adelante con toda confianza. Recomiendo muy particularmente esta observación, pues sucede á menudo que al llegar á la orilla de un río, siguiendo un camino, se encuentra uno en un álveo que no tiene vado; los caballos son arrastrados por la corriente y se atascan en el fango. Esto causa pérdidas de hombres, de caballos y siempre de tiempo. El error proviene de que el sendero no servía sino para llevar á beber los ganados: el vado estaba más lejos.

Esta observación es muy importante, sobre todo en Africa, donde el álveo de los ríos y torrentes es muy variable.

De las cargas

Cuando se dá una carga en Europa, el jefe de la caballería está constantemente á la cabeza de sus escua-

drones; en África debe sólo dar el primer impulso, y empezando el movimiento, dejarlo continuar, dirigirse con su banderín y uno ó dos escuadrones de reserva á un punto elevado desde donde pueda seguir todos los movimientos de sus soldados, apreciar las peripecias de la persecución y hacer que se le reunan, ó socorrer á los soldados que no puedan continuarla; porque, con poquísimas excepciones, el enemigo no hace frente, la carga se convierte en una persecución, una especie de carreras de caballos, y queda una gran distancia entre la cabeza y la cola de la caballería; las partidas enemigas que se han dispersado á derecha é izquierda, caen en seguida á nuestra espalda y matan á todos los jinetes que se encuentran aislados. El deber de un comandante de caballería, es enviar entonces refuerzos á todos los puestos amenazados; entonces el enemigo que ve tropa de refresco, titubea, retrocede, y si no se ha alcanzado una gran ventaja, no se tiene que lamentar una pérdida inútil de hombres y caballos. Los soldados que á pesar de su energía no habían podido seguir la carga, y se encontraban expuestos á ser sorprendidos y prisioneros, vuelven á animarse, y se puede contar tanto más con ellos, cuanto ellos mismos confían más en su jefe.

Esta maniobra debe ejecutarse por todo jefe, mande muchos escuadrones ó sólo cien hombres (1).

Ya lo he dicho: las cargas de caballería en África, en persecución del enemigo, tienen un carácter es-

(1) Los Bourjolly, los Korte, los Morriz y los Tartas han sido los Murat de nuestra caballería en África. — N. del A.

pecial que arrastra irremisiblemente á los individuos. Los obstáculos no son nada, los desfiladeros poca cosa; por doquier que un soldado de infantería puede abrirse camino, el jinete hace pasar su caballo. Así sucede con frecuencia que las persecuciones se extienden á siete ú ocho leguas distante del cuerpo principal de la columna. ¿Qué sucede cuando la caballería se halla en el caso de tener que dar media vuelta? Que los combatientes están tan dispersos por aquella larguísima carga de forrajeadores, que su reunión es muy lenta y no puede ejecutarse sino por fracciones obligadas á obrar separadamente. Todo oficial, cualquiera que sea su grado, debe poner la mayor atención en grabar en su memoria, cuanto le sea posible, todos los accidentes del terreno que deja á sus espaldas, y que deberá recorrer en su movimiento de retirada (1).

Ocurre á veces que alguna de las fracciones que la necesidad ha creado, suele tropezar á su vuelta con el enemigo fuertemente atrincherado en uno de los desfiladeros, bosques ó pasos que atravesó durante la carga, en este caso es una temeridad atacarle. La fracción así comprometida, cortada del resto de la columna, en presencia de un enemigo superior en

(1) Y fijarse mucho en los parajes donde podrá batirse con dificultad ó será de temer una emboscada, y en los que podrán servirle de apoyo, si llegara el trance de permanecer á la defensiva. Nunca debe seguir á ciegas, sino estudiando, previendo y resolviendo por adelantado las contingencias. Aun llegado el caso peor, la retirada se debe hacer dando los posibles zarpazos, revolviéndose á trechos, haciendo suponer que van á llegar nuevas tropas y siempre con serenidad y firmeza. — N. del T.

número, y que tiene la ventaja de la posición, corre grave peligro de ser completamente destruída ó al menos de sufrir bajas considerables, sin provecho ninguno. El oficial debe escoger, entre las posiciones inmediatas, la mejor; hacer echar pie á tierra á sus soldados, que formarán con sus caballos, trabados, un parapeto; cuidará de que economícen los cartuchos, y esperará en la defensiva, á que la columna, que necesariamente ha de estar inquieta con la falta de aquella fracción extraviada, envíe un refuerzo que no puede tardar en llegar, guiado por las detonaciones de los disparos.

Con esta maniobra el Capitán Favas, hoy coronel, logró en 1844 salvar su escuadrón, atacado por fuerzas muy superiores en el morabito de Sidi-Rached, donde se defendió seis horas, contra ochocientos jinetes del Emir. A pesar de tener á todos sus oficiales y cuarenta y dos hombres fuera de combate, el enemigo no pudo conseguir arrollarlo. Aquella defensa es una de las páginas más hermosas de nuestro ejército en Africa.

Obrando de la misma manera el Capitán Piat, de los spahis de Argel, muerto por el enemigo algunos días después, conservó su escuadrón intacto delante de dos mil kabyilas, lo que dió tiempo á Monseñor el Duque de Aumale para llegar á libertarle, dando una carga dirigida con tanto denuedo como habilidad.



VIII

Marchas de noche

LAS marchas de noche son el medio más seguro de abatir una insurrección, de sofocar toda sublevación; pero es necesario que sean dirigidas con inteligencia, y combinadas en forma que las corone siempre un éxito feliz (1).

Presentan, sin duda, grandes dificultades; pero és-

(1) Nuestro vigente Reglamento de campaña, ordena que sean evitadas, en lo posible, sobre todo con trópa numerosa, porque «la disciplina en ellas se relaja; la fatiga crece con la lentitud; los rezagados se aumentan, y es embarazosa ó imposible la combinación de las armas.» De la misma opinión son los tratadistas militares. No deben, por lo tanto, emplearse más que llegado el caso de que la finalidad perseguida no se pueda conseguir de otro modo; cuando sus ventajas compensen sobradamente los perjuicios; cuando haya seguridad en su eficacia. Rêquieren soldados muy ejercitados y seguros y una dirección muy perita. Siendo así, ejecutándolas con oportunidad y vigor, ofrecen la ventaja que da siempre contra el enemigo la sorpresa, y por ello, como dice muy bien el autor, son el golpe más seguro de abatir y de sofocar. En todo tiempo han sido esta clase de marchas las que dieron sus mejores triunfos á las guerrillas, y en lo futuro, dígase lo que se quiera, más de una vez tendrán que ser empleadas por necesidad en toda clase de campañas. -- N. del T.

tas desaparecen si el comandante de la columna sabe y quiere llegar hasta una porción de pequeños detalles, que pueden parecer sin importancia, pero que no se deben nunca descuidar, si no se quiere exponer á un mal resultado; toda marcha de noche, sin éxito, ocasiona al soldado tanta fatiga como cuatro marchas de diez leguas, y es bien seguro que, de hacerlas inútilmente no tarda mucho en fatigarse la columna, siendo necesario entonces, ó volver, ó dar á la tropa un largo descanso.

Es un error muy grande creer que se anda lo mismo de día que de noche; el mayor calor fatiga menos que la marcha nocturna.

Es una cuestión que ha sido juzgada sin apelación desde el primer día: por la noche todas son dificultades y hasta el país mismo cambia de aspecto.

Si una marcha de noche ha de ejecutarse por una columna ligera (1), es necesario hacer lo mismo que si se tratara de poner toda la columna en movimiento. El comandante reunirá á todos los jefes, sin exceptuar á los que se hallen de servicio, á los capitanes, y mucho mejor, á todos los oficiales. Debe explicar á todos lo que tendrán que hacer; desarrollar su plan, describirles en cuanto sea posible el terreno que habrán de recorrer, los obstáculos que podrán hallar, la posición probable del enemigo, su fuerza, y, sobre todo, explicará con mucha exactitud la marcha de cada cuerpo. Será conveniente asimismo poderles distribuir pequeñas cartas topográficas, pues muchas

(1) En principio — dice Frisch, sintétizando la opinión general— sólo deben hacerse formando una columna ligera. — H. del T.

marchas de noche no han tenido resultado, porque en el momento de tropezar con el enemigo había necesidad de averiguar la situación de tal ó cual parte de la columna que se había extraviado y se encontraba á una gran distancia. Es muy importante fijar de antemano un punto de reunión é indispensable el que los oficiales informen á los soldados de las instrucciones que hayan recibido.

A la hora señalada para la partida, el comandante debe ponerse en marcha con las fuerzas en cabeza de la columna y detenerse á unos centenares de pasos del vivac, los oficiales y ordenanzas conducen en seguida cada cuerpo al sitio que debe ocupar, y no se vuelve á emprender la marcha mientras el orden de la formación no quede perfectamente establecido.

Cada batallón, la caballería, el convoy, la ambulancia, deben llevar cuando menos dos árabes del país que ha de recorrerse. Estos guías, que caminarán á pie y á los cuales hay que vigilar mucho, serán muy útiles en el caso de que una parte de la columna tome un camino equivocado. Profundo silencio debe reinar en las filas; nadie debe fumar; las voces de mando se han de dar en voz baja; los jefes de compañía cuidarán de hacer amarrar, para evitar el traqueteo, las cantimploras, las flambreras, y evitar hasta el pequeño murmullo de los hombres; si la columna marcha entera, los perros deben ir amarrados; si se opera con una columna ligera, no se debe llevar ninguno.

Importa mucho que la marcha se haga lo más regular posible; el guía, que es siempre un árabe, debe ir montado en un caballo gris, se tendrá cuidado de amarrarle al brazo una cuerda que llevará un sargen-



to ó cabo colocado junto al comandante. Esta precaución es necesaria por dos motivos: primero, porque el árabe irá al paso de su caballo, y el comandante que no debe perderle de vista, arreglará el paso del suyo por el de aquél, siguiéndole la cabeza de la columna; si el paso es muy precipitado, se forman bien pronto claros, y es necesario hacer alto para estrecharlos: segundo, sea por indiferencia, sea por cansancio, el árabe puede dormirse; entonces se marcha á la ventura, y se han visto por ello algunas columnas vagar toda una noche y hallarse al amanecer casi á la vista del sitio de donde habían salido (1).

El sargento que lleva el extremo de la cuerda del guía, cuidará de que vaya despierto, dándole algún tirón de cuando en cuando, y le hará caminar al paso del jefe de la columna. Además de su Estado Mayor, debe llevar consigo el comandante ocho ó diez sargentos ó cabos, los mejor montados y más inteligentes. Estos jinetes, que deben estar numerados, tienen

(1) Todos los elementos ó unidades que constituyan la columna, deben llevar sus guías particulares é ir provistos de linternas ó de antorchas por sí, llegada una extremidad, fueren necesarias en la marcha para alumbrar el camino ó reunir á los dispersos. Cada jefe de batallón debe llevar algunos jinetes á sus órdenes, y todos ellos tener, así como los demás jefes y oficiales, un sitio de reunión bien precisado, por lo que pudiese ocurrir. Todo conviene llevarlo prevenido y resuelto: en pleno día el horizonte que se descubre anima y tranquiliza, pero en la oscuridad no sucede lo mismo, todo inquieta y alarma, todo contribuye al desorden, y por esto es de precisión la normalidad en cuanto se haga. El inesperado galope de un caballo, un alto brusco, una celeridad repentina, un claro súbito, pueden motivar un desastre, y para evitarlos hay que apelar á todo género de precauciones y cuidar mucho, con todo rigor, la indicada normalidad. — M. del T.

por objeto, sucediéndose cada cinco minutos, el de recorrer al paso los flancos de la columna, cerciorarse de que la marcha no se ha interrumpido, y de que no hay claros en las filas. Cuando se note alguno, es prueba de que una parte de la columna se ha extraviado ó perdido la huella, y debe hacerse alto, dando cuenta seguidamente de lo que sucede al comandante. Se entiende que el alto debe ser general: de otro modo, sucedería que la cabeza de la columna, siguiendo su marcha, se encontraría separada de todo el resto; la orden de alto se comunica de compañía en compañía, porque los jinetes no deben trotar ni galopar al ir á dar cuenta del incidente.

Una noche mi columna se halló de pronto cortada: la cabeza seguía marchando, y el caballo del sargento que venía á darme parte se había caído; yo llevaba una delantera considerable cuando tuve conocimiento del suceso: envié al momento á varios oficiales y sargentos en busca de las tropas extraviadas; pero viendo que no volvían ni los unos ni los otros, me ví obligado á encender hogueras para reunirlos, disparar tiros de fusil y hacer tocar todas las cornetas. Así conseguí reunir á mi gente, pero el enemigo se puso alerta, y nuestra marcha, que había sido muy fatigosa, no tuvo ningún resultado. Imaginé entonces hacer silbatos con tibias de carnero, y cuando los ordenanzas observaban un claro ó una distancia, un pequeño silbido advertía á la cabeza de la columna que debía detenerse. Es necesario haber hecho marchas en el *Sud* ó en el *Sersón* para formarse una idea de las dificultades, y, sobre todo, del peligro de separarse de la columna principal, aunque sólo sean cin-

co ó seis metros. Desde que empleé este sistema no tuve que deplorar ningún contratiempo (1).

Dos jinetes deben estar cerca de cada jefe de batallón ó jefe de servicio, y otros dos deberán colocarse á la izquierda de la infantería: con este sistema, el comandante estará siempre informado de la menor ocurrencia. Es prudente tener siempre á la cola de la columna seis pares de artolas.

No se debe hacer alto, sino cada dos horas, porque si son muy frecuentes, los soldados se dejan dominar por el sueño, el frío los entumece, y no se vuelven á poner en marcha sino con sumo trabajo: un momento antes de hacer alto, dos sargentos deben recorrer los flancos de la columna, y prevenir en baja voz que se deben parar: así los soldados no creerán que la columna sufre una sacudida; pues muchas veces los soldados toman por un alto lo que no es sino un accidente de la marcha: algunos salen de las filas; la columna sigue marchando en la oscuridad; no pueden alcanzarla, y son otros tantos hombres perdidos (2).

Nada debe ocultarse á la mirada y atención del jefe;

(1) Oída la señal, cada jefe de unidad la repetirá inmediatamente, hará que se detenga su gente y cuidará de que se detenga la inmediata que le preceda. Todo esto debe hacerse con tranquilidad, sin arranques, sin precipitación; cuidando, repetimos, de que la normalidad no se interrumpa ni dar motivo alguno de alarma. — N. del T.

(2) Otros autores dicen que los altos deben ser cortos y frecuentes. Nosotros, de acuerdo con el texto, somos de opinión que la frecuencia, en la mayoría de los casos, más bien es perjudicial que benéfica. Las dificultades en la marcha, el cansancio, etc., etc.; son quienes deben ampliar ó disminuir ese intervalo de dos horas que recomienda este distinguido general. — N. del T.

es necesario advertir que cuando una columna está en marcha, se ve á los soldados tener al mismo tiempo las mismas necesidades; si los que han salido de filas se quedaran así extraviados y perdidos, sería bastante para desanimar á los demás y quitarles toda confianza en el jefe. La pérdida de veinte hombres muertos por el fuego del enemigo causa menos mal efecto en el soldado que la de un solo hombre abandonado. El inconveniente es el mismo para la caballería: además, el jinete, transido de frío, se apea del caballo, se acuesta con la brida en el brazo, y se duerme; la columna continúa marchando, toma gran delantera, los hombres vuelven á montar perezosamente y después hace falta un tiempo precioso para reunirlos.

En cuanto el comandante esté seguro de que todos están avisados, ordena el hacer alto, pero este alto no debe nunca ser de más de un cuarto de hora. Mientras dura, los oficiales y sargentos deben estar muy vigilantes para impedir que los soldados salgan de filas y se acuesten sobre la yerba ó entre los matorrales, porque serían otros tantos hombres extraviados. Si el alto debe prolongarse, y esto se verifica, es necesario que la tropa esté avisada, pues conviene mucho evitarle toda inquietud. Antes de volver á ponerse en marcha, se debe avisar, así como cuando se iba á hacer alto, con la diferencia que las órdenes deben empezar por la cola de la columna, y se comprende la necesidad. Si para el alto la cabeza debe ser avisada la primera, es para estrechar así las distancias, porque los unos se aproximan á los otros, y sucede precisamente lo contrario cuando se vuelven

á poner en marcha; si la cabeza está de pie, permanece mucho tiempo con la mochila á la espalda antes que los sargentos hayan podido llevar la orden hasta la cola, y en cambio, la orden que sale de la cola se comunica estando ya todos sobre las armas, y cuando la cabeza empieza el movimiento, la columna rompe marcha como un solo hombre.

Tantas precauciones, tantos pormenores, parecerán pueriles al primer golpe de vista y, sin embargo, son necesarios. Una marcha de noche es por sí sola una excepción, porque no se puede dar ese nombre á las etapas que los soldados hacen algunas veces en Europa, siguiendo una ruta señalada, sabiendo cuanto tiempo necesitarán para llegar á su destino; semejantes marchas nocturnas no se asemejan en nada á las de Africa. El soldado francés, transportado á un desierto, lejos de la familia, de sus costumbres y de su país, necesita saber que el jefe vigila por él. Su fuerza moral es mucho menor que cuando sabe que se ha de atacar al enemigo en pleno del día.

Por la noche su imaginación se exalta y sufre las impresiones de lo desconocido: esencialmente móvil, pronto á inflamarse, á intentar y frecuentemente á ejecutar acciones heroicas, imposibles, ese mismo soldado se deja abatir fácilmente de noche y bajo un cielo tenebroso; cree ver cosas fantásticas, mil quimeras se forman ante sus ojos; no viendo nada, marcha á la ventura; no sabiendo donde va, cree que la columna se ha perdido ó que se ha extraviado mucha gente. En estos momentos es cuando el jefe debe tener una constante vigilancia, debe saber que si un terror pánico se comunicase, todo se perdería y que

Bibliothek der
Deutschen
Morgenländischen
Gesellschaft

los hombres que más pruebas le han dado frecuentemente de valor, romperían sus filas, desbandándose y atropellándose unos con otros; momento terrible, por fortuna muy raro, porque entonces toda autoridad es inútil, y una columna se dispersa como por magia.

El comandante debe asegurarse de que los ordenanzas recorren los flancos de la columna. Los soldados al ver que el jefe cuida de ellos, no pierden la confianza y marchan con resolución.

El comandante que haya marchado en tres columnas durante el día, deberá, por la noche, tomar el orden siguiente: en cabeza la sección de zapadores, los cazadores sin mochila, después la columna de la derecha seguida por la del centro; la de la izquierda, la caballería regular y los *gums* cerrarán la marcha. La infantería debe marchar por mitades: en cuanto el convoy, indicaré su marcha al tratar de las obligaciones de su jefe. No debe haber ni vanguardia ni retaguardia ni flanqueadores. Insisto sobre los flanqueadores, porque ¿cuál es su objeto durante el día? El de marchar á una distancia de la columna y mantener al enemigo bastante lejano para que sus balas no puedan caer entre las filas; pero durante la noche, en la cual los hombres no deben separarse ni cinco pasos, ¿para qué servirán? Los oficiales y sargentos marcharán á los flancos de sus secciones ó pelotones, no delante; en una palabra, todos deben casi tocarse al marchar (1). Si se encuentra algún río, debe

(1) El Teniente Coronel Frisch, de acuerdo en todo con estos preceptos del autor, dice así: «Ni vanguardia, ni retaguardia, ni flanqueadores; los oficiales y clases al costado de sus respectivas subdivisiones para vigilarlas mejor. — La caballería en la cola, y el gum

prevenirse á todos al momento para que se descalcen y quiten los pantalones, si hay lugar para ello, porque tiene mucha importancia para la salud del soldado que no marche de noche con la ropa mojada. La cabeza de la columna, después de haber atravesado el vado, seguirá unos centenares de pasos, y se detendrá hasta que se le avise de que se ha verificado el paso y que se vuelve á emprender la marcha. Es menester escalonar desde la orilla del vado hasta la cabeza de la columna, oficiales y sargentos agregados al Estado Mayor; así nadie perderá el camino.

Los zapadores permanecerán próximos á las rampas á fin de arreglarlas, si esto fuere necesario; la compañía sin mochilas debe ayudarlos; tendrá tambien el encargo de levantar ó auxiliar á los hombres y á los animales que se caigan ó que sean arrastrados por la corriente; deben tener el mayor cuidado al pasar las ambulancias. Al volverse á poner en marcha, los zapadores y la compañía sin mochilas cerrarán la marcha hasta el primer alto, y entonces volverán á ocupar su puesto en columna.

En las marchas de noche es necesasio colocar la caballería en la extrema retaguardia. Resultarían graves inconvenientes si se situase de otra manera, y voy á indicar los principales: Si los jinetes están en la vanguardia, el paso de los caballos, siendo mucho

cerrando la marcha.» Cabe sin embargo advertir, que unos cuantos exploradores á vanguardia, cuando se tenga individuos muy á propósito y *de toda confianza* para esta clase de servicio podrían ser de una gran utilidad en determinadas ocasiones. El gum, ó sean los auxiliares indígenas, deben ser objeto constante de una discreta y disimulada vigilancia. — N. del T.

más largo que el de la infantería, origina claros, se aumentan éstos, y la infantería no tarda en distanciarse y acaba por perder la huella en medio de la oscuridad.

Colocándola en el centro, si es necesario pasar un vado ó sólo un camino algo estrecho, la caballería necesita disminuir el frente, los caballos titubean, y salvado el obstáculo, el jinete involuntariamente precipita el paso para volver á ocupar su puesto, y queda entonces una gran distancia entre la infantería y la caballería, y aquélla puede extraviarse al procurar unirse á ésta. Por último, en los pasos de los ríos, si la caballería pasase antes que la infantería, haría pronto impracticables ambos bordes del vado para esta última.

Puede suceder que al amanecer esté el enemigo á una ó dos leguas; en este caso el comandante no debe obrar como si sólo tuviese una columna ligera, sino que inmediatamente hará tomar una buena posición al grueso de su tropa, y lanzará inmediatamente á su caballería, apoyada y seguida por algunos batallones, que habrán dejado sus mochilas é irán provistos de un par de galletas por plaza.

Es de suma importancia retener á los *gums*: diré por qué.

Si es necesario hacer dos ó tres marchas de noche para alcanzar al enemigo, es importante que el guía, que conoce el país, haga emboscar en algún accidente del terreno y pueda conservarse así oculta la columna durante el día.

Los soldados se unirán cuanto les sea posible; la columna tendrá en su rededor un cordón de centine-

las para impedir que los soldados se dejen ver en las alturas: se prohibirá completamente encender fuego; la carne cocida de antemano es suficiente para el alimento del soldado. Si la ambulancia tiene enfermos, cocinillas con espíritu de vino es lo único de que debe hacerse uso. Es muy importante el que los oficiales se dediquen á señalar bien á sus hombres la estrella polar, lo cual será de mucha utilidad en el caso en que se pierdan hacia el Sur. En 1845 dos cazadores del 13 de ligeros que pertenecían á mi columna se habían extraviado en una marcha de noche: No habiéndolos vuelto á ver en todo el tiempo que duraron las operaciones los creía perdidos, cuando con tanta alegría como admiración los encontré á mi entrada de Tiaret. Hé aquí lo que me dijo uno de ellos: «Después de haber buscado inútilmente, así como mi camarada las huellas de la columna, nos decidimos á caminar por la noche, siguiendo hacia el Norte, guiados por la estrella polar; durante el día, con el temor de encontrar á los árabes, nos situábamos sobre la loma más elevada que podíamos encontrar, y sucesivamente hacíamos la centinela para hacer creer en la presencia de una columna. Vimos con frecuencia algunos árabes que viniendo hacia nosotros, huían cuando nos descubrían, pensando probablemente que la columna estaba del otro lado de la loma, y á este ardid debemos nuestra salvación. En fin, después de tres noches de marchas penosas, llegamos á Tiaret, donde os hemos esperado.» Cité estos dos buenos soldados como ejemplo á todos los individuos de mi columna, recomendándoles que siguieran el ejemplo en casos análogos; después en muchas expe-

diciones he tenido la dicha de volver á encontrar unos treinta hombres que ya consideraba perdidos, y que se habían reunido á nuestros puestos avanzados procediendo de la misma manera.

Si desgraciadamente algunos hombres aislados ó una parte de la columna se extraviasen, antes de encender hogueras ó de hacer disparos de fusil para encontrarlos, lo cual tiene siempre por resultado hacer conocer la marcha, bueno sería emplear antes otros medios que con frecuencia tienen buen éxito; los oficiales y ordenanzas deben echar chispas con un eslabón y un pedernal en sitios distintos ó bien tirar cohetes (1).

Encuentros por la noche

He aquí un hecho que, si bien se presenta raras veces, es interesante tener con él bastante cuidado. Una columna en marcha no tiene que temer un ataque directo por parte de los árabes; pero puede ocurrir

(1) Y de aquí se deduce que todo individuo, toda fracción que se hallen separados de la columna, deben hacer alto inmediatamente y con la mayor atención esperar esta clase de señales, haciéndolas también por su parte. Si se ha marchado con la debida regularidad, no puede ser mucha la distancia que los separe, y el encuentro será más fácil. Bien sabido es lo que desorientan las tinieblas. — N. del T.

que la casualidad la ponga al frente del enemigo que, sorprendido también, hace disparos de fusil; en este caso no se le debe responder.

Si se tropieza por casualidad con una partida enemiga, la cabeza de la columna debe pararse, apiñarse toda su gente y poner las armas en tierra: también deben sentarse los soldados, los oficiales y sargentos salir de las filas, recorrer los flancos de la columna para imponer completo silencio é impedir, sobre todo, que se haga fuego (1).

El comandante hará entonces salir algunos de sus mejores sabuesos para que á favor de la oscuridad se vayan á reunir con el enemigo, y comiencen á decir en voz alta los unos á los otros: «Estamos cercados.» En las tinieblas, y no sabiendo á que atribuir un silencio que se les hace espantoso, las partidas árabes no tardan mucho en retirarse dispersadas.

Este método me ha salido muy bien: los que han obrado de otra manera sólo han tenido desastres que deplorar.

He visto jinetes que, conociendo nuestro arrojó, venían y tiraban algunos tiros, desapareciendo en seguida, bien seguros de que nuestros soldados constatarían, y en medio de la noche tendrían lugar sangrientas y funestas equivocaciones, muy repetidas por desgracia.

(1) Por esta razón, las armas, no es conveniente que se lleven cargadas, y á los tiros aislados nunca se debe contestar. Obsérvese como el autor, adiestrado por la experiencia, no desdeña los medios y ardidés que pudiera emplear el más ingenioso guerrillero, y obsérvese también, con la suma conveniencia de utilizarlos, el valor y la disciplina que son de necesidad para ejecutarlos con éxito. — N. del T.

IX

Deberes del jefe de la Infantería en la retaguardia

EN toda retirada es preciso evitar que sean colocados á retaguardia los regimientos nuevos llegados últimamente de Francia, no porque no sean tan bravos como los otros, sino porque no están acostumbrados á los gritos salvajes de los árabes. Todos los oficiales que hayan hecho la guerra, opinarán conmigo que la retaguardia siempre debe confiarse á hombres escogidos, á veteranos duchos en estas expediciones, firmes, serenos, y que no se dejen impresionar (1).

(1) Contra los flancos, y las retaguardias, en particular, dirigen los bereberes sus ataques. Por esto deben llevar estas últimas la fuerza suficiente para rechazarlos con ventaja. Su jefatura exige singulares condiciones de mando y conocimiento del enemigo. Por esto las recomendaciones del autor de que sólo vayan formando en ellas tropas muy aguerridas, que no se dejen intimar por los gritos ni ostentosas demostraciones con que suelen embestir los indígenas, y por esto Frisch las considera como «*el puesto de honor*» y como «*la piedra de toque*» del valor de un oficial. La retaguardia nunca

El comandante de una columna debe nombrar por sí mismo el oficial á quien se confie dicho puesto, sin preocuparse ante consideración de ningún género; desdennando el turno de marcha, debe preferir al jefe y cuerpo que conceptúe más habituados y capaces de ocupar una posición tan peligrosa (1).

Toda columna de 5 á 6.000 hombres, debe formar su retaguardia con dos batallones en país llano, y con tres en el de montañas, llevando, además, diez pares de artolas, y una sección de la compañía de cazadores sin mochilas, que vaya en cabeza. Estos cazadores no se hallan destinados á combatir; su misión es la de recoger y enviar al convoy, durante el fuego, á los muertos y heridos que jamás deben abandonarse (2), y evitar de este modo que los tiradores abandonen su puesto de combate, lo cual ocasionaría

debe hacer alto que la separe de la columna: si el enemigo es demasiado numeroso, toda la columna debe revolverse contra él, y cuando esto no es conveniente ó necesario, debe limitarse á una defensiva todo lo más enérgica posible, apoyando su marcha en los accidentes del terreno y en las cargas de su caballería, que siendo acertada y oportunamente dirigidas, suelen bastar para contener al adversario. Lo que nunca se debe hacer es distanciarse demasiado los unos de los otros, dividirse la fuerza perdiendo lo que bien se podría llamar la *mutua concurrencia de acción*, y favoreciendo las emboscadas enemigas. — N. del T.

(1) La manera de conducir sus retaguardias, cuando eran coroneles, los Generales Pelissier, Renaud, Le Fló, Saint Arnaud y Mac-Mahon, ha quedado tradicional entre los árabes. — N. del A.

(2) Todo muerto enemigo es un trofeo que produce gran entusiasmo entre los árabes. Contra él desahogan todo el villano rencor de sus odios y toda la salvaje crueldad de sus iras. Su fanatismo, por otra parte, les hace ver en él un presagio de triunfo, y esto les arrebatada y excita, infundiendo en sus ánimos un concepto excesivamente peligroso. — N. del T.

confusiones inevitables en la línea, donde siempre deben estar por parejas y á cinco pasos de distancia, mientras sea posible.

Yo he podido experimentar el efecto excelente de seguir este sistema, pues el soldado se ocupa más de su compañero herido que de sí mismo, y su moral se fortifica mucho viendo que hay otros soldados exclusivamente destinados á no dejar ninguno de ellos al enemigo.

Una sección de artillería de montaña debe hallarse atenta igualmente á la retaguardia; pero esta arma no debe ser empleada sino en último caso; su fuego produce sobre los árabes un efecto moral enorme, que desaparecería bien pronto si se prodigara mucho. Además, no sonando el cañón sino en las circunstancias apuradas, serviría de aviso para el jefe de la columna, que desde que le oyera podría detenerse y tomar las disposiciones que exigieran las circunstancias: en la retaguardia únicamente se utilizarán las carabinas.

El oficial comandante de la retaguardia debe preparar emboscadas al enemigo sirviéndose de los pliegues del terreno y de los bosques. Los hombres para ellas se deben escoger entre los mejores tiradores, y cargar sus fusiles con dos balas: hecha la primera descarga deben replegarse á todo correr á su columna. Importa que se hallen sostenidos por algunas secciones de caballería para evitar que la retaguardia se detenga á esperarlos (1), y entiéndase bien que

(1) El objeto principal ó, mejor dicho, el único de semejantes emboscadas, redúcese á contener y escarmentar á los perseguidores,

seguido enérgicamente durante algunas horas, con dificultad repetirá ya en el mismo día sus ataques. Si la columna se viese seriamente atacada á unas tres ó cuatro leguas del vivac que ha dejado, y hubiese de volver á él, entonces procede verificar desde luego una reacción ofensiva y llevarla todo lo á fondo que le sea posible (1).

En todo caso valdría más vivaquear con la columna y convoy, aun cuando no se estuviese más que á dos ó tres leguas del punto de partida y hasta en sitio sin agua, que no, inquietada por el enemigo, ganar el campamento de noche. En tales ocasiones resul-

(1) Si en una reacción ofensiva se viere que los árabes toman posición, lo que probaría confianza en su fuerza, debe procurarse no atacarlos sólo de frente. Cuando se ven envueltos, los árabes están ya medio batidos. Una parte de la columna debe, pues, con la caballería rodear y amenazar su retaguardia.

Si la posición tomada por el enemigo fuese demasiado fuerte por ser inabordable para la infantería ó la caballería, es preciso valerse de astucias y fingir una retirada. Este movimiento que sería peligroso en Europa, donde los regimientos obran como máquinas, no presentan iguales inconvenientes en Africa, donde oficiales y soldados acostumbran emplear diariamente su inteligencia en los combates de partidarios. En tal caso debe advertirse á la tropa, que la retirada es simulada para atacar en otro parage. En seguida se empieza el movimiento, que debe hacerse aparecer á los árabes como una fuga, cuidando de abandonar alguna mochila, efectos en mal estado y aun algunas armas. Este aliciente no tarda en atraer á los árabes que, desprovistos de disciplina resisten rara vez al deseo de picar nuestras retaguardias y aprisionar á los rezagados. Fuera de su formidable posición, y situada en la llanura la infantería enemiga por numerosa que sea, se halla en poder nuestro, y su caballería á pesar de su movilidad, con una acción enérgica ofensiva, quedará siempre rudamente maltratada. — N. del A.

tan evidenciadas la necesidad y conveniencia de llevar consigo buen número de camellos cargados con agua.



De las razzias

TAN luego como una columna puesta en campaña consigue dar un buen golpe de mano, es decir, arrebatarse numerosos ganados, es de suma urgencia organizar un Consejo de Administración compuesto del jefe de la columna, como presidente, de su jefe de E. M., del subintendente, del coronel más antiguo, de un capitán, de un teniente y del oficial de la oficina árabe que desempeñará las funciones de secretario.

El Consejo de Administración hace que se venda á las otras tribus el ganado cogido, pues éste produce siempre un gran embarazo y puede contrariar la rapidez en las operaciones. Sólo es conveniente conservar una parte, que no debe figurar en la contabilidad del estado, lo cual servirá para dar á cada hombre durante algún tiempo y diariamente una libra de carne. Es inútil añadir que tales distribuciones extraordinarias no deben hacerse jamás con prodigalidad,

á fin de no comprometer la salud de las tropas (1); pero no podré repetir bastante la necesidad de que el soldado esté bien mantenido, sobre todo hallándose de operaciones. Preciso es también aprovecharse de semejantes abundancias felices para recompensar largamente á los árabes que nos hayan guiado con acierto, siendo una prueba de talento el saber hacerse servir bien; un gasto crecido hecho con oportunidad llega á ser en muchos casos una verdadera economía para lo porvenir. ¡Cuántas veces no se ha visto al enemigo pagar con largueza á los guías de nuestras columnas por habernos conducido á punto diferente de su territorio, ó habernos apartado del camino seguido por los ganados y el grueso de sus tribus, lo cual hacía completamente infructuosas nuestras correrías y fatigas.

Luego de haber hecho una *razzia*, el comandante de la columna no debe nunca descuidar la recomendación de que se tenga el mayor cuidado con las pieles de los carneros distribuídas á la tropa. Todas estas pieles deben, sobre todo en invierno, distribuirse á las compañías con equidad, pues en campaña no siempre se hallan, como se ha dado en decir, los arenales ardientes del Africa, y no es raro padecer un frío tan intenso como en Francia, y nieves suficientes para

(1) La disentería es en Africa una de las consecuencias fatales del exceso en el consumo de carne fresca, y nunca se le debe permitir al soldado que la coma sin estar bien cocida, porque también se produciría la tenia.

De conservarla para otro día, se debe asar ó cocer un poco y luego, antes de guisarla, darle un buen lavado con agua y vinagre, sobre todo si tiene olor, y echar en el caldo un pedazo de carbón hecho brasa. — N. del T.

que perezca la tropa. Es, por conveniencia, menester que se distribuya una piel de carnero á cada soldado de infantería y dos á cada uno de caballería, aunque hubiese necesidad de hacerlos matar á propósito. El soldado utiliza esta piel para resguardar su cuerpo durante la noche, colocándola como peto en su pecho por el día. Las que se distribuyan á la caballería sirven una para el hombre y la otra para el caballo. Si las hubiera en cantidad suficiente pueden servir, adaptándolas á los estribos, á manera de bolsas, lo cual impide frecuentemente, que durante los grandes fríos ó las lluvias glaciales se le hielen al soldado los pies. Este procedimiento me ha salvado bastantes hombres y caballos en 1845 y 1846.

Si después de una *razzia* se comprobara que la tribu castigada no era tan culpable como se había creído y que lo ha sido con demasiado rigor, es menester ser más generoso que severo se haya sido, y devolverla, en lo posible, cuanto se le haya quitado. Sobre todo es preciso demostrar á los árabes que se les ha castigado porque han sido culpables, y no por la codicia ó el afán del botín, lo cual está muy lejos de ser un equivalente de lo que gastamos en hombres y dinero para esa clase de operaciones.

Una observación, que tiene mucha importancia, es la de recomendar á todos los hombres de la columna, cuando se apoderen de una tribu, que no desdeñen el más pequeño pedazo de papel que llegue á sus manos y que registren á los mismos árabes á fin de asegurarse que no llevan consigo ninguno (1). Hemos des-

(1) La captura de los principales jefes de las tribus, que deben

cubierto con frecuencia, por medio de estos escritos, que habíamos castigado á tribus inocentes mientras que las culpables se hallaban entre nosotros. ¡Cuántas veces no hemos gastado sumas inmensas para correr tras de unas tribus que eran inocentes, pues habíamos sido impelidos para ello, sin saberlo, por satisfacer una venganza personal! Yo supe una vez por uno de estos escritos que Abd-el-Kader, á quien creíamos expulsado completamente del Oeste, se hallaba sólo á dos jornadas de marcha de mi columna, y había dado la vuelta hacia mi retaguardia para intentar una *razzia* contra los Rhaaman. Esto sucedió en 1847. Yo había sido inducido á error sobre la posición de Abd-el-Kader por los árabes aliados que marchaban conmigo; éstos tenían interés en ocultarme la presencia de Abd-el-Kader en el país, porque se alegraban mucho de ver arrasarse el de los Rhaaman contra los cuales sentían un odio inveterado. Podría citar, además, otros muchos datos que pueden obtenerse con esta clase de escritos. Los sabuesos del jefe de la columna que conocen la importancia de los mismos, tienen el mayor cuidado en procurárselos, y repito, es una cosa que no debe descuidarse porque

ponerse inmediatamente á buen recaudo, es lo primero que se ha de procurar en esta clase de operaciones. Ellos constituyen excelentes rehenes y son, por decirlo así, la cabeza del enemigo. Conviene, asimismo, no dejar de la mano á los auxiliares indígenas, porque pueden muy fácilmente dejarse llevar con exceso de su rapacidad ó de su odio y hacer lo que nunca se debe hacer, ni siquiera en esta clase de operaciones, tratándose de un ejército regular y de una nación civilizada. Lo mismo cabe recomendar en lo que se refiere al soldado por muy disciplinado que sea. — N. del T.



las más pequeñas causas pueden con frecuencia producir los mayores efectos (1).

Cuando una columna se apodera de inmensos rebaños y se quieren guardar ó convoyarlos, ocurre siempre que llegan á ser causa de grandes embarazos; primero entorpecen forzosamente la rapidez en la marcha, y sabido es que la prontitud de los movimientos es en Africa una condición esencial del éxito, y en segundo lugar, aparentando que se hace la campaña por algunos millares de cabezas de ganado, se disminuye particularmente el efecto moral que debe presidir á todas nuestras operaciones.

Dos alternativas se presentan y realizan siempre conservando los ganados; la primera, que la mayor parte de ellos perecen en la marcha; la segunda, que los que llegan al interior se venden á bajo precio á especuladores extranjeros que los transportan fuera de Africa.

Vendiéndolos, aun á bajo precio, á nuestros aliados, nos hallamos por lo pronto, según he dicho ya, libres en todos nuestros movimientos y, por otra parte, puesto que no hacemos la guerra al país mismo

(1) Las razzias ofrecen el grave inconveniente, mejor dicho, el peligro de arruinar, destruyen y dejan á muchos desdichados en la más horrible miseria; pero son de una suma eficacia para escarmantar ó imponerse. Quizás algún día se hagan también necesarias en el Rif, donde seguramente resultarían mucho más difíciles y mucho más peligrosas que sobre las llanuras de Argelia contra nómadas; pero fáciles ó difíciles, entendemos que semejante clase de operaciones sólo deben tener lugar en casos muy singulares y extremados, como ejemplar y supremo castigo, aunque no sea más que por los rencores que difunden y por lo mucho que desmoralizan al soldado.

— N. del T.

ni á su fortuna, no privándole de los ganados que forman su principal riqueza, obtenemos el excelente resultado de conservar menos movibles á las tribus y hacerlas cada vez más grato el suelo que ocupan.

Era yo en otro tiempo, partidario muy acérrimo de la destrucción de los sembrados, y he reconocido luego cuan grande era mi error. Cuando creíamos destruir las cosechas del enemigo, eran nuestras propias haciendas las que quemábamos, porque no basta una sola campaña para acabar con los árabes. La experiencia de diecinueve años nos lo enseña, además, si en la primera expedición lo destruimos todo, vaciamos completamente los silos, en una palabra, si llevamos la ruina á todas partes ¿qué recursos hallaremos cuando estemos obligados á volver por allí? ¡Nada, absolutamente nada, á no ser los rastros apenas borrados de nuestros incendios! ¡Con qué podremos en adelante mantener tanto á los hombres como á los caballos!

Un cuidado que debe tener todo jefe de columna es el encargar á los soldados que se apoderen de cuantos molinos de mano encuentren, sea en las tiendas, ó en los ksours (1) árabes; es sumamente importante tener á lo menos tres para cada compañía de cien hombres.

Sucede con frecuencia verse obligado á partir inmediatamente; la insurrección cunde y no nos espera; desde este momento se ve uno en la precisión de tomar pocos víveres; el peligro es inminente y hay

(1) Ksur ó Ksar, poblados árabes que por lo general suelen tener alguna fortificación ó defensa. — N. del T.

que prevenirlo. Con los molinos de mano se tiene el medio de hacer harina, y, por tanto, pan; pues los silos no faltan jamás; con pan, agua y leña es siempre posible sostener una campaña.

Con ayuda de este sistema es como el General Lamoricière ha podido en 1840 llevar á cabo la expedición más larga, ruda, y es menester recordarlo, la más feliz y fecunda en resultados que se ha hecho en Africa: la de Mascara (1).

(1) Resumiendo ahora lo más indicado para realizar esta clase de operaciones, diremos: que deben ejecutarse con el mayor secreto, reservando hasta los menores preparativos; que la hora del ataque debe ser la primera del día, cuando ya clarea lo suficiente para ver lo que se hace, y que se debe proceder en todo con las mismas precauciones y procedimientos que para una sorpresa nocturna. La caballería invade, cargando á fondo, el campo enemigo, lo desordena y luego se ocupa en cortar la retirada y proteger la operación. La infantería y los auxiliares indígenas ocupan el aduar, se apoderan del botín y aseguran los prisioneros. Siempre debe quedar, en la mano del comandante, una fuerte reserva, y, una vez efectuada la razzia, debe concentrarse toda la fuerza y organizarse rápidamente la columna. En esta clase de operaciones, como en la esgrima, el tiempo, la rapidez, es un elemento, un factor decisivo, poderoso, eficaz, para conseguir el apetecido resultado. — M. del T.





Ataque de un campo enemigo durante la noche

A sí que una columna ha llegado á distancia, no sólo de cuatro ó cinco leguas, sino de diez ó doce del enemigo, deben tomarse todas las medidas para atacarle durante la noche, y al efecto, luego que su jefe ha conseguido asegurarse, tanto de la distancia que le separa de los árabes, como de la posición que ocupan éstos, debe organizar sin demora una columna de ataque, la cual sólo debe formarse con cuatro ó cinco compañías de confianza; este número es suficiente, pues ante todo es preciso evitar la confusión, siempre que se quiera obtener un pronto resultado (1). A esta columna de ataque seguirán

(1) La teoría desarrollada por el autor en este capítulo, ha sido escrita, ocioso parece ya recordarlo, para la campaña sostenida en Argelia, contra nómadas principalmente. De aquí la dificultad de su aplicación absoluta, *hoy por hoy*, tratándose, por ejemplo, de nuestras fronteras marroquíes; pero descartando lo inadecuado, cosa bien fácil, considerada la diferencia de lugares y circunstancias, no admite duda que las reglas y consejos de carácter general que hay en ella son, como hijos de la experiencia de muchos años, de una

tres ó cuatro batallones sin mochilas. No debe emplearse la caballería que, en este caso, sería más bien perjudicial que útil; con la infantería sin mochilas pueden tomarse los caminos más extraviados y difíciles, á fin de que los árabes no sospechen nuestros proyectos. La caballería no podría seguir á la infantería por esos caminos y el ruido que hace daría aviso al enemigo. La columna de ataque tomará al salir del vivac, una dirección opuesta á la en que se halla el objetivo y describirá un arco de círculo para converger hacia él. Esta precaución es necesaria para engañar la vigilancia de los árabes, que, sin cesar, espían nuestros movimientos. Cuando se llegue á unas dos leguas de distancia del enemigo, cuya posición ha sido indicada por los fuegos de su vivac, debe mandarse hacer alto á los batallones que siguen á la columna, se sentarán en tierra con el mayor silencio y se guardarán, sobre todo, de contestar, aun cuando recibiesen algunos tiros de fusil. Llevando las cosas á todo rigor, ni aun las armas deberían estar cargadas, pues un sólo tiro de fusil disparado, sea por imprudencia, sea por casualidad, bastaría para descubrirse al enemigo (1).

El jefe de la columna se pondrá á la cabeza de las

realidad y de una eficacia positivas. Como regla también de carácter general, bueno será recordar asimismo, en todo caso, que los ataques de noche suelen ser excesivamente peligrosos; requieren tropas muy ejercitadas y seguras, ofrecen muchas ventajas al enemigo, cuando éste, por decirlo así, *tiene raíces* en el terreno que defiende, y que todo fracaso en ellos puede alcanzar muy desastrosas y muy deplorables consecuencias. — N. del T.

(1) Y, por consiguiente, quedaría perdida la única superioridad que pueden ofrecer esta clase de ataques, la sorpresa. — N. del T.

compañías encargadas del ataque, después de haber tenido buen cuidado de indicarles la maniobra que han de ejecutar: no debe llegarse al enemigo sino cosa de una media hora antes de salir el sol; más temprano ó más tarde, sería una imprudencia.

A distancia de un cuarto de legua del campamento, se despliegan las compañías en batalla sobre el centro, donde se halla colocado el jefe. La marcha en batalla debe formar un semicírculo.

Cuando el jefe de la columna quiera hacer alto ó emprender nuevamente la marcha, prevendrá á las dos hileras que se hallan á su derecha ó izquierda que se va á ejecutar uno de dichos movimientos; las hileras comunicarán este aviso á sus inmediatas, que las transmitirán á su vez en voz baja, y prestarán desde este momento la mayor atención á lo que se va á hacer; así que juzgue prevenida á cada extremidad de las alas, se detendrá ó marchará, y lo mismo hará sucesivamente la tropa (1).

El ataque debe iniciarse un cuarto de hora antes de amanecer, á fin de sorprender á los árabes, que ya están levantados para hacer sus abluciones; no se emprenderá sino cuando se haya llegado lo más cerca posible del campamento. Es muy fácil acer-

(1) Estos altos ó interrupciones de la marcha, deben ser evitados á todo trance. Hecho el despliegue para rodear el campo enemigo, asegúrese bien el tacto de codos y tómense cuantas precauciones se consideren necesarias, pero una vez comenzado el arranque, debe seguirse adelante, sin vacilación de ningún género, hasta el momento de hacer fuego y luego precipitarse atrevida, furiosamente á la bayoneta sin reparos. En tales casos la resolución es una palanca de triunfo, y la indecisión, el recelo, sumamente dañinos para la moral de la tropa. — N. del T.

carse á éste, porque los árabes se guardan muy mal, confiados en la vigilancia de sus *chonef* (exploradores), que están encargados de prevenirlos de todos nuestros movimientos. La compañía del centro hará entonces fuego de pelotón. El enemigo se levanta sorprendido y asustado por esta descarga; en este momento toda la fuerza debe hacer fuego de filas. Las hogueras del vivac sirven de punto de mira, y bajo ningún pretexto se moverá la tropa de su sitio.

Es muy importante llevar consigo el mayor número posible de cornetas, para hacer creer al enemigo que es atacado por fuerzas numerosas. Un toque general hará cesar el fuego. Esta orden debe cumplirse puntualmente; un tiro de fusil disparado en nuestras filas, puede hacer suponer que viene del enemigo, corriendo en la oscuridad el peligro de que por una funesta equivocación se maten los soldados unos á otros (1).

(1) El Teniente Coronel Frisch, aconseja los mismos procedimientos que Yusuf, reproduciéndolos casi literalmente; pero recomienda evitar, en lo posible, semejantes empresas, que sólo considera realizables con pequeños destacamentos, y previene que se haga el despliegue á un kilómetro del campo enemigo. Lo primero nos parece muy acertado, lo último no, porque á un kilómetro los ruidos son fácilmente perceptibles y es manifiesto el riesgo de que se descubra el ataque. Se dirá que, llegado este caso, un kilómetro se gana en pocos minutos á la carrera, en mucho menos tiempo del que hace falta para organizar la defensa, y es la verdad, pero ¿y si el grito de alarma se produce antes de que se haya terminado ese mismo despliegue, cuando la columna trata de imponerse al terreno en la oscuridad? ¿Qué puede suceder entonces? Pues muy sencillo, que se inicie la confusión, que sea preciso cargar inmediatamente á la bayoneta, que la tropa llegue al cuerpo desalentada y... que sobrevenga un desastre. Sin embargo, para evitarlo todavía mayor,

A la señal de alto el fuego se arma la bayoneta y se entra en el campamento. No hay tropa árabe capaz de resistir á semejante ataque cuando este se realiza de un modo hábil y enérgico.

Todo enemigo que se halle debe ser pasado por las armas, porque no es posible hacer prisioneros. Al cabo de diez minutos un segundo toque advertirá á la tropa que retroceda y se ponga fuera del alcance de la luz de los fuegos, á fin de que tan corta fuerza numérica no anime al enemigo; pero sucede casi siémpre que los árabes, atacados vivamente durante la noche, se confunden y se desordenan de tal manera, que les es imposible rehacerse y tomar la ofensiva antes de ser de día.

Los batallones que hayan quedado atrás deben ponerse en camino é incorporarse antes de amanecer, y así se tiene desde luego, al salir del campo enemigo, un número de hombres suficientes para obtener el resultado, el objeto único de la marcha nocturna, quiere decir la destrucción del campamento.

Hay todavía otro medio de dispersar un campo enemigo, consiste en amenazar á una de las tribus de los contingentes que lo componen; se puede estar bien seguro de que ante semejante noticia, los hombres que se hayan separado de dicha tribu se apresurarán á reunirse con ella, y el campo quedará bien disminuído (1).

y evidentemente seguro, somos de parecer, que si ocurriera semejante incidencia, sólo procede inmediatamente la carga; nada de fuegos, para evitar esas equivocaciones funestas á que hace referencia el autor, y... á conquistar con el heroísmo la victoria. — N. del T.

(1) Este ardid sólo nos parece recomendable cuando el campo

No me cansaré de repetir, é importa que todos los soldados se hallen bien persuadidos de ello, que cuanta mayor aglomeración de árabes encuentre una columna, mayor facilidad tiene para dispersarlos. Aquí es al contrario de lo que sucede en las guerras de Europa. Una masa de árabes, cualquiera que sea el valor individual de sus hombres, no resistirá jamás el empuje de nuestras bayonetas, y se puede dar por regla general, y aún absoluta, que un campo árabe, por muy numeroso que sea, atacado de noche con inteligencia y energía, es siempre tomado.

En un ataque de noche no es conveniente hacer prisioneros, porque los prisioneros árabes, cuya astucia es infinita, necesitan de una gran vigilancia; y casi puede decirse que no son mucho cuatro franceses para custodiar á uno solo. Además, como la fuerza con la cual se ha verificado la operación no es muy numerosa, estos prisioneros no harían sino embarazar en el caso de que los adverbarios intentasen una reacción ofensiva antes de que se haya incorporado el grueso de la columna (1).

enemigo, sea demasiado numeroso y extenso para una embestida semejante, ó cuando se le quiera batir en detall por escasez de fuerzas ó cualquier otro motivo, pues una de las circunstancias necesarias en todo ataque nocturno, es que la confusión que produzca la sorpresa domine, por decirlo así, todo el campo, sin dejar en él sitio alguno donde pueda organizarse tranquila y serenamente la resistencia. — N. del T.

(1) Este grueso debe marchar á poca distancia de la columnilla de ataque. No sería en realidad muy prudente una verdadera separación entre ambas fuerzas; basta y sobra conque dicha columna pueda maniobrar sin tropiezos, conque tenga la independencia necesaria para realizar su misión ó para combatir aisladamente, si es

Es de grande importancia poner en guardia á los soldados contra una estratagema muy hábilmente empleada por el enemigo.

Sucede con frecuencia que un árabe, al verse cogido, aparenta que se rinde y os presenta su fusil como para entregarlo; entonces hay que proceder con toda cautela, porque al tratar de apoderarse de su arma, que tiende con el cañón hacia adelante, la dispara, el golpe os hiere mortalmente, y él consigue salvarse.

preciso, en la marcha, y esto lo puede tener adelantándose como una vanguardia exploradora nada más. Llegado el caso de que fuera sorprendida en la marcha, que bien puede ocurrir, debe hacer alto y resistir á todo trance, recordando lo aconsejado para los encuentros de noche, y el grueso esperar hasta que desaparezcan las tinieblas.—

N. del T.





XII

Ataque nocturno de un campamento francés por los árabes

NUESTROS campamentos han sido algunas veces atacados por los árabes durante la noche; en estas circunstancias, nos han ocurrido accidentes deplorables, y nuestros soldados, sorprendidos de improviso, se han fusilado unos á otros. Estos errores, que por fortuna se vienen haciendo más raros cada vez, nos ocasionaban mayores pérdidas que el fuego del enemigo.

He visto en ataques de noche hacer tomar las armas á toda la columna y tenerla así hasta el día, ó verificar salidas, al regreso de las cuales los batallones eran fusilados por sus camaradas. También he visto mandar tocar botasillas en noches oscuras, en términos que el jinete no distinguía las orejas de su caballo (1).

(1) Los árabes, y bajo esta denominación comprendemos á los argelinos y marroquíes, tienen suma destreza para deslizarse como

Hoy, todo jefe de columna debe tener la persuasión de que cuando los árabes emprenden un ataque de noche, nunca es con el objeto de penetrar en el campo, sino únicamente con el de fatigar á la tropa, tenerla en pie, y obligarla á verificar una salida, esperando, en medio de la obscuridad, introducir la confusión en el campamento.

Repetidas veces hemos experimentado el deplorable resultado de estas salidas; la columna ha sido desordenada, la confusión se ha introducido en las filas, bravos soldados han sido muertos casi siempre por sus camaradas, y al día siguiente, á la hora de partir, los hombres estaban rendidos y se arrastraban penosamente hasta el otro vivac.

En el caso de un ataque de noche, he aquí el sólo medio que debe emplearse, y que siempre nos ha salido bien.

El comandante hace prevenir á su columna que á la menor señal de ataque se apaguen todas las hogue-

reptiles y salvar silenciosamente las quiebras; para ellos el más pequeño matorral constituye un abrigo, todo claro un camino fácil; trepan como lagartos y saben dejarse caer desde las alturas como sombras; pero el arte da medios con que burlarse de su agilidad y de su astucia. Un campo, un fuerte, una posición bien guardados y en los que se haya establecido una concertada vigilancia, nada tienen por consiguiente que temer de sus arrebatos ni sorpresas. La confianza es el enemigo peor en estas últimas, y la confusión lo que más debe precaverse y evitarse. Constantemente, pues, se deben tener muy presentes en Africa los consejos de la experiencia; no fiarse jamás en los abandonos de la calma, y, como en parte alguna, recordar y cumplir aquel sabio precepto de nuestras añejas Ordenanzas: *«Todo servicio en paz ó en guerra se hará con igual puntualidad y desvelo que al frente del enemigo.»* — N. del T.

ras del vivac y se guarde el mayor silencio en él (1). Si el enemigo fuese muy numeroso, no pudiéndose resistir los pequeños puntos avanzados se retirarán hacia los veinticinco hombres que cubren las grandes guardias; éstas deben permanecer inmóviles y sobre las armas, y los oficiales han de tener el mayor cuidado en no perder nunca la dirección del vivac para evitar que se haga fuego sobre nuestras líneas en el caso de verse rodeados por el enemigo. Es de la mayor importancia que, previendo un ataque, haya cuidado en escoger un punto cualquiera para orientarse.

Cuando el comandante prevea un ataque, hará doblar las grandes guardias, practicando esto mismo cuando las vea atacadas seriamente.

Si el fuego se aproxima y hace más vivo, los soldados deben tomar sus cartucheras, deshacer los pabellones y sentarse con el fusil en la mano, ofreciendo así menos blanco al enemigo. Los oficiales y sargentos permanecerán de pie, teniendo cuidado de impedir que la tropa responda y haciéndola guardar el más profundo silencio. Esto, tan difícil siempre de obtener, es de la mayor importancia.

El silencio impone siempre á los árabes, que no

(1) El caso de un ataque al vivac—dice Frisch—ha de hallarse previsto y dadas las oportunas órdenes al afecto. Coincidiendo en todo con las advertencias del autor, previene también que á la primera señal se apaguen todos los fuegos del vivac, que se tienda la tropa con las armas apercebidas y que se imponga el silencio más absoluto. Dice asimismo que desde luego debe armarse la bayoneta, pero esto, bien mirado, sólo parece conveniente que se haga en las primeras filas exteriores, por lo que pudiera ocurrir. — N. del T.

pudiendo descubrir la columna, temen caer en alguna emboscada, ó ser envueltos. Su energía disminuye y sus gritos redoblan entonces hasta tal punto, que aun los hombres más acostumbrados no pueden menos de sentir un verdadero estremecimiento al oír esta gritería, ó más bien estos ahullidos salvajes; en aquel momento es cuando los oficiales deben esforzarse en mantener el ánimo del soldado, haciéndole comprender que cuanto más gritan los árabes menos temibles son (1).

Rara vez se prolongan los ataques de noche hasta el día. La movilidad de nuestros soldados no tarda en hacer emprender una pronta retirada á la mayor parte de los enemigos; esta calma, que puede llamarse de la fuerza, los admira y desconcierta de modo que los más bravos ó encarnizados de entre ellos, se dejan arrastrar por la masa; el ruido se amortigua y antes del día han desaparecido todos.

(1) El objeto de semejante gritería, propia de toda raza salvaje, no es otro que asustar, introducir la confusión en los adversarios, y obedece á una profunda intuición psicológica del efecto moral que ordinariamente produce. De aquí el estar, en razón inversa de la fuerza y resolución del ataque, pues, á mayor flaqueza, instintivamente más empeño en utilizar ese recurso que, pareciendo ser como la expresión de un brutal regocijo motivado por la seguridad en la victoria y una terrible amenaza de aniquilamiento y de furor, no es en realidad más que un arma de auxilio, *un escape de alientos*, arma natural que se inutiliza fácilmente oponiendo á ella la serenidad y la firmeza. Por esto el silencio, con el seco y frío rumor, en todo extremo, de armar con la bayoneta los fusiles ha resultado siempre de una gran eficacia, bastando la mayoría de las veces para poner en fuga inmediatamente al enemigo que, instintivamente también, comprende la superioridad militar, y huye temiendo las consecuencias del fracaso. — H. del T.

Sin embargo puede suceder, aunque rara vez se ha verificado, que el enemigo ataque resueltamente una de las caras del cuadro y marche recto hacia adelante; entonces las compañías que forman esta cara deben levantarse y, calando bayoneta, adelantarse hasta unos treinta pasos nada más, en el mayor silencio y sin disparar un solo tiro, *volviendo inmediatamente á ocupar sus puestos.*

En Teluinet (provincia de Orán) obtuvo el Mariscal (1) un gran éxito con esta maniobra, el aspecto de los soldados marchando con la bayoneta calada sin decir una palabra, hizo más impresión en los árabes que las descargas de sus fusiles.

(1) Bugeaud.





XIII

Sumisiones

DESDE el día en que nuestro ejército desembarcó en las costas de Sidi-Ferruch (1), hemos sido víctimas de la falacia y doblez de los árabes; pero es justo añadir que el error de los primeros generales que fueron llamados á conquistar el país, emanaba de una idea generosa. Después de haber hecho en Europa largas campañas, visto firmar tratados, someter después de las batallas provincias enteras, y algunas veces reinos, era de suponer que sucedería lo mismo entre los árabes; y aquellos jefes, representantes de la Francia, empeñaron su palabra con una perfecta lealtad; seguros de cumplir lo que habían prometido, no pudiendo imaginarse que los adversarios con quienes trataban pudiesen, al sellar sus convenios, encerrar en el fondo del corazón el deseo de quebrantar la fe jurada.

(1) 14 de Junio de 1830. Sidi-Ferruch, está situado en las cercanías de Argel, y sobre su torre flameó en dicho día, por vez primera en Africa, la bandera francesa, valerosamente arbolada en ella por los marineros *Sión*, de la fragata «Zemis», y *Brumon*, de la «Vigilante».—
N. del T.

Esta creencia que tenían casi todos, fué la causa de unas decepciones tan grandes, que muchos, desalentados por las dificultades naturales de este país, disgustados por el carácter falso y mentiroso de los árabes, volvieron á Francia llevando la íntima convicción de que nada teníamos que ganar en Africa. De estos desalientos, diré más, de estos desencantos á la proposición del abandono inmediato no había más que un paso, y este paso fué dado bien pronto. La Francia que había hecho tantos sacrificios en hombres y dinero; la Francia que se creía llamada á crear una segunda nacionalidad en las costas que están frente á las suyas, oyó un día con un asombro profundo, felizmente mezclado de indignación, proponer en la tribuna el abandono de Argelia. Un grito se elevó entonces desde todos los puntos del Imperio; no había un pueblo que no hubiera visto partir á uno de sus hijos, soldados los unos, colonos los otros, y á la palabra *abandono*, el país protestó altamente y el grito que se hizo escuchar, fué que Argelia era una tierra francesa, y que sería vergonzoso abandonarla. El Gobierno mismo, en uno de sus discursos de la Corona, contrajo, á la faz de Europa, el empeño solemne de conservar nuestra conquista. Desde aquel día se decidió que la guerra se proseguiría con toda energía y vigor. Se quiso someter el país y hacer de los árabes súbditos, si no leales, al menos fieles.

Desde 1840, y bajo el mando del Mariscal Bugeaud, la guerra se emprendió con tal brío, que nuestros adversarios cercados, expulsados en todas partes, perseguidos hasta el desierto, en las montañas más

escarpadas, no hallando en ningún sitio un refugio seguro, trataron de sostenerse, conservando, sin embargo; en el fondo del corazón el firme propósito de violar su promesa en la primera ocasión que se les presentase. Entonces, como en los primeros días de la conquista, las tribus vinieron á someterse, unas al primer llamamiento, otras después de una resistencia más ó menos prolongada; las decepciones, las traiciones no tardaron en estallar; bastaba que un fanático se proclamara cherife y predicase la guerra santa, para sublevar las poblaciones sometidas, algunas veces hacía pocos días.

Una de las causas principales de estas revueltas continuas fué, hasta 1840, el cambio frecuente de gobernadores generales. Los árabes, pueblo aristocrático por excelencia, necesitan ser gobernados, y es preciso que una mano de hierro pese continuamente sobre ellos. Cambian raramente sus califatos, sus cheicks (1), y las dignidades son casi hereditarias en las tribus: viendo sucederse tantos jefes en el poder, no pueden creer en su estabilidad. Por otra parte, cada gobernador tenía su sistema: los unos querían gobernar por la fuerza, los otros pensaban obtener mucho más por la persuasión; esperando atraerse la raza conquistada, y era un error. Los jefes que mandaban en las provincias sufrían inevitablemente la influencia del gobernador general y seguían su sistema, hoy duros, inexorables, imponiendo un yugo de hierro, y mañana, en seguida, sustituidos por otros

(1) Cheick, chikh ó jek, jefe de aldea ó población pequeña. — N. del T.

afectos á un sistema enteramente opuesto. Todos estos diversos modos de gobernar el país no podían menos de ser perniciosos, puesto que la resolución, el acto de un día, desmentían los de la víspera.

Lo mismo sucedía con los generales que mandaban las columnas, apenas habían obtenido algún éxito, aprendiendo á conocer á los árabes y hacerse conocer de ellos, que de pronto, tal, que se hallaba en la provincia de Argel, era enviado á Orán, á Constantina ó llamado á Francia y reemplazado por un general que á veces no había nunca mandado columna, y cosa más perjudicial, no tenía la experiencia que da una larga permanencia en Argelia.

¿Qué sucedía? Que desde la llegada de este nuevo jefe, ciertas tribus se apresuraban á someterse; éste, lisonjeado de tal comportamiento, lo tomaba por un triunfo, las recibía solícito, contentándose con el caballo de *gadda* (1). Creía sinceramente en aquellas sumisiones y no imaginaba servir de juguete á las tribus, que no se habían sometido á su predecesor porque conociendo aquél su mala fe, sus defecciones, sus actos de hostilidad, algunas veces, los asesinatos de que se habían hecho culpables, no hubiera indudablemente aceptado la sumisión sin imponerles condiciones muy duras.

Las instrucciones dadas á los diversos generales que se sucedían eran algunas veces las mismas; pero es constante en la naturaleza del hombre figurarse

(1) Prenda de paz. Tradicionalmente la entrega ó cambio de un objeto cualquiera, siempre ha tenido esta significación entre las kabilas. En otros tiempos era la entrega de una lanza, devuelta la cual, según afirma Urrestarazu, quedaban rotas las hostilidades.—N. del T.

que vale más que los que le han precedido; además, los principales de las tribus sometidas no dejaban de insinuar al recién venido que el que mandaba anteriormente no conocía el país, la administración ni el modo de gobernar, y, en una palabra, que no comprendía nada; convencido entonces el nuevo general, deseoso de poder anunciar triunfos desde el principio de la campaña, se dejaba seducir por estas bellas promesas, por estas falsas pruebas de sumisión, y lejos de emplear la severidad usaba la indulgencia; algunos meses después era preciso empezar de nuevo la guerra.

Los hombres cambian, pero en Africa los principios políticos que hay que seguir respecto á los árabes deben ser siempre los mismos; jamás se debe recibir la sumisión de una tribu sin exigirla una garantía formal: más valdría seguir invariablemente un sistema defectuoso que ver á cada jefe de columna llevar y querer hacer predominar el suyo. Así puedo afirmar que ciertas tribus creerían cometer una falta, en someterse á tal ó cual jefe de columna; muy pronto dicen, *la columna va á cambiar de traje* (dicho de los árabes), y tenemos tiempo de someternos al nuevo jefe, porque ignorará nuestros antecedentes y así obtendremos mejores condiciones (1).

(1) Inútil nos parece observar lo mucho que merecen ser atendidas en España estas referencias del autor; los tiempos no han modificado la manera de ser de los bereberes, y es condición la nuestra de olvidarlo todo muy pronto. El Teniente Coronel *Frisch*, últimamente aleccionado en el terreno, afirma que siempre debe desconfiarse de la falsía y el engaño de los indígenas, «porque toda sumisión se hace conservando en el fondo del corazón el firme propósito de faltar á lo prometido en la primera oportunidad.» — N. del T.

El pago del impuesto no es á mis ojos una garantía suficiente de la sumisión de una tribu; es preciso que venga toda ella á ponerse á disposición de la columna; jinetes y peones deben marchar con ésta cuando se persiga á las otras tribus, y á fin de comprometerlos para siempre, es preciso enviarlos al fuego los primeros; la multa impuesta debe pagarse sin retardo; los fautores de la revuelta, los asesinos, los predicadores de la guerra santa, deben ser entregados; es necesario hacer ingresar en nuestras filas á algunos de los hijos de los principales jefes, enviándolos á escuelas puramente árabes que yo quisiera ver crear en los puestos avanzados de Argelia, y después tomar reheneš, que se internarían durante algún tiempo en las ciudades del litoral. Cuando una tribu acude á someterse por vez primera, séase muy generoso con ella; pero séase muy severo con toda la que ya hubiera faltado á sus promesas. Con los árabes no hay términos medios; se debe obrar siempre con energía y vigor, y sobre todo probarles que los culpables no pueden esperar impunidad (1).

Los árabes conocen tanto nuestra manía de aceptar sumisiones incompletas, que Abd-el-Kader mismo obligaba á las tribus amenazadas por la aproximación de una de nuestras columnas á venir á presentarnos

(1) El rigor, sobre todo en esto, es de una extremada importancia y conviene llevarlo siempre hasta donde sea posible. La fuga de los culpables no debe ser, naturalmente, un obstáculo que haga rechazar la sumisión; pero esa fuga debe quedar suficientemente compensada pues, de otro modo, resultaría una solución muy fácil y muy barata para los rebeldes ó agresores, y constituiría un ejemplo de muy lamentables consecuencias. — N. del T.

un caballo de *gadda* para salvar sus cosechas y sufrir el impuesto, salvo el pagarlo en seguida á tiros cuando se iba á reclamar la entrega. He hablado ya muchas veces del carácter de los árabes; su pasión por la guerra, el odio violento que nos tienen los impulsa siempre á sublevarse, y no nos aseguraremos contra toda tentativa de revuelta, sino el día en que estén completamente desarmados.

Esta operación de desarme, que me parece indispensable, puede efectuarse sin grandes dificultades; citaré como prueba el desarme verificado por el Mariscal Bugeaud en el Uarensenis, y por otro general en la *Dahra* y las *Flittas*; en menos de cuarenta días se reunieron 12.900 fusiles; eran, es verdad, fusiles usados, pero no daban por eso menos la muerte á nuestros soldados, y alimentaban entre los árabes el genio belicoso que los caracteriza.

En aquella época, el Mariscal Bugeaud, que comprendía bien toda la bondad del medio, debió, sin embargo, renunciar y ceder á las justas reclamaciones de las tribus desarmadas, que le decían con razón: «Si nos quitan nuestros fusiles ¿cómo defendernos contra las tribus que pueden sublevarse á nuestro rededor, en cuanto vuestras columnas hayan dejado el país?» Con el sistema de columnas móviles que he propuesto en el primer capítulo de este libro, dicha razón pierde todo su valor; siempre estaremos en el sitio donde se necesita proteger á nuestras tribus sometidas contra la agresión de las hostiles.

Es muy evidente que no se pueda pensar en efectuar el desarme de todos los árabes á la vez; pero se podría desde luego adoptar como principio el de

que las tribus que se revelasen en lo sucesivo fueran desarmadas, haciendo del desarme un castigo para todas las faltas cometidas por los árabes: los robos, los asesinatos tan frecuentes en las tribus, nos darían numerosas ocasiones de aplicar este sistema, y al cabo de algunos años, quedaríamos, en fin, tranquilos poseedores de nuestra hermosa conquista (1).

Cuando una tribu hubiera sido desarmada, se vigilaría que los hombres que la componen no pudiesen jamás tener armas en su poder; los jefes de las tribus, bajo su responsabilidad personal, serían los encargados de semejante vigilancia.

(1) ¡Y tan hermosa! Muy hermosa la debió de considerar en las clarividencias de su agonía, la inmortal Isabel, nuestra gloriosa reconquistadora de Granada. Grande y hermosa debió de parecerles también á Cisneros y al Emperador Carlos V..., objeto de muy amargas reflexiones tiene hoy por fuerza que parecernos á nosotros, ¡qué le habremos de hacer! Un siglo y otro siglo hemos derrochado nuestro heroísmo y nuestra sangre donde nada teníamos que ganar y mucho seguramente que perder; un siglo y otro siglo nos ha estado llamando un gigantesco imperio en América y al fin hemos concluído por perderlo; un siglo y otro siglo hemos tenido abierto ese litoral del Norte de Africa, la soberanía del mar latino, y lo hemos abandonado á los extraños ¡qué le habremos de hacer! Algo todavía nos queda, de la otra parte del Estrecho, algo allí, hay todavía que nos llama. ¡De rogar es á Dios que no lo perdamos también por debilidad ó por descuido! — N. del T.



XIV

Tren de equipajes

EL papel que el tren de equipajes está llamado á hacer en las columnas, no por ser menos brillante que el de las otras armas, resulta de menos importancia. No hay expedición posible sin este poderoso auxiliar, y el oficial que lo mande, para estar á la altura de su misión, debe reunir una multitud de cualidades. He visto una columna hallarse en la imposibilidad de continuar sus operaciones después de treinta y cinco días de marcha, por el descuido del oficial del tren, que había dejado reducir á 150 un convoy de 500 acémilas; por el contrario, otros oficiales que partieron con el mismo número de acémilas han permanecido en campaña siete meses (1).

(1) El autor consagra casi exclusivamente este capítulo á censurar las notables deficiencias que tenía en su tiempo el servicio de transportes. Mucha es la diferencia que, ventajosamente, ofrece hoy el organizado en nuestro ejército de ocupación, donde por la instrucción de quienes lo tienen á su cargo, las condiciones del material y su esfera de actividad, no son de temer las incapacidades ni omisiones á que daba lugar entonces el de nuestros vecinos en Ar-

La organización del tren de equipajes es mala, los oficiales no son bastante numerosos, y esta penuria se hace, sobre todo, sentir en campaña donde un convoy de 400 á 500 mulos está rara vez mandado por más de dos oficiales, en virtud de estar formado de numerosos destacamentos conducidos por sargentos y cabos que se reúnen á la columna.

Como consecuencia de un sistema, cuyo vicio han señalado todos los generales, un solo hombre conduce dos mulos cargados cada uno con dos cajas de galleta ó dos artolas destinadas á los enfermos ó heridos. Durante la marcha sucede algunas veces que una acémila se cae, se escapa ó bien que, restregándose la una contra la otra, rompe las cajas ó, lo que es peor, lastime á algún enfermo.

He aquí los inconvenientes en las marchas, pero no son los únicos. Desde su llegada al vivac, es preciso que dicho hombre instale sus dos acémilas, que las descargue, las cuide y vaya á buscar el pienso. Este conductor, que ha hecho el camino á pie, está horriblemente fatigado, á cada instante ha tenido que levantar una bestia caída, correr tras de otra que se había escapado, colocar de nuevo las cargas vencidas ó desarregladas, y á su llegada al vivac es preciso que vaya por pienso, no para uno, sino para dos mulos.

¿Cómo no se tiene cuenta de tanto trabajo? A pesar

gelia; pero esto, sin embargo, entendemos que no deben ser desdeñadas las advertencias á que dieron motivo aquellas faltas, para evitar la repetición de otras por el estilo que, si no ya tan fáciles, nunca dejarán de ser muy posibles, algunas veces por la escasez de personal, algunas ótras por la confianza ó la premura y... acaso también por la novedad ó lo extraordinario del servicio.

de sus buenos deseos, es imposible que el soldado que tiene dos mulos que conducir baste á todas las exigencias del servicio. Todo el mundo sabe de sobra que un soldado de caballería que ha hecho su camino á caballo, tiene justo el tiempo de cuidar su montura.

Todo oficial del tren que se interese por la salud de sus soldados y por la conservación de las acémilas, antes de partir para una expedición debe pedir al comandante de la columna soldados auxiliares, con el fin de tener un hombre, lo menos, para conducir cada acémila; esto es indispensable, sobre todo para el servicio de sanidad, y semejante petición no debe nunca ser desechada. Deberá pasar una revista minuciosa de todas las acémilas, porque como están apareadas, sucede algunas veces que una bestia enferma se pone en marcha porque aquella con la que forma pareja se halla en buen estado; en el momento de salir, todas hacen número y están cargadas. Así el comandante de la columna ve muy pronto reducidos á la mitad sus medios de transporte. Muchas acémilas no pueden llevar la carga á causa de las mataduras, que se agravan con la marcha, y las que se hallaban casi fuera de servicio el día de la salida, no sólomente no pueden llevar nada, sino que apenas se hallan en estado de caminar.

A su regreso el jefe de la columna se vé censurar como una falta el gran número de acémilas que trae heridas ó completamente inutilizadas.

Los víveres se hallan disminuídos en una mitad porque las cargas dobles no son posibles, y desde aquel momento es preciso volverse ó perder un tiempo considerable en reorganizar el convoy.

Además, á los mulos heridos ó despeados no se les debe, ni se les puede matar, pues si curan no serán perdidos para el Estado; es preciso alimentarlos aunque no reporten ninguna utilidad.

El primer deber, pues, del oficial del tren, es el de asegurarse que todas las acémilas están en buen estado, bastes y artolas deben ser escrupulosamente examinados. Al toque de botacargas, es preciso que vigile como los sargentos y cabos hacen poner los bastes y las cargas. Una costumbre mala hay bastante extendida en los convoyes, y es la de recargar las acémilas, el oficial de tren debe ser muy severo en este particular (1).

En marcha hará siempre doblar, y cuando el terreno lo permita, marchar de á ocho; en el paso de un río ó de un arroyo, no permitirá á sus hombres dar de beber; y como generalmente manda todo el convoy, debe él mismo detenerse y no ponerse en camino hasta haber visto pasar la última acémila; dos ó tres retrasadas bastan para interrumpir la marcha de toda una columna.

En los altos largos, un hombre solo debe guardar dos acémilas, los otros van á forrajear. Desde la llegada al vivac, tan pronto como se ha descargado, los hombres conducen las bestias al forraje, teniendo mucho cuidado de hacerlas beber antes de volver al campamento.

El oficial debe observar la más estricta vigilancia para que no se eche la cebada á las acémilas en el

(1) Frisch recomienda, en previsión de las bajas que pueda sufrir el ganado, que se lleve un exceso de veinte por ciento sobre las unidades necesarias. — N. del T.

suelo, pues así se pierde siempre la mitad; si hay falta de morrales de hocico, pueden emplearse las cubrecargas. Es preciso tener cuidado en reemplazar los morrales de hocico perdidos ó fuera de servicio por otros hechos con trozos de tienda ó tellys árabes cogidos en la primera razzia. Desde que las acémilas están atadas, es bueno, en tanto que sea posible, colocar piedras figurando canales, y por este medio el viento no se llevará el pienso. Es preciso que el oficial se levante dos ó tres veces por la noche para asegurarse de que los mulos tienen que comer; y no debe olvidar que el soldado del tren no es como el de caballería, éste quiere á su caballo, que le evita una parte de la fatiga, siempre tiene necesidad de él y su interés le manda tener cuidado: el soldado del tren no quiere á su caballería, de la cual no recibe sino coces, así en la marcha como en el vivac, no haciéndole ningún servicio, la fatiga no es compartida.

Desgraciadamente, este cuerpo tan útil no halla siempre la recompensa de sus inmensos é incesantes servicios, que son de todos los días, de todos los instantes; además, á la vuelta, cuando el soldado olvida sus fatigas en el cuartel, el soldado del tren se vuelve á poner en marcha para abastecer los puestos avanzados, y para él, las expediciones no concluyen nunca; es verdad que tienen algunos céntimos más por día, pero esto ¿compensa suficientemente sus fatigas?

Para este cuerpo las recompensas son raras, dependen de la Intendencia, y como generalmente las funciones de subintendente de una columna se ejercen por un oficial que no las desempeña sino momentá-

neamente, no puede tener el interés que el jefe de un cuerpo en hacer resaltar el valor y los sufrimientos de sus soldados (1).

(1) El cuerpo de la intendencia es demasiado reducido para que sea posible hacer que vaya en cada columna un subintendente.—
N. del A.



De los gums

No pretendo negar la utilidad de los gums; pueden, á veces, prestar grandes servicios, pero es preciso saber sacar partido de ellos; empleados sin discernimiento, pueden arrastrar á un jefe de columna á cometer faltas enormes y hacer que fracasen las operaciones mejor preparadas. Voy á entrar en la enumeración de los inconvenientes que resultan de su empleo (1).

(1) Los *goum*, ó *gum* españolizando la palabra, son algo así como una especie de milicia ó guardia nacional indígena en Argelia; ya lo hemos indicado antes de ahora, y en ellos forman todos los hombres útiles (*gum.niers*) que tienen un fusil y un caballo. Su obligación es la de ayudar y reforzar á las columnas de operaciones en tiempo de guerra, y están mandados por sus jefes naturales, pero siempre bajo la dirección de un oficial de las oficinas árabes. Con estas fuerzas, que no tienen punto de comparación con las de marroques organizadas por España, se han conseguido á veces muy excelentes resultados, y en más de una ocasión muy lamentables decepciones. El teniente coronel *Frisch* las considera como un elemento indispensable; pero recomienda no utilizarlas «cuando puedan comprometer la seguridad de la columna». — N. del T.

Por lo pronto se ha de tener en cuenta que toda tribu hostil envía siempre entre nuestros aliados familias y jinetes que parecen haber abandonado su causa; estos jinetes llevan consigo una misión que saben cumplir con exactitud é inteligencia; la de prevenir á los suyos de todos nuestros movimientos: forman parte de nuestros gums y, sin advertirlo nosotros, uno ó muchos de ellos, se escapan y van á poner á la tribu al corriente de nuestras menores operaciones.

En el temor de no haberlas prevenido con tiempo suficiente, los que se han quedado en nuestras filas tienen buen cuidado, en seguida que la columna emprende la marcha, de indicar su presencia por medio de hogueras encendidas á retaguardia: en vano el general quiere ocultar su dirección, en vano espera sorprender al enemigo, el humo se eleva, y prevenido aquél á tiempo, logra huir casi siempre.

Cuando perseguimos la *smala* en el *sersú*, se habían procurado toda clase de precauciones para ocultar nuestra marcha al enemigo; se habían dado las órdenes más severas, y hasta se había prohibido el fumar. Sin embargo, después de largas y penosas marchas, la *smala* permanecía siempre invisible; desde que salíamos del vivac, una ó varias columnas de humo se alzaban á nuestra retaguardia; ¿quién podía señalar nuestra presencia? El Duque de Aumale se desconsolaba al ver todos sus proyectos destruidos y fatigarse sin resultado los soldados. Aquella señal nos seguía, elevándose en columnas de fuego por la noche y de humo por el día; era preciso concluir con ella. Se colocó una emboscada; la columna

se puso en camino, y el humo no tardó en aparecer; pero esta vez los spahis sorprendieron á una quinena de jinetes del gum que con ayuda de yerbas secas, encendían aquellos fuegos; los cogieron y trajeron al campo donde se les hizo pronta y buena justicia. Estos jinetes pertenecían á la tribu de los *Muyadett* (provincia de Titery) y todos eran de tienda grande.

A partir de aquel encuentro, no se volvió á presenciarse un hecho semejante; la *smala*, engañada por otras columnas sobre las cuales recibía noticia, no tuvo el menor aviso de la nuestra, y el día en que fué sorprendida y deshecha, ni sospechaba nuestra proximidad.

A la vista de un campo ó de una tribu enemiga, el comandante de una columna debe guardarse mucho de lanzar á su gum antes que á la caballería regular, bajo pena de faltar á su objeto: en efecto, los jinetes árabes salen al galope moviendo sus albornoces y dejan pronto muy atrás á los cazadores y spahis, cargados de un equipo muy pesado; al llegar al campo, hacen resonar el aire con sus clamores y haciendo numerosos disparos no tienen sino un objeto, el causar espanto al enemigo, ponerlo en fuga y apoderarse del botín sin combate; si huye, todo es saqueado al instante; pero si hace la menor resistencia, todos aquellos jinetes tan brillantes vuelven la espalda, y como siempre habrán cogido algunas cabezas de ganado, no tardan en volver á presentarse gritando: ¡*Henél*!, el enemigo está á algunos pasos. Pero estos algunos pasos son dos ó tres leguas; el comandante, que calcula por el tiempo que el gum ha tardado en

volver conduciendo los ganados, la delantera que ha debido de tomar el enemigo, se formará una idea de la distancia que le separa de él, y juzgará que toda persecución es imposible. Desgraciadamente, y esto sucede con frecuencia, cazadores y spahis continúan su carrera, y cuando vuelven por la noche, llegan extenuados, los caballos sin aliento y apenas han podido apoderarse de algunos ganados.

Con los gum jamás se hacen prisioneros: se contentan con despojar á mujeres, niños y viejos; si matan á un jinete, es defendiéndose por apoderarse de un buen caballo; pero siempre contra de su voluntad y, por el contrario, hacen todo lo posible por favorecer la fuga de nuestros enemigos.

El gum nunca traerá ganados numerosos, y si el terreno se lo permite, cercenará más de la mitad en su provecho. En este caso el medio más seguro para descubrir á los ladrones, es prometer á la tribu robada restituirle sus ganados si descubre á los autores ó cómplices del hurto, y cumplirle después el ofrecimiento.

Una vez conocidós los culpables, el comandante debe desplegar una gran severidad y hacer un ejemplo que salvará la vida de gran número de soldados. En efecto, sucede siempre que á consecuencia de una razzia, los destacamentos de infantería y caballería encargados de la conducción de los ganados, se escalonan en una gran extensión de terreno, y llegada la noche, los jinetes del gum se les unen y se ofrecen para servirles de guías: los soldados, que ignoran donde se halla el vivac, los siguen confiados, y al cabo de algunas horas de marcha, todos se encuen-

tran extenuados de fatiga. El gum les dice entonces: «es preciso tratar de dejar los ganados, si no, nos veremos obligados á abandonaros; marchemos al vivac, y lo más pronto posible para evitar que el enemigo nos sorprenda aislados esta noche.» Algunos disparos hechos á propósito, hacen creer á los soldados que el enemigo está próximo, y no sabiendo donde se hallan, se consideran muy felices en seguir á nuestros aliados, quienes al llegar al campamento hacen valer su celo y fidelidad á nuestra causa, vanagloriándose de haber salvado la vida á nuestros hombres. Durante este tiempo, una parte de su caballería, ha recogido los ganados y los ha conducido á sus tribus.

Una parte de la razzia queda así perdida; pero la desgracia viene algunas veces á ser más grave, y ha sucedido que soldados sabedores de estos engaños no han querido abandonar los rebaños y han sido asesinados.

En 1846, después de una razzia hecha sobre las tribus de los Ouled-Naïls, al Sur de *Laghouat*, un destacamento de 25 cazadores del primer regimiento mandado por el Teniente de Gouzens, encargado de conducir al campamento un rebaño bastante numeroso quitado al enemigo, no había vuelto al campamento á media noche; pensé que acaso había sido víctima de la avidez de nuestros aliados, y me apresuré á asegurar algunos de los principales jefes que se hallaban en mi columna, y principalmente al hijo del Kalifa de *Saghout*.

Previne al Kalifa que si al romper el día no había vuelto el destacamento, haría fusilar á todos, empe-

zando por su hijo; él mismo salió con algunos hombres del gum á buscar los cazadores, y al romper el día, en el momento en que la amenaza iba á ser ejecutada, vi llegar á toda rienda un fatigado jinete que me anunció como el destacamento había sido hallado y que iba á llegar al instante.

Hé aquí lo que había sucedido á Mr. de Gouzens: después de haber marchado hasta media noche, viéndose extraviado, convencido de la mala fe del gum y desesperando encontrar el campamento, tomó el partido de abandonar los ganados, mandó hacer alto, reunió los cazadores, y poniéndose á la defensiva resolvió esperar el día. La firmeza de este valiente oficial impuso á los árabes, que no osando atacar á los cazadores se contentaron con apoderarse de los ganados.

En esta situación Mr. de Gouzens fué hallado por el Kalifa de Laghouat, el cual estaba tanto más inquieto cuanto que sabía muy bien que, de no traer el destacamento, hubieran sido fusilados inmediatamente todos los jefes presos como partícipes de esta traición. Si el destacamento hubiera sido menos numeroso y sin la presencia y vigilancia del oficial que lo mandaba, aquellos hombres hubieran sido asesinados infaliblemente, y tal vez hubiéramos creído que habían sido muertos por el enemigo.

Por el momento los culpables no fueron castigados, porque sus tribus se hallaban muy internadas en el desierto y demasiado lejos para ser alcanzadas; pero tomé nota del hecho y al año siguiente les dí una lección de que han debido conservar el recuerdo.

Sucede frecuentemente que después de muchas raz-



zias, el gum cargado de botín no tiene sino un deseo, el de ponerlo en seguridad; ciertamente el temor al enemigo no le dejará abandonar la columna. ¿Qué hacen entonces nuestros aliados? Emplean una estratagema que rara vez deja de causar su efecto. Hacen correr la voz de que se ha presentado un cherif que amenaza saquear sus tribus. El comandante, que quiere protegerlos, se dirige á su país; no encuentra en él enemigo ninguno, pero entonces le dicen que se ha fugado al primer anuncio de que se acercaba la columna, y todo el mundo queda contento; el comandante se regocija de buena fe por haber salvado á unos aliados tan fieles, y éstos se alegran aún más por haber hallado un medio de colocar el producto de sus razzias bajo la protección de nuestras bayonetas.

Otro error en que también suele caerse algunas veces: una columna cuenta en sus filas 600 caballos regulares y 1.500 jinetes del gum; el enemigo se halla bastante lejos para que la infantería tenga que hacer una marcha forzada. El comandante lanza sus 2.000 caballos, y ciertamente que tal número debía bastar para tomar un campamento y saquear una ó muchas tribus; esto sería verdad si todo el mundo combatiese, pero hé aquí lo que siempre sucede: los gum salen á escape, seguidos por la caballería regular, mientras el enemigo huye, su ardor belicoso no se contiene, pero si hace frente, todos se dispersan y no tardan en volver al campamento sin cuidarse lo más mínimo de nuestros bravos soldados, que se encuentran algunas veces tan inferiores en número, que se ven obligados á suspender la persecución y, algunas veces, á retirarse no sin pérdida de hombres y de caballos.

No teniendo ninguna táctica, ni lazo de disciplina, el jinete árabe no se cuida sino de sí; abandona sus jefes, sus banderas, para pensar sólomente en su seguridad personal.

En Africa todo el mundo sabe que los mejores jinetes son los duars y los smelas de la provincia de Orán; siempre han servido á Francia con fidelidad; jamás, desde el día de su sumisión, se han hecho culpables de la menor traición, pues bien ¿cuántas veces no los hemos visto volver la espalda y escapar vergonzosamente? Después del combate de Taguin, estos famosos jinetes, cargados de botín, fueron asaltados por merodeadores; todos huyeron. Su jefe, el valiente Mustafá-ben-Ismael, siempre intrépido á pesar de sus 80 años, se esforzó en vano para contenerlos; sus banderas fueron perdidas, la bala de un oscuro kaby-la le derribó del caballo, y algunos días después pudo contemplar Ab-el-Kader la cabeza y mano de su mortal enemigo. Centenares de jinetes habían huído delante de un puñado de hombres, abandonando á su jefe y sus banderas.

En la toma de la *Smala* teníamos más de 2.500 jinetes del gum, pues bien, á la vista del enemigo, y no obstante, á la presencia del Duque de Aumale, antes de haber disparado un solo tiro, se apoderó tal espanto de ellos, que en un momento todos desaparecieron. Un solo árabe permaneció en su puesto. *Ameur-ben-Ferat* Agá de *Teniet-el-Haad*.

Posteriormente, cuando el Duque de Aumale emprendió la expedición de Aurés, llegó al territorio de los Uled-Sultán con un gum de más de 2.000 jinetes; de repente los vió no sólomente fugarse y des-

aparecer, sino que no tardó en saber que habían saqueado un convoy. El gum estaba convencido de que seríamos deshechos y había tomado sus precauciones, empezando por saquearnos. Tendría mil hechos de este género que poder citar; pero me contentaré con mencionar uno que hace muy poco ha sucedido en la kabylia.

Un oficial muy bravo, el subteniente de zuavos Beauprete, agregado á los oficinas árabes de Aumale, mandaba un gum de 600 caballos. Si-el-Djoudi y un cherif llamado *Bou-Rif* salieron á su encuentro; el oficial los atrajo á campo abierto. Lleno de entusiasmo y de valor se precipitó sobre ellos con una veintena de spahis, el gum siguió, el cherif fué muerto por un cabo de spahis al principio de la acción, su estandarte fué cogido y los kabylias se dispersaron por todas partes.

Un hecho tan brillante le valió dos recompensas á la vez; fué ascendido á teniente y hecho caballero de la Legión de Honor; además una orden del día mostró al ejército su brillante conducta.

Enardecido por aquel éxito, Mr. de Beauprete, creyéndose seguro del gum, se halló algunos días después frente á 150 jinetes, mandó cargar, pero el enemigo resistió; aquellos famosos gumiers de la víspera vuelven la espalda, le abandonan y hubiera parecido infaliblemente sin la lealtad y valor de sus spahis, nueve de los cuales se hicieron matar á su lado.

Es preciso no lanzar nunca los gum sobre el enemigo sino cuando se le tiene á la vista, cuando la distancia es corta y no hayan de rebasar á los cazadores y spahis. Sostenidos por estos y en la imposibilidad

de volverse atrás, harán servicios que no se pueden esperar dejándolos entregados á sí mismos.

La experiencia ha demostrado demasiadas veces que no estando organizados, libres de todo lazo de disciplina, sin la menor noción de táctica, su masa sólo resulta embarazosa; su multitud se arremolina sobre sí misma; al cabo de algunos instantes entra la confusión en sus filas; de aquí á una derrota completa no hay más que un paso.

A los que me digan; sí, pero la mayoría de los spahis son árabes y salen del gum, sin embargo son soldados buenos y valientes; no se dejan arrastrar á los pánicos ni á los desórdenes; en una palabra, á las derrotas que señaláis; responderé: al día siguiente del que un árabe se ha enganchado en nuestros escuadrones y se ha puesto rojo alboroz, ya no es el mismo hombre; en medio de nuestras filas, conducido por oficiales valientes, teniendo por sargentos ó cabos á franceses ó correigionarios ascendidos, gracias á su bravura, este hombre, valiente por naturaleza, va intrépido al fuego (1), además sabe muy bien que una defección de su parte es imposible; ninguno de los suyos le perdonará llevar el alboroz encarnado; jinete del gum puede invocar siempre la necesidad,

(1) Es muy de notar esta observación porque lo mismo que de los spahis, afirma el autor, puede seguramente decirse de los marroquíes alistados bajo nuestra bandera. — No habiendo todavía fuerza ninguna que pueda equipararse á los *gum* en nuestras posesiones del Norte de Africa, pudiera tal vez estimarse de poco interés ó de ninguno este capítulo, pero entendemos lo contrario, aunque no sea más que por la psicología que contiene, y en tal concepto nos parece que merece ser detenidamente leído y más detenidamente meditado. H. del T.

ó decir que sirve contra su voluntad ó con ánimo de hacer traición; un spahi puede también afirmar esto, pero no se lo creerán.

Sería preciso escribir algunos volúmenes si se quisiera enumerar todas las faltas cometidas por los gums; repito, sin embargo, que pueden prestar buenos servicios si se los sabe emplear; en vez de un gum de 1.500 á 2.000 jinetes, tropa siempre confusa, que dará tantos más espías al enemigo, cuantos más hombres cuente; un comandante de columna debe tomar algunos de entre los de cada tribu, escoger los más influyentes y los más ricos; desde entonces tendrá bajo su mano un centenar de jinetes que le podrán ser muy útiles.





XVI

Oficinas Árabes ⁽¹⁾

DESDE el día en que un pueblo conquistador clava su pabellón en una playa extranjera, y, sobre todo, cuando sus costumbres, sus creencias y su idioma parecen ser una barrera insuperable que le aparta de los indígenas, debe necesariamente buscar el mejor medio posible para establecer una relación amistosa con aquellos á quienes lleva nuevas leyes. La creación de las oficinas árabes remóntase á los primeros tiempos de la conquista; pero la dirección central sólo llegó á establecerse, á propuesta del Mariscal Bugeaud, después de muchos ensayos y tanteos para constituirla. Un decreto del 16 de Agosto de

(1) El autor escribía esto en 1850. Inútil es decir que la organización actual de las mencionadas oficinas ha sufrido grandes reformas, que no hay espacio para detallar en este libro. En una traducción que publicó hace bastantes años la *Revista Científico Militar* fué poco menos que suprimido este capítulo, y totalmente suprimido el siguiente. No hemos querido imitar el procedimiento porque opinamos que de traducir una obra debe hacerse íntegramente, sin mutilaciones de texto ni cambios demasiado libres en el estilo. — N. del T.

1841 fijó la organización definitiva, y el 1.º de Febrero de 1844 quedaron establecidas en las tres divisiones.

Semejante institución ha prestado inmensos servicios en los ocho años que lleva funcionando regularmente, y se ha dicho con razón que era el agente más eficaz de los conquistadores. De las oficinas árabes han salido la mayor parte de nuestros comandantes de subdivisiones y de círculos, y en breve tiempo serán el plantel de donde salgan la mayor parte de nuestros comandantes militares. Séame permitido citar algunos de aquellos bravos oficiales, tan inteligentes como entusiastas, con la mayor parte de los cuales he tenido el honor de hacer la guerra, viéndolos siempre á la altura de sus difíciles y con frecuencia muy penosas obligaciones. Leyendo los boletines del ejército y los informes de nuestros generales, se hallan á cada instante nombres bien conocidos hoy en todo el ejército; los generales *Daumas*, *Bosquet*, *de Barral*; los Coroneles *Martimprey*, *d'Allowville*, *Valsin-Esterharzy*, *Rivet*, *de Tourville*, *Durieu*, *Bazain*, *Devaux*; los Comandantes *Fournier*, *d'Argent*, *de Ligny*, *Ducrot*, *Bourbaki*, *Robert* y tantos otros jóvenes oficiales de grandes esperanzas y que son el porvenir del país.

La importancia de los asuntos aumentó de día en día, llegando á su apogeo en tiempo del Mariscal Bugeaud, siendo jefe de la dirección central el Coronel Daumás.

Hoy ya no existe la Dirección central, pues mutilada su organización por un decreto de 9 de Diciembre de 1848 se ha querido fraccionarla. A mi juicio y

al de todos los que conocen Argelia, esto es un gran error.

Al suprimir la Dirección central se ha incluido la parte administrativa en las atribuciones del Secretariado general. No tengo que ocuparme de si esto se ha hecho con razón ó sin ella; pero se ha olvidado en esta medida la parte capital, esto es, la organización de una oficina política. Este vacío ha producido ya grandes desgracias; y si se quiere una prueba citaré á Zaatcha; no hubiera sobrevenido ese incidente si la Dirección central hubiera existido.

Cuando el Director tenía voz deliberativa en los consejos de gobierno, siendo responsable como jefe supremo, todo partía de un centro único; los oficiales aislados no tenían más que la responsabilidad material de la ejecución, sin que debieran hacer nada bajo la suya propia sino en casos de urgencia. Jóvenes y ardientes en general, no podían ceder á su arrojo, á su afán, siempre generoso, lo reconozco, de señalarse y distinguirse; no eran sino los agentes de un jefe que reunía en sí toda la responsabilidad. Esto constituía una fuerza inmensa porque partía de un solo punto. Aquellos fueron los días hermosos de la política de las oficinas árabes; entonces prestaron, forzoso es reconocerlo, servicios inmensos.

Por desgracia, y el hecho subsiste aún, las oficinas árabes están compuestas de oficiales extraños á ellas de todo punto, aunque parecen fijos á un centro único: todas las armas están representadas en ellas. Los oficiales conservan el puesto en sus diversos regimientos y ¿qué sucede? que el coronel, no viéndolos, se cuida muy poco de saber si un oficial presta ser-

vicios de que él no es testigo ni puede, por consiguiente, ser juez, y en las revistas de inspección no anota para el ascenso á un oficial destacado que nunca ha visto á la cabeza de su compañía ó su sección.

Por otra parte, el oficial que se halla en un puesto aislado tropieza con la dificultad, salvo alguna rara excepción, de hacer valer sus servicios, y resulta que un hombre que ha consagrado su tiempo al estudio del árabe y que sin cesar está obligado á un trabajo mucho más delicado y fatigoso que el de la vida de cuartel, se halla postergado á sus compañeros que han permanecido en el regimiento.

Los oficiales destinados á los asuntos árabes deberían tener su ascenso asegurado independientemente de las propuestas hechas por los jefes de sus cuerpos.

Así la emulación sería más grande, y no se vería, como sucede con frecuencia, que los reclutas que permanecen en Francia llegan antes que ellos á los grados superiores.

¿Qué más ocurre? Un oficial pertenece á un regimiento de Africa; este regimiento vuelve á Francia, y entonces aquél tiene que seguirle ó permutar.

Ahora bien, la permuta siempre ocasiona gastos; no hablaré de las dificultades que ofrece, y este oficial, jefe ó auxiliar en las oficinas árabes, que se había consagrado al estudio del país, tiene que abandonar su trabajo empezado, estudiado y perfectamente dirigido.

El General Lamoriciere, ministro entonces, conociendo todos los inconvenientes de tal régimen, decidió el 6 de Diciembre de 1848 que los oficiales de las oficinas árabes cuyos cuerpos regresaren á Francia,

continuaran perteneciendo á ellos, bien que siguieran permaneciendo en Africa, y que fueran considerados, en tal caso, como los oficiales destacados para el servicio de reclutamiento, sin quedar fuera de los cuadros, como en comisión, más que los oficiales superiores. Esta disposición era una gran mejora; mas para que pudiese reportar sus beneficios, era preciso que se le diera cumplimiento, lo que por desgracia no ha sucedido, y la orden ha resultado letra muerta.

Los jefes de las oficinas árabes, deberán siempre ser escogidos entre los oficiales experimentados, prudentes y de señalada instrucción. La juventud es ardiente, fácil de arrebatarse y por eso estimo que, lejos de colocar al frente de las oficinas, en las cabezas de partido, á la vista del comandante superior, en el foco de todas las noticias, á los oficiales prácticos en el despacho, debieran ser éstos empleados en las oficinas de las fronteras, en los puntos donde hay un continuo contacto con los árabes, y donde, por consiguiente, hacen falta personas de habilidad y astucia que los puedan vigilar. En los puntos más distantes precisamente, es donde un oficial se puede ver en el caso de tomar una decisión pronta, y debe, por consiguiente, conocer toda su importancia. Aislado y entregado á sus propias fuerzas, es necesario que sea un hombre entendido en los negocios y poco susceptible de ceder á los impulsos de sus deseos; pues no es sólo un soldado, sino que á la vez es un administrador.

Se me puede objetar que la iniciativa procede siempre de los comandantes de división ó de círculo, pero responderé que los oficiales generales cambian



á menudo de residencia, y apenas tienen tiempo para estudiar el país. El oficial de la oficina árabe, por el contrario, después de una larga permanencia adquiere conocimientos prácticos y se forma opiniones más ó menos exactas, y el comandante superior se ve por esto obligado casi siempre á respetarlas aunque sean erróneas y, lejos de tomar la iniciativa, recibe el impulso procedente de un subordinado.

La posición de jefe de una oficina árabe, no sólo exige el conocimiento del país, requiere además una suma de cualidades que no suelen reunir muchos individuos: hay que tener la fuerza de voluntad necesaria para resistir á los halagos de una posición, que suele transformar á un modesto subalterno en el brazo derecho de su jefe superior. A una palabra suya, á la vista de su sello, todo un *gum* se pone á sus órdenes; aquellos brillantes jinetes podrán abandonarle con facilidad en el trance de una batalla, pero nunca en el simulacro; no suele verse, pues, más que lo bonito de la medalla, trastórnase fácilmente la cabeza y el engreimiento del mando, unido á la inexperiencia juvenil, hacen cometer faltas de reparación muy difícil. ¡Cuántas pequeñas disidencias que hubieran podido sencillamente resolverse, han producido conflictos, exigido expediciones y causado pérdidas de dinero y de sangre!

El personal de las oficinas árabes consta de 90 oficiales, número que sería suficiente si la elección fuese acertada; pero como esta carrera no ofrece ventajas, la concurrencia á ella no es grande, y á veces es forzoso admitir oficiales ineptos que á menudo cometen grandes errores. El deseo de notoriedad los

induce á la guerra, carecen de toda noción seria y profunda sobre los árabes. A la cabeza de una oficina sólo desean evidenciar que valen más que sus antecesores; creen prestar servicios al país y serle útiles forzando el aumento de los impuestos; sólo ven el presente, inquietándose poco del porvenir; algunos son bastante imprudentes para intentar destruir en un día, con un sólo golpe, la influencia de tal ó cual jefe, el resultado de las tradiciones de los árabes; no han sembrado y quisieran recoger: De aquí la sorda inquietud y el descontento que pronto acaban por generar la rebeldía.

En cuanto á los tenientes y subtenientes, interesa no dejarlos mucho tiempo en estas graduaciones; conviene que lleguen pronto á la de capitán, pues su ascenso servirá de buen estímulo á sus camaradas y habrá emulación para entrar en las oficinas árabes. Si se hace una excepción, si á oficiales que han prestado servicios de guerra, hecho estudios, ejecutado trabajos serios á diario y experimentado fatigas continuas hasta en la paz, se ve que no se les recompensa y aun que se retrasa su ascenso, es muy de temer que no se tardará mucho tiempo en verles abandonar la carrera de las oficinas árabes y volver á sus regimientos, para buscar cerca de sus jefes directos el ascenso que inútilmente han esperado en Africa.

Desde luego sólo podrá verificarse su reemplazo por oficiales ansiosos de abandonar sus cuerpos, y no porque quieran entregarse á estudios serios ó á prestar servicios importantes, sino por el deseo de sacudir el yugo de la disciplina, lo que será la ruina completa de la política del país.

La supresión de la Dirección central le ha dado ya un golpe funesto, é importa que se le aplique remedio, el cual es bien sencillo.

A la cabeza de los asuntos árabes, debe haber un director central que reasuma todos los servicios y proponga todos los años al gobernador general, en una memoria concienzuda, los oficiales que haya juzgado dignos de recompensa.

Claro está que, además de estas propuestas generales, podrían también los comandantes de las divisiones hacer, en casos dados, otras especiales para los oficiales de las oficinas árabes, que estuvieren bajo su mando, y presentarlas á la aprobación del gobernador general.

Las oficinas árabes deberían tener dos clases de oficiales: la mitad de ellos pertenecientes al ejército de Africa y la otra mitad á los regimientos que hay en Francia. Esta división sería justa, pues en Africa, más que en Francia, se necesita que todos los oficiales estén presentes en sus cuerpos. También se les podría dejar fuera de los cuadros de los regimientos, pero conservando sus puestos en las escalas de sus armas respectivas: tal vez este sistema sería el mejor, si no produjera en el presupuesto de la guerra 300 á 350.000 francos de aumento de gastos.

Añadiré algunas líneas, que en mi concepto no carecen de importancia, sobre la parsimonia que manifiesta el Gobierno respecto á los oficiales de infantería agregados á las oficinas árabes.

Aquellos gozaban hasta 1.º de Enero de 1848 de dos raciones de forraje, lo cual era muy de justicia, pues dichos oficiales tienen que moverse á cada momento

para recorrer las tribus; en las expediciones van á la cabeza de los *gums*; cuando viajan aislados necesitan un ordenanza para el cual deben tener un segundo caballo. Esto no pueden hacerlo desde que se suprimió la segunda ración, y esto les coloca en una lamentable situación de inferioridad respecto de sus colegas del arma de caballería, que siendo empleados con igual título y en el mismo servicio, tienen á más la ventaja inmensa de hallarse montados á costa del Erario.

Estos oficiales se hallan en la más falsa posición; pues si quieren presentarse á la par que sus colegas de caballería, se verán precisados á vivir con mil privaciones y hacer á su costa la guerra.

Semejantes observaciones pueden aplicarse también á los cirujanos militares agregados á las oficinas árabes, que no tienen derecho á ninguna ración, y prestan, sin embargo, servicios continuos, derraman por todas partes sus beneficios, y con frecuencia van á curar á los árabes de las tribus más distantes, hasta en la misma Kabylia.

El oficial encargado de los asuntos árabes no debe seguramente olvidar jamás su condición de militar, pero debe saber que es en cierto modo el lazo de unión entre los árabes y la Administración civil. La conquista de la Argelia no se ha hecho con objeto de mantener una guerra perpetua: Francia no quiere el exterminio sino la sumisión del pueblo conquistado; Francia quiere colonizar y desea con ansia el momento feliz en que la reja del arado pueda surcar el nuevo suelo, en que las bayonetas no sean más que protectoras y en que no tenga que temer el colono

que tras de cada matorral se pueda esconder un enemigo. Desde ese día, ¡que Dios quiera llegue muy pronto! verá el oficial de las oficinas árabes hacerse más grande su misión, y será, más que nunca, el hombre necesario, el lazo indispensable; durante muchos años será llamado á permanecer en las zonas del interior, á dirigir, vigilar y proteger la colonización que haya traspasado el Shael y tendrá que aventurarse hasta en el desierto.



XVII

De la kabylia

LAS siguientes líneas deben considerarse como una página separada de mi libro: he querido describir la guerra en Africa, y he procurado hacerlo ateniéndome á lo visto. Como actor de este gran drama, sólo he retenido aquellas escenas de las cuales he sido testigo, y me tendré por muy dichoso si hallo que se me concede un poco de atención y un lugar modesto entre los hombres que han sabido hacer respetar en Argelia el pabellón francés.

Otros han hablado de la kabylia antes que yo, y entre los escritos publicados hay uno sobre todos digno de fijar la atención del que desee conocer la geografía del país, y, por consiguiente, el origen, usos y costumbres de sus habitantes. El General Daumás, con la publicación de sus estudios sobre la gran kabylia, ha ilustrado una cuestión casi desconocida anteriormente. Remontándose en su libro á los primeros tiempos de la ocupación del país por los vándalos y árabes, descende luego al periodo de la dominación turca, y con grandes rasgos, conduce al lector á través

de acontecimientos diversos hasta nuestros primeros encuentros con esos feroces montañeses; concluyendo, por fin, su libro en el momento en que el Mariscal Bugeaud deja su ejército victorioso, separándose con pesar de sus soldados, que ya no debían volverle á ver.

No voy á narrar historias antiguas, ni menos á describir episodios de ayer, sino á dar una ojeada sobre el presente, que es tan sólo una copia del pasado. Por este creemos indomables los kabyilas, y al ver que no los sometieron los árabes, y que fueron vanos los esfuerzos de los turcos para tal fin, los juzgamos seguros contra nuestros golpes, imposible someterlos á nuestro yugo y, en una palabra, desconfiamos del porvenir, porque el pasado nos ofrece como imposible la conquista que intentamos.

¿Qué se entiende por kabyla? Muchos sabios han buscado y definido la etimología de este nombre; mas para mí, considero que los kabyilas no son más que los montañeses del Africa, ya habiten el *Rif*, los *Taras*, el *Uarenensis*, el *Dahra*, el *Atlas*, el *Djurjusa*, el *Aurés* ó el *Djebel-Amor*. A mi juicio la verdadera kabylia, es toda la región que se extiende de Dellys á Philippeville, siguiendo la orilla del mar, y que partiendo de Argel, se apoya sobre el *Bordj-Hamza*, al que sirve de puerta, *Aumale Setif*.

Y bien: esta magnífica región que vale tanto como Argelia, si no por su extensión, al menos por su fertilidad, por sus aguas y bosques, por su riqueza mineral; este país que opone del lado de Argel los contrafuertes dispuestos por la naturaleza para defender sus aproches, sólo dista de nuestra capital tres jorna-

das y está, sin embargo, virgen en cierto modo de todo contacto europeo. En 1847, lo atravesó el Mariscal durante una célebre expedición; pero aquello no fué más, y permítaseme la comparación, que un cañonazo contra la obra muerta de un buque. La bala hizo su agujero, pero fué cerrado muy pronto. Por esto la kabylia, conserva su antigua reputación de independencia.

En el estado actual de las cosas, cuando la experiencia ha venido á traer su luz á nuestras primeras tinieblas de ocupación y de guerra, creo que nunca fundaremos una verdadera colonia, y más aún, que no crearemos nunca una segunda Francia, mientras la kabylia no esté, no digo sometida y siendo aliada fiel, sino conquistada.

Hemos llevado nuestro pabellón 150 leguas al Sur hacia el interior; al Oeste ocupamos *Lalla-Maghrnia*, *Sebdu*, *Saida*, *Fremda*, *Tiaret*; en la provincia de Argel, nos extendemos hasta *Ain-Mady*, en *el Aghuat*; al Este los habitantes de los oasis del Sahara, están sometidos á Francia; estamos establecidos en Biskara; se diría que insaciables de conquistas, pretendemos nada menos que traspasar el *Djebel-Amor* y gobernar en Tombuctu; no nos preocupamos por las distancias, el clima ni el suelo; nuestros soldados han ido allá y han vivaqueado: esa tierra y ese desierto son ya para siempre franceses. Sólo hay allí un agua salobre, una población nómada que viaja constantemente según las estaciones; algunos ksurs se distinguen á largas distancias en medio de palmeras; nadie se preocupa por tales dificultades, ni por la imposibilidad de colonizar; se corre sin cesar tras la som-

bra, cuando se tiene ante los ojos, á la puerta de Argel, uno de los países más hermosos del mundo. Se le rodea de un círculo, y parece que nadie se atreve á establecerse en él.

Francia, que quiere fundar en Argelia una colonia formal, un desahogadero para el exceso de sus hijos, que se agitan ardentemente, por no encontrar en la madre patria una parte suficiente de campo y sol; Francia consagra hoy millones á convertir en hombres libres á los parias de la civilización. Quiere fijarlos al suelo haciéndoles propietarios; á los que nada tienen les ofrece, no los medios de adquirir, sino la donación, sin ver que no basta decir: «Adelante; hé aquí una casa, tierra, bestias, carros é instrumentos. Si trabajáis el porvenir es vuestro.»

El suelo africano es en cierto modo rebelde para los europeos. Aunque el clima es sano ofrece dificultades el aclimatarse, sobre todo en las llanuras, donde las aguas forman grandes pantanos. Es preciso desecarlos, abriendo al efecto canales, lo que no es obra de un día, ni me atreveré á decir que de una sola generación, exige tiempo y brazos. La tierra está casi virgen y nadie se atrevería desde luego á establecerse en ella. La experiencia del pasado debe servir de gran enseñanza, y sin tratar de disimularlo aún está lejos el día en que los valles del Mitidja, del Saf-Saf, del Chelif y del Seybuse estén habitados por europeos que puedan abrir surcos, sembrar, sin que miasmas venenosos, mensajeros invisibles de la muerte, diezmen todos los años la población.

¡Cuánta sangre generosa se ha derramado sin embargo por conquistar ese país! Hace cerca de veinte

años que nuestros soldados recorren Argelia para arrancarla del dominio de sus antiguos poseedores. ¡Cuántos hombres han sucumbido para ocupar un punto aislado, donde tal vez nunca se fijarán colonias, mientras que la décima parte de los esfuerzos empleados bastarían tal vez para someter toda la kabylia!

He dicho y repito, que empleando en las fronteras columnas móviles bastaría un ejército de 50.000 hombres para la ocupación de Argelia, asegurar la tranquilidad y permitir que la colonización pudiera desarrollarse en todos sentidos y con toda seguridad. Debo añadir que este sistema lleva necesariamente consigo la condición de que no subsistirá un germen de discordia en medio de nuestra ocupación. Cuando estemos establecidos en la frontera de Marruecos, seamos limítrofes de la regencia de Túnez, y no existan más barreras que las colocadas por Dios desde la eternidad, dos mares, uno de agua y otro de arena, no podremos sufrir que una pequeña parte de nuestro territorio proclame su independencia y que unos montañeses, por valerosos que sean, puedan decir: «No iréis más lejos. Si nuestro interés nos lleva allá, cubriremos vuestros mercados, llenaremos vuestras poblaciones, compraremos y venderemos á nuestro arbitrio; pero en cuanto á vosotros os está prohibido el acceso á nuestro país, que es inviolable y sagrado.»

Y sin embargo lo dicho es una verdad, la kabylia es tan independiente á pesar de las 80.000 bayonetas francesas, como lo era cuando el Odjack contaba 5 ó 6.000 genizaros, ocupa un país admirable por su fer-

tilidad, el único de Argelia que tiene relaciones de semejanza con los valles franceses: La comarca regada por el Ued-Sahel y el Summar es tan bella como el Graisivaudán ó la Limagne.

El árabe es nómada; su riqueza consiste en rebaños; cuando ha cargado su tienda sobre un mulo ó camello lleva consigo su patria, y es, por consiguiente, casi inconquistable: el kabyla vive en bellos y numerosos pueblos, cuyas casas están construídas con piedras y ladrillos como en la mayor parte de Francia; el techo, en general de paja, es de tejas en las casas de los ricos; establos y cuadras sirven para abrigar los ganados y los caballos. El árabe, esencialmente perezoso, huye al trabajo y va de fiesta en fiesta, y sólo se ocupa de gozar durante nueve meses del año; pero el kabyla, más afecto á su suelo, trabaja sin cesar. El árabe tiene siempre el desierto como refugio seguro: pero el kabyla no podría escapárseles, pues, cultivador por excelencia, sólo se ocupa de sus campos, que defenderá hasta la muerte sin abandonarlos. También es industrioso y elabora todos los objetos necesarios para los usos de la vida, de modo que donde quiera es vulnerable, en su casa, en su campo y en su industria, por cuyo motivo sólo tiene una alternativa en presencia de Francia, la de someterse ó morir.

Su mayor y tal vez su única fuerza es su antigua reputación de independencía. Habiendo sojuzgado 3.000.000 de árabes esparcidos en una extensión tan grande como la de Francia, gentes que son esencialmente movibles y muy difíciles de alcanzar para someterlas, pues basta una jornada á sus arrogantes

jinetes para alejarse á una distancia enorme que los ponga á cubierto de nuestros golpes; que siendo valientes por temperamento y fanáticos, no sólo reconocen nuestras leyes, sino que hasta nos sirven con fidelidad, al menos aparente; cuando los más esclarecidos de entre ellos se honran con ser nuestros kalifas, nuestros *Aghas*, en una palabra; cuando los árabes no sólo pagan tributo, sino que nos abandonan la mayor parte de sus tierras.

¿Seremos nosotros vencedores suyos, y permaneceremos vasallos de los kabyilas? Bien es verdad que podemos ir hasta el Bordj-Hamza; pero en su orilla derecha á un tiro de fusil nos encontramos con las columnas de Hércules, al paso que en Bujía no pasamos del puerto de Fezí y en Djigelli no podemos separarnos de nuestros parapetos: ¿Cuál es, pues, esa raza de gigantes que así juega con Francia, y que estrechada por todos lados se aísla como los chinos? El país que la abriga es una especie de Suiza salvaje, cuyas numerosas tribus forman otros tantos pequeños cantones; pero desprovista de artillería y casi de caballos, vive independiente en medio de nosotros, fiando en sus antiguas tradiciones.

Semejante estado de cosas resulta muy anormal: la kabylia organizada cual hoy está es un jaque moral á nuestro ejército, al mismo tiempo que una pérdida inmensa para nuestra colonia.

Nos hemos dejado arrastrar á conquistas lejanas; hemos gastado mucho dinero y vertido mucha sangre para escribir en el tronco de una palmera la copia de la famosa inscripción de Desaix en el alto Egipto, á saber: «Tal día llegó hasta aquí el ejército

francés y excedió con esto á los romanos.» Esto es bellissimo, pero cuesta demasiado y produce poco.

La única expedición, quiero decir ocupación, que ahora debemos hacer es la de la kabylia. Debe hacerse cuanto antes sea posible, y para acabar de una vez y no dejar la obra sólo bosquejada, se necesitan cuatro columnas de 6.000 hombres cada una. Puestas en movimiento el mismo día, convergerían hacia un centro común, exigirían una sumisión inmediata y definitiva á los kabyilas, además de la entrega de rehenes, siendo la primera condición la apertura de grandes caminos y la ocupación de los pueblos sometidos durante dos meses; este tiempo debería emplearse en ejecutar un desarme completo y en destruir las fábricas de azúcar y municiones de guerra que existen, principalmente entre los Rebulas y los Beni-Abbess. A medida que las columnas avanzaran al centro del país, con especial cuidado de no destruir pueblos, árboles ni mieses, exigirían sus jefes que los habitantes abriesen inmediatamente caminos, que partiendo todos de puntos opuestos, convergerían sobre Bujia, porque esta población, aunque situada sobre el litoral, es, sin embargo, el verdadero centro político y comercial de la kabylia. Así partirían de dicha ciudad grandes vías de comunicaciones que constituyesen el más grande apoyo de las conquistas. La principal de ellas se dirigiría á Argel por los valles del Djurjura, las otras reunirían á Setif, Philipeville y después á Constantina, pues careciendo la Argelia de ríos navegables, grandes agentes de toda colonización, se los debe suplir con carreteras. Si está privada de los medios naturales de comunicación, donados

por Dios, el genio del hombre debe sustituirlos; el medio es más lento, pero no debe descuidarse. Un país atravesado por una carretera se vé pronto cruzado de senderos y caminos que van á terminar á ella, y vienen pronto á formar una red que se extiende por toda la comarca.

Estoy persuadido de que en Africa los agentes más activos y más útiles de la conquista serán los caminos y canales cuando sea posible concluirlos.

Por ellos perdería la guerra su fisonomía actual para asemejarse á las guerras europeas, sabiéndose, por tanto, á donde hay que dirigirse y por donde se va. Nunca faltarían víveres y se hallaría por todas partes agua para las columnas que marchen por un país cultivado y sembrado de pueblos; cada paso avanzado produciría su resultado; se tendrían desde luego desembocaduras á Deyis, Bujia y demás puntos de la costa. Semejante empresa presentaría dificultades, porque los kabylas están acostumbrados á divertirse con la pólvora. Pero, ¿no quedarían los sacrificios recompensados por un resultado infalible? Los grandes problemas están reservados á razas dignas de llevarlos á cabo: ¿A qué no se han atrevido los ingleses en la India? Todo lo han emprendido, obteniendo siempre lo que se propusieron. ¿Qué son algunos miles de kabylas comparados con los Sikes y los Afghanos? Inglaterra ha querido completar y asegurar la conquista y ¡qué resultado tan magnífico!

Mientras la kabylia no esté sometida, nuestra conquista es imperfecta, pues las montañas ofrecerán siempre un asilo á los fanáticos que más de una vez

intentarán sublevar el país. Los zuauas y su jefe, Sid-el-Djoudi, no pueden tener en jaque á nuestro poder, bloquear en cierto modo á nuestras ciudades del litoral, ni hacer que nuestros mercados estén á su disposición.

En la kabylia puede establecerse la verdadera colonización: sólo allí la harán fácilmente los europeos, pues encontrarán patria, pueblos, bosques, campos cultivados, jardines, puntos de recreo; esa verdadera tierra de promisión puede ocuparse con menos dificultad que las llanuras, donde acampaban los árabes, pobladas con palmeras enanas.

La kabylia debe ser el punto á donde se dirijan nuestros esfuerzos: el día que Francia quiera, en ella encontrará un nuevo mundo, pues en realidad sólo tiene que extender la mano para cogerlo.

Considerando esta expedición como elemento indispensable de nuestra conquista, creo que Francia no debe dejar la obra sólo bosquejada sin acabarla, sino obtener un resultado positivo, por medio de un establecimiento que la remunere sus sacrificios. Se necesitan 24.000 hombres, pues no bastan expediciones parciales; no se trata de exterminar tal ó cual tribu, destruir pueblos, quemar casas ni degollar á los habitantes; se trata de ocupar eficaz y útilmente la comarca más hermosa de Argelia, única en que pueden establecer sus hogares los europeos.

La importancia del resultado hará olvidar pronto los sacrificios. Invadido el país por nuestras columnas, ofrecerá poca resistencia; mientras que si nos contentamos con hacer *una punta* en tal ó cual dirección, se concentrará la resistencia, sólo se obtendrá

una sumisión engañosa, y desde que desaparezcan nuestras bayonetas, se nos cerrará el país como en 1844, 45 y 47: es preferible hasta renunciar á esta indispensable conquista, difiriéndola indefinidamente, en vez de empeñar una columna aislada contra un punto determinado. No admito la posibilidad de un revés, pero ¿á qué conduce gastar dinero y sangre inútilmente? La guerra sin objeto es un acto de barbarie.

Por lo demás, la cuestión es muy sencilla. ¿La posesión de la kabylia es una consecuencia de nuestra conquista? Todo el que conozca el Africa responderá que sí.

¿Sufriremos que á nuestras puertas, sobre el litoral, exista una población hostil, costas inhospitalarias, un refugio seguro, asilo inviolable para nuestros enemigos? Todo hombre esforzado responderá que no.

Al pedir la conquista de la kabylia, hablo como hombre deseoso de que su país no abandone el más hermoso florón de su corona, y creo que después de tantos esfuerzos para extender nuestro dominio hasta el desierto, sería locura ó escaso conocimiento de nuestros intereses agrícolas y comerciales, el no someter á nuestras leyes la comarca más fértil del Africa, la única que puede remunerarnos inmediatamente de una parte de nuestros sacrificios pasados y asegurarnos el porvenir.

Cuando el europeo encuentre campos cultivados, bosques, viñas y todo cuanto le recuerde su patria, no faltarán brazos; el exceso de población arrastrado hacia la América, se dirigirá á nuestras playas, y dentro de pocos años, verán los valles de kabylia, hom-

bres europeos que reemplazarán á sus antiguos habitantes. La inmovilidad no es condicional en los pueblos; los kabyilas serán como los pieles rojas de la América del Norte: Una ley fatal, inexorable, los condena, si no á perecer violentamente, por lo menos sí á desaparecer como nación; se asimilarán ó, mejor dicho, se fundirán en el nuevo pueblo á cuyas leyes tengan que sujetarse.

Es la lucha del mundo viejo y nuevo, no puede haber duda. Europa invadirá otra vez el Africa, mas ya no será como lo hicieron los bárbaros.

Creo decir una gran verdad al decir que la conquista de la kabyliá, es una obra civilizadora; tarde ó temprano se comprenderá, y en tal día espero que, sin duda, el éxito habrá de corresponder á nuestros esfuerzos. El país es muy bello para ser menospreciado; cuando lo conquistemos; cuando nuestros puertos y mercados estén cubiertos de las producciones en que abunda; cuando centenares de buques vengán á cargar las hullas á Dellis, Bujia, Philipeville; cuando la cebada y el trigo se encuentren amontonados en nuestros muelles; cuando tengamos en abundancia las maderas de construcción, que tan caras compramos en el Norte; digo que, cuando tal día llegue, sólo nos admiraremos de una cosa, á saber, de haber esperado tanto tiempo para apoderarnos de una tierra, que debió ser ocupada por nosotros, la primera, pues así lo indica suficientemente su posición geográfica, aun en el caso de prescindir de sus ventajas materiales.

Bien sé que Argelia tiene enemigos sistemáticos y encarnizados, cuales son las gentes que todo lo mi-

ran bajo el punto de vista de un interés material, calculando por francos y céntimos el importe de las rentas, y diciendo: se gasta mucho en Argelia; nada produce; las ventajas no compensan los sacrificios. A tales gentes se les contestaría con la ocupación de la kabylia, y ya no podrían hablar de la aridez del desierto, de las montañas sin vegetación, de los valles en que la fiebre diezma á los europeos. La exportación de los productos respondería á todo, porque el país podría entonces, no sólo sostenerse, sino también suministrar á la madre patria una parte de todo lo que recibe hoy del extranjero. Lo más importante y capital es que todo provendría del trabajo de sus hijos.

Esta obra grande por sus resultados materiales es indispensable bajo el punto de vista político.

No dudo que la conquista de la kabylia tropezará con el inconveniente de una grande oposición; espero que la turba alce el grito diciendo:— «¿Cómo? ¡Todavía se necesita una expedición de 24.000 hombres para reducir á esos montañeses! ¡Será, pues eterna, la guerra! ¡Dios mío!» Apenas hace diez años que hubo gran *polvareda* en la Cámara de los Diputados, porque declaró el Mariscal que se necesitarían 100.000 hombres para la conquista de Argelia y, sin embargo, á los pocos días decidió el Gobierno la ocupación completa, y el ejército de Africa fué duplicado: el resultado hubo de corresponder á tal esfuerzo.

La guerra de Africa debe ofrecer tres períodos; dos de los cuales han trascurrido ya: el primero lo marca la toma de Argel en tiempo de la antigua monarquía; durante el segundo, bajo el reinado de Luis Felipe,

todo quedó dominado; el pabellón tricolor ondeó en toda Argelia, y llegamos al tercer período, el de la total ocupación; la República debe acabar la obra empezada y llevada á cabo por dos dinastías que la tempestad ha barrido, sellando esa obra con la invasión y dominación de la kabylia (1).

(1) La kabylia que Yussuf codiciaba, es ya de Francia. Fué conquistada y definitivamente sometida por el mariscal Rendón el año 1858, tras una larga y sangrienta pugna de más de tres años que hubo de necesitar un esfuerzo y una tenacidad, un tesón y una perseverancia extraordinarios. — N. del T.

FIN DE LA GUERRA EN AFRICA



Vocabulario elemental

Español - Marroquí Marroquí - Español

Vocabularium elementare

Spanisch-Deutsch, Deutsch-Spanisch



El conocimiento de aquellos términos más usuales en el ordinario comercio de la vida, lo que ante todo es necesario aprender en tierra extraña para salir del paso, como vulgarmente se dice, reviste una manifiesta importancia y constituye una precisión que todo expedicionario hace por satisfacer como puede, teniendo en cuenta su reconocida utilidad.

En lucha (1) hoy nuestro Ejército con gente que desconoce nuestro idioma, en suelo donde la cultura es muy escasa y las costumbres completamente diferentes, nos ha parecido que un *vocabulario español-marroquí* de las voces con que por allí se designan los artículos de primera necesidad, las acciones ó voliciones más frecuentes, etc., etc., y otro marroquí-español de las más en uso también, po-

(1) Estos artículos fueron escritos y publicados en Agosto de 1909. Hoy, afortunadamente, no se combate, parece restablecida la calma, pero esta calma no es la paz ya normalizada y garantida; es algo así como una tregua indeterminada, como la bonanza en el mar, y por esto nos parece que como en lucha, y muy en lucha, se debe considerar al bravo ejército que allí, en aquella tierra cruel, está llamado á cumplir una sacrosanta y muy difícil misión, confiada por un alto deber de humanidad á la vez que por el honor y los intereses de la Patria.

drían ser de oportunidad y prestar quizá algún buen servicio en el escenario de la guerra, porque son muchas las contingencias de campaña, y satisfacer por aquí las muy naturales consultas de la popular curiosidad.

Esto, y sólo esto, nos ha decidido á publicarlos, con todas las muchas imperfecciones y omisiones que seguramente habrá en ellos. Para su formación hemos tenido á la vista los que han publicado varios tratadistas en España, los «Rudimentos de árabe vulgar» del R. P. Lerchundi, la «Guía de la conversación» de Castillo y algunos apuntes que nos han facilitado personas conocedoras del país.

Defectuoso el trabajo, no tiene otra pretensión que la de ser de alguna utilidad á nuestros hermanos combatientes, y en él, por consecuencia, sólo ha de ser estimado el buen deseo, no su labor ni merecimientos literarios.

J. P. y G.

Nociones gramaticales

El alfabeto árabe se compone de 28 letras. Algunas tienen sus equivalentes en el nuestro, pero hay otras cuya pronunciación requiere precisamente la viva voz y ésta, por consiguiente, sólo puede representarse por aproximación combinando las nuestras y algunos de nuestros signos ortográficos.

Toda vocal no acentuada se pronuncia obscuramente y con rapidez. Las acentuadas, como en español.

Las consonantes dobles se pronunciarán separadas, incluso la *ll*; equivalente á dos *l* como en francés.

Tz, suele pronunciarse unas veces, como en vascongado, *ts*, muy suavemente. Otras veces equivalen precisa y únicamente á *tra t*.

Dj: como *d*, la primera, y como *j* francesa, la segunda (una *s* muy silvada).

Kh: como nuestra *j*.

Dh: como una *d* muy marcadamente pronunciada.

Dr: como *d* y *s* (algo silvada esta última).

H y *HH* guturalmente; como suele pronunciarse la *h* de horno y huerga en algunos puntos de Andalucía.

*
**

El artículo *el*, único en árabe, sirve para ambos géneros y números.

Es siempre determinante y no se usa nunca delante de nombre propio: no se dice, pues, *el José*, sino *José*.

Tampoco se usa con los nombres apelativos que rigen genitivo; esto es, no se dice, v. gr., *el sombrero del hijo*, sino *sombrero del hijo*.

En cambio, debe usarse con el nombre cuando éste va precedido de un demostrativo: en español decimos, por ejemplo, *este hombre*, y en árabe debe decirse *este el hombre*.

También se usa delante de todo adjetivo, cuyo sustantivo lo lleva: *El perro grande*, por ejemplo, se debe traducir en árabe *el-quehb el-quebir*, esto es, *el perro el grande*.

La palabra *uáhhed*, puesta delante de un nombre con artículo, equivale á nuestros artículos indeterminados un, una; v. gr., *uáhhed er ráyel*, un hombre; *uáhhed el maráa*, una mujer.

Todo nombre árabe sin artículo puede traducirse con el indeterminado al castellano: *Kalb* (corazón) puede traducirse *un corazón*.

Los nombres, en árabe, tienen tres números: singular, dual y plural.

El dual se forma añadiendo al singular la terminación *ain*: Un siglo, *karn*; dos siglos, *karnain*. Este número se usa muy poco en el dialecto marroquí.

El plural, regularmente, se forma del masculino, añadiendo al singular la terminación *in*; v. gr., *Herre-ro*, *hhaddad*; *herrerros*, *hhaddadin*.

En femenino termina en *átz*: *Mariem* (María), *Marienmátz* (Marías). Cuando el singular termina en *a*.

se sustituye dicha terminación á esta letra: *darsâ* (muela), *darsatz* (muelas).

Quando el singular femenino termina en *âa*, cambia estas letras por la terminación *âuâtz*: *barâa* (carta), *barâuâtz* (cartas).

Los irregulares tienen muy variadas formas, que no es posible precisar.

*
* *

En la numeración cardinal todo número de decenas y unidades comienza por éstas, v. gr., veintiuno se dice, uno y veinte: *Uahhed ú axerin*; veintidós, dos y veinte: *tzenain ú axerin*, etc., etc.

En los compuestos de centenas y decenas y unidades, enúncianse primeramente aquéllas, después las unidades y por último las decenas; ciento veintidós, por ejemplo, debe decirse: ciento y dos y veinte: *mîia ú tzenain ú axerin*.

De mil á seis mil suele también expresarse por cientos: Diez cientos ó mil, treinta cientos, sesenta cientos (V. la numeración al final).

*
* *

Los verbos árabes carecen de modo infinitivo, y su raíz es la tercera persona del pretérito perfecto de indicativo, *amó*, *temió*, *partió*, etc., sustituyen, por tanto, á las voces castellanas *amar*, *temer* *partir*....

Como nota curiosa, únicamente añadiremos que su conjugación está dividida en *modos*, *tiempos*, *números*, *personas* y *géneros*; que hay dos modos: *indicativo* é

imperativo; dos tiempos: *pretérito* y *futuro*; dos números: *singular* y *plural*; tres personas en cada número: *yo, tú, él, ella, nosotros, vosotros, ellos*, y tres géneros: *masculino, femenino* y *común* á los dos.

*
* *
*

Las oraciones negativas se forman anteponiendo al verbo la negación *má* y posponiendo la partícula *xi*, v. gr.: No tengo, *má andi xi*.



Vocabulario hispano-marroquí

A

A	Lí ó ne (1)
Abajo	Tzahhtz
Abuela	Yedda
Abuelo	Yedol
Acá	Hená (2)
Acabar (acabó)	Quemmel
Aceite	Zitz
Aceites	Zuitz
Aceitera	Cuza
Acicates	Mechamez
Adelante	Koddam
¡Adelante, adelante!	Zid, Zid
Adorador (de Dios)	Abd
Aduana	Diuana
Afuera	Barra (3)
Agua	Má
» de azahar	Bema zahar
» de rosas	Bema uárd

(1) En dativo y con los verbos de movimiento: ¿A quién? *limen ó nemon*; fué á Melilla, *mezá li-melilia ó en-melilia*. Cuando expresa la manera de hacer una cosa es *ála*: Vino á caballo, *ya ála el aud*. Para indicar el precio de las cosas se usa la partícula *be*.

(2) Ven á cá: *áyí le-hená*.

(3) Sal afuera: *joroy en-barra*.

Aguardiente.	Mahhiaa
Aguja.	Ibra
Agujero	Tzokba
Agujeros.	Tzekab
Ahí.	Henac
Ahí están.	Hahun
Ahora.	Daba
Ahora mismo.	Daba aad
Ahora poco	Daba xuaí
Aire.	Ruah
Alacrán.	Akarab
Alambre	Tsal
Albornoz.	Bornús
» de lana.	Salham
Alcazaba (castillo).	Kazba
Alcazaba.	Kazbat ó kazabi
Alcoram	Koran
Alegre	Farhhán
Alfiler	Jalala
Alfileres	Jalail
Alfombra	Zarbiia
Algo.	Xi hhaya
Algodón	Koton
Alguien, alguno.	Xi hhad
Algún hombre.	Xi rayel
Alguna mujer.	Xi maraa
Algunas veces.	Bad el-marrát
Algunos de vosotros	El bad mencum
Alimentar (alimentó).	Kaúnet
Alimentar	Kaut
Algibe	El metfia
Alma.	Nefs

Almenara.	Menara (1)
Almacén.	Jazin
Almorzar (dar de).	Fettar
Almuerzo.	Fetúr
Alquilar.	Querá
Alrededor.	Dair
Alrededor de la ciudad.	Dair el medina
Alto (elevado).	Aalí
Alta.	Aalia
Alubias.	El-lubia
Alzar (alzó, elevó).	Erfed (ó erfaa)
Allá, allí.	Henac
Amanecer (al).	Ala el-feyer
Amar (amó).	Hhabb
Amarillo.	Zafar
Amarilla.	Zafara
Amarrar (amarró).	Erbet (2)
Ambos (los dos).	Bezuy
Amén.	Amín
Amigo.	Zahheb
Amiga (querida).	Zahheba
Amor.	Hab, Mehabbah
Anciano.	Xaib ó xej
Ancha.	Mojtaf
Ancho, ancha.	Usaa
Anillo.	El-jatem
Animal.	Behíma
Animalito.	Behíma
Angel.	Al Malak

(1) Luz que se pone en las atalayas. El sitio donde se coloca esta luz.

(2) Ató, lió.

Anoche	El-bárahh fel-lil
Ante	Koddam
» todo.	Kebel men cull xi
Ante el cadí	Koddam el-Kadí
Anteayer	Uuel el-barahh
Antes	Kebel
Antes que venga.	Kebel ma iyi
Antes que yo.	Kebel menni
» que tú.	Kebel menec
» de la noche.	Kebel el-lil
Anteojos de larga vista	Xúuafa
Anteojos (gafas)	Menader
Antiguo	Kedún
Antiguos.	Kedam
Anzuelo	Senaner
Año.	Aam
Años (dos).	Aamain
Año pasado (el).	Fel aam el uel
Año que viene (el)	Fel-áám el yái
¡Apártate! (á un lado).	Bálac, balec ó balic
Aprender (aprendió).	Tallem
Aprender (desear).	Estáalem
Aprisa	Bel-Kalac
Aquel.	Dác
Aquella.	Dic
Aquellos—llas.	Dúc
Aquí	Hená, Henaia
Aquí está (él)	Há húa
Aquí está (ella).	Há hía
Aquí están (ellos—ellas) . . .	Há húm
Arabe.	Arbi
» idioma.	Bel-arbia

Arado	Mahhrutz
Arañado	Mejarbex
Arbol	Xeyerá
Arboleda	Xeyar
Area	Zandoc
Arena	Ramel
Arma	Senáhh
Armas	Senáhhatz
Armar (armó)	Sennákh
Arriba	Foc
Arriba abajo (de)	Men foc entahht
Arriero	Hhammar
Arrieros	Hhammara
Arroba	Ruba
Arroz	Rauz
Artillero	Tabyi
Artilleros	Tabyia
Asado	Mexúi
Así (de este modo)	Haidac
Asno	Himar
Atar (ató)	Erbet
Atrás	Muráia
Ayer	El-bárah
Ayudar (ayudó)	Aáuen
Ayuno (en ayunas)	Zaim
Azada	Fás
Azotar (azotó)	Aza
Azotea	Sétahh
Azúcar	Es-succar
Azul	Zarák
Azucenas	Susán

B

Babuchas.	Babuxa
Bajá.	Baxá
Bajar (bajó)	Habbet
Bajo.	Stel
Balanza.	Mirán
Balde (de).	Batal
Bandeja	Sinia
Bandera	Lalan, Sénayek
Barato (á poco precio)	Erjiz
Barato (comprar).	Xerah erjiz
Barbero.	Hhayyam
Barca.	Guareb
Barco (embarcación)	Esfina
Barcos	Sefain
Barranco.	Hutat
Barril.	Bermil
Barrio	Hhaúma
Barríos.	Hhaúm
Barro.	Ghaíz
Bastante	Baracá, Icfi
Basta (me).	Icfiní
Basta (te).	Icfie
Bastón	Azá
Beber (bebió)	Xarab
Becerro.	Ayel
Beduino	Bedui
Beduinos.	Beduín
Bendecir (bendijo)	Barac
Beso	Búsa

Bey	Bái
Bien	Meléhh
Bien (muy)	Affác
Bien venido seas	Marhhabá bic
Blanco	Biad
Blanca	Baida
Boca	Tum
Bofetón	Keff
Boda	Aors
Bodas	Arás
Bonito (gracioso)	Derif
Bonita	Chabbe
Borracho	Sequerán
» habitual	Secáiri
Botella	Reduma
Brazo	Daráai
Bueno	Meléhh
Buenos días	Zebáhh el jeir álic
Buenas tardes	Mesá el jeir (1)
Buenas noches	Mesác sáid
Buey	Tsaur
Buscar (buscó)	Setex

C

Caballería	Hail
Caballero	Sidi
Caballo	Aud
Cabello	Xára
Cabeza	Ras

(1) Traducción literal: «La tarde del bien sobre tí» (Nota del P. Lerchundi.

Cabra.	Maza
Cada	Cúll
Cada uno.	Cúll nahhed
Cada una.	Cúll náhheda
Cadena.	Senselá
Caer (cayó).	Táhh
Café.	Kahúa
Caja.	Zandok
» de escopeta.	Serir
Cal.	Yir
Caliente	Sejún
Calor.	Sejána
Calor (del sol).	Kaila
Callar (calló).	Sequet
Calle.	Zanka
Callejuela.	Zenika
Calzones.	Saraguil
Cama.	Farax
Cambiar (cambió).	Beddel
Cambiar dinero.	Zarref
Camello	Yemel
Camella	Naga
Camellero.	Yemmel
Camino.	Terek
Camisa.	Kamixa
Campamento.	Mehhalla
Campo.	Barra
Canalla.	Jars-yi
Canela	Karfá
Cansado	Aiián
Cántaro.	Berrada
Cañón	Medafá

Cañonazo.	Hhes el-Medfá
Capitán (de un buque)	Arraez
Cara	Úyah
Carbón.	Fajar
Carne.	Leham
Carnero.	Hhaúli
Carnicero.	Yezzar
Caro	Gháli
Carpintero.	Neyyar
Carta	Baráa
Casa (urbana)	Dar
Casa (rústica)	Berdj
Casado	Mezúuey
Cebada.	Xair
Ceja.	Hajab
Cena	Axa
Ceniza	Ramad
Centinela.	Assás
Cera	Xeina
Cerca	Keríb
Cerca de la puerta.	Kéríb nel-báb
« de mí.	Keríb menni
» de tí.	Keríb mennee
Cerdo.	Hhallúf
Cerrado.	Mexdúd
Cerrar (cerró).	Xadd
Cerrojo.	Lubab
Certeza.	Yaquin
Ciego.	Aama
Ciega.	Amía
Cielo	Semá
Ciento	Mía

Cigarro	Garro (1)
Cigüeña	Belarey
Cinta	Xerit
Cirujano	Hhayyam
Cisterna	El-metfia
Ciudad	Medina
Clavel	Koronfel
Cobarde	Jaúuaf
Cobrar (cobró)	Itejallez
Cocinar	Kochina ó quechina (2)
Cocinero	Tebbaj
Cojo	Arey
Colchón	Medarrba
Color	Laún
Colorado	Hhemár
Columna	Sária
Columnas	Suari
Comida (vianda)	Maclá
Como (adverbio)	Rehhal
¿Cómo?	Kif
¿Cómo vamos?	Hhalcúm
Compasivo	Hhenin
Comprar (compró)	Xerá
Comprender (comprendió)	Fahám
Común (lugar)	Chechmat
Con (prep.)	Má (3) bé ó bí (4)
Contigo	Mác
Con equidad	Bel-hhakk

(1) Derivación popular de la palabra española.

(2) Idem.

(3) Tratándose de personas.

(4) Idem de cosas.

Con gusto, de buena gana . . .	Bel-jatar
Con tiento	Bes-siása
Conejo	Kanaín
Contar (referir)	Hhecá
Conversación	Hadrá
Copa (vaso)	Cás
Corazón	Kalb
Cordero	Joróf
Coronel	Aghá
Correo	Rakkaz
Coser (cosió)	Jafet
Creyente	Múmen
Criado	Metzalle
Cristiana	Enzánía
Cristiano	Ensara, Rumí
Cruz	Celib
Cuadra	Yebarna
¿Cuándo?	Finak
Cuarto (moneda)	Fels
» (habitación)	Bítz
Cuchara	Moghórfa
Cuchillo	Jodmi
Cuenta	Hhesáb
Cuentas (hacer ó ajustar las) .	Háseb
Cuento (fábula)	Jarába
Cuerda (soga)	Hhebél
Cuervo	Gharab
Culebra	Hháfa
Culpar (culpó)	Lam
Cumplir (cumplió)	Ufá
Curar (medicinar)	Danae
Charlatán	Hadaráui

Chocolate	Choclát
Choza	Haima

D

Dañar, lastimar.	Dárr
Dar (dió).	Atá
Dátil	Tzemará
De	Men
De abajo	Men tahht
De balde	Bátal
De madrugada	Ala el-feyer
De rodillas.	Ala ercáb
De todas partes.	Men cull yía
Debajo	Tahht
Dedal.	Hhelka
Dedo	Caba
Dedos.	Asba
Delante.	Koddám
» del Sultán.	Koddán es-sultán
» de mí	Koddami
» de tí.	koddámec
Delicado (endeble).	Dhrif ó dhaf
Demasiado.	Be záid
Dentro	Fe-kalb
» de la ciudad	Fe-kalb el-medina
Derecha (á la)	Imina, ála el ímin
Descansar.	Ertahht
Descansen en paz.	Allah ierhhemun (1)
Desde.	Men ó melli (2)

(1) Literalmente: «Dios les sea misericordioso».

(2) Esta última forma cuando va seguido de verbo: Desde que vino, *Melli ya*.

¿Desde cuándo?	Men aí uakt
Desde que vino.	Melli ya
Desde entonces.	Men dác el nak
Desierto	Biar ó bar
Despacio.	Bel akal, Vahdá
Después	Baád
» del café.	Baád el-kalma
» que	Baád má
» que lo haga.	Baád má tamelu
Detrás	Murá
» de mí.	Muraia
» de tí.	Murax
» de la puerta.	Murá el báb
Por detrás	Men laurá
Deuda.	Din
Día (espacio de veinticuatro horas).	Jún
Día (del amanecer á la noche)	Nehar
Dientes.	Ésnau
Diariamente	Cull iúm
Dinero	Darahem ó felus
Dios	Allah
Dios quiere (si).	In xá Allah
Disparar	Jarrey
Dividir	Kasém
Docto, sabio	Hhaquím
Doctor	Alem
Docena.	Tezzina
Dolor.	Ehherik
Donde	Faim
¿De, ó por donde?	Men ain
Dormir.	Náás
Dudar, sospechar.	Xécq

Dulce.	Hhelú
Dulces (sustantivo).	Hhalauat
Duro (moneda).	Ed-duro ó er-rial
Duro	Kazahh

E

Ea, vámonos.	Ja allah, iná
Edad, ¿qué edad tienes?	¿Exkhál men sená ándec
Ejército	Mehalla, ascar
El (artículo).	El (1)
El (pronombre).	Hua
Ella.	Hía
Ellos	Hum
Ellas	Huma
Embajador.	Baxador
Emperador.	Sultán
En	Fe ó fi (2)
» la ciudad	Fel-medina
» medio.	Fí nest
Encarcelar.	Seyén
Encarnado	Hhemár
Encender (encendió).	Xáal
Encima.	Fok, ala
» de la mesa.	Fok (ó ala) el maida
Encontrar (encontró).	Elká
Enfadar.	Fakáz
Enemigo	Adúu ó telib
Enfermo	Ma-rid

(1) La, los y las, nunca se usa con nombre propio.

(2) Se pronuncia como *f* delante del artículo

Enfrente	Kebála
Engañar (engañó)	Ghaxx
Enseñar (enseñó)	Allem
Entender (entendió)	Faham
Entero	Cámel
Enterrar (enterró)	Defen
Entierro	Yenáza
Entrar (entró)	Dajal
Envenenar	Semmen
Enviar	Saífet
Enviado	Rasul
Erizo	Kanfúd
Esa (pronombre)	Hádíc
Escalera	Deruey
Esclavo	Memluc
» de Dios	Abd
Escoba	Xettába
Esconder	Jabbaá
Escopeta	Mecohhelá
Escribir (escribió)	Quetéb
Escuela	Medarra
Escuchar	Semaá
Ese	Hádác
Esos y esas	Hadue
Espada	Sif
Espalda	Dahr
España	Espania
Español	Ezbaniul
Español (idioma)	Nezbaniula
Espejo	Meráia
Esposa	Izaúuar
Esposo	Zaúytu

Espuerta	Koffa
Estanque.	Saheriy
Esta.	Hadi
Este (pronombre).	Hádá
Estera	Hhezíra
Estos y estas.	Hádúm
Estrella.	Neyma
Estrellas	Neyum
Estudiante	Taleb
Evangelio	Angil
Excusado (retrete)	Chechmat

F

Fácilmente.	Belá taab
Falta (defecto)	Aíb
Falta (hacer)	Jazz-ni
Faja (ceñidor).	Curzia
Familia.	Aial
Faro.	Menara
Farol.	Fenar
Favor.	Yemil
Feria	Sok
Fez.	Fás
Fez (de).	Fási
Fiel (creyente)	Múmen
Flor.	Nuara
Francés.	Fransáui
Francia.	Fransa
Freir.	Kalá
Frío.	Bared
Frío (tengo).	El-bard alia.

Fuego	Nár
Fuente	Ain
Fuera	Barra
> de la ciudad.	Barra men el-medina
Fumar	Quemá
Fusil	Mecohhelá

G

Gacela	Ghazála
Gallina	Yedada
Gallo	Fararey, farruco
Ganar	Erbáhh
Garbanzos	Hhemez
Gata	Katta
Gato	Kat
General	Julinar
Gente	Eu-nas
Gibraltar	Yebaltár
Gloria (Paraiso)	Yenna
Gobernador	Hhaquem, bajá
Gordo	Semin
Gracias	Saha
> á Dios	El-hhandu lillah
Gracioso	Derif
Granada (fruta)	Rummána
Granada (ciudad)	Gharnáta
Grande	Quebir
Gratis	Bátal
Guardar	Ihhdí
Guerra	Xar, guerra
Gumía	Cumia

Gusano	Duda
Gustar	Aáyeb

H

Haba	Fúla
Habas.	Fúl
Habíchuelas	Lubia
Habitación	Bitz
Hablar (habló)	Hadar
Hacer (hizo)	Amel
Hacienda.	Mál
Hacha	Xacor
Hallar (halló).	Yebar
Hambre	Bel-yon
Hasta.	Hhatta
Hebreo (judío)	Ihudi
Hebreos	Ihud
Herida.	Yerhha, Edyerha
Herido.	Meyerohh
Herir (hirió)	Yeráhh
Hermana.	Jetz
Hermano.	Jai
Herrador.	Semmar
Herrero	Hhaddád
Higo.	Carmusa
» chumbo.	Hindia
Hijo	Ueld, ben
Hija.	Bentz
Hijos.	Ulad, Beni
Hilo.	Hait
¡Hola!.	Iad, iá

Hombre	Ráyel, Adami
Hombres.	Reyel
Hora	Sáa
» (¿a qué hora?).	Fax men sáa
Horno (de cal)..	Cúxa
» (de pan).	Farrán
Hospedar (1).	Daiief
Hoy.	El-iúm
Huérfano.	Itim
Huérfanos	Itama
Huerta	Gharsa
Humo	Dohám
Hueso	Adam
Huevo	Baida
Huevos.	Baidat
» (poner).	Badu
Huir (huyó)	Harab
Hurtadillas (á)	Bes-sarka

I

Iglesia (cristiana).	Kanisa
» (mahometana).	Mezquita
Ignorante.	Yahel
Igualmente.	Behhal behhal
Imagen (retrato).	Ez-zura
Ilusión	Tekar
Imposible	Muhhal
Infantería.	Rajlia
Infiel.	Cáter

(1) Albergar.

Infierno	Giahaunnam
Informar (informó).	Jabbar
Inglés	Angliz
Insecto	Hamix
Intérprete.	Turyumám
Invierno	Extá
Ir (fué ó ha ido)	Mexá
Isla	Zira
Italiano.	Talián
Izquierda (á la).	Isara, ala el isar

J

Jabalí.	Hhalluf el ghaba
Jacinto	Henufar
Jacob.	Iakob
Jamás.	Abadán, aomer
Jarra.	Zanyia
Jaula	Kafez
Jesucristo	Sidua aísa
Jornal.	Uyara
José.	Iusef
Joven.	Zaghuir
Judías (alubias).	Lubia
Judío.	Ihudi
Juego.	Laib
Juez.	Kadi
Juntar	Yemáa
Junto	Kerib
Juntos.	Ma baad
(iremos).	Memxiú ma baadúa.
Juramento	Hhelf

Jurar	Hhelef
Juzgar	Thequém

L

La (artículo)	El
Labios	Chefa
Labrador	Fellahh
Lacre	Lecq
Ladrillo	Layora
Ladrón	Sarak
Lámpara	Kandil
Lana	Zofa
Lanza	Mezrag
Lápiz	Jáffif
Larga	Tuíla
Largo	Túíl
Lavandera	Zabbana
Lavar	Ghasel
» la ropa	Catzaben
Lección	Karaia
Leche	Hhelíb
Leer	Kará
Legua	Fersaj
Lejos	Baid
» de aquí	Baid men hená
Lengua	Lesán
» árabe	El-Arbia
Leña	Atab
Libra	Estal
Libro	Quitgab
Libre	Arneb

Lima	Mebrad
Limpiar.	Mesahh
Limón	Lemun, Azá
Lobo.	Dib
Loco	Hhemac
Lumbre.	Nar
Luna	Kamar
Luz	Dau, Mur

LL

Llamar.	Aíiet
Llano.	Basit, Uta
Llave.	Sarut
Llegar	Úzál
Llenar	Melá, ammár
Llevar	Adda
» con paciencia.	Adda bezzebar
Llorar	Becá
Llover	Ex-xetá
Lluvia	Xetzá

M

Madera	Jasba
Madre.	Immá
Madrid	Madrid
Madrugada (de).	Ala el-feyer
Maestro.	Mallem
Mahometano.	Muslin
Maíz	Bexna
Mal (sustantivo)	Bás

Mal (adverbio)	Kebéhh
Maldecir	Náal
Malo	Kebehh
Mandar.	Amár
Mano	Ayed
Manteca	Semén
Manzanas.	Tzefahh
Mañana.	Gháddá
Mañana (pasado)	Baad gháddá
Mañana por la mañana.	Gháddá fez-zebahh
Mar.	Bahhar
María.	Mariem
Marruecos (ciudad).	Marraquécx
Martillo	Metirka
Más.	Quetar
Matar (mató)	Ketel
Mayor	Kebal
Medicina	Duá
Médico	Tebib
Mediodía	Aalám
Mejor.	Ahhsén
Melilla	Melilía
Melocotones	Joj
Melón.	Betteja
Menor	Zeghár
Menos (comparativo).	Kall
Menos (resto, excepción).	Ghair
Mentira.	Quedba
Mentiroso.	Queddad
Mercader.	Tzayer
Mercado	Suc, Soco
Mes.	Xahr ó xahar

Mesa	Tabla, Maída
Miel	Asel
Militar	Ascarí
Minuto	Dekika
Mío, a, os, as	Diáli
Mirar	Xaf
Mitad	Nuzz
Molino	Behhá
Mona	Harda
Mono	Hard
Monte	Yebel
Mora	Mesélmá
Moras	Mesélmátz
Morir	Mat
Moro	Meslém
Moros	Meselmin
Muchacho	Ail, Uxir
Mucho, a, os, as	Bezzaf
Muchas veces	Bezzaf del-marrat
Mudo	Abean
Muerta	Mut
Mujer	Maráa
Mula	Baghlá
Mundo	Dunia
Música	Musíka

N

Nabo	Leftza
Nación	Yens, Guens
Nada	Katta hhaya
Nadar	Aam

Nadie	Hhad
Naranja	Narang, Lechina
Naríz	En-nahar
Navaja	Mús
Necesario (es)	Lázem
Necesitar	Hhatay
Negro	Cahhal
Nieve	Tzely, tely
Ninguno, na	Hhad, hhata (1)
Niño	Tefel
No	La
Noche	Leyla
» (buenas noches)	Mesác said
Nosotros, as	Hhenáia
Noticia	Jabar
Novia	Arosa
Nuestro, a, os, as	Dialna
Nuevo	Yedid
Nuez	Yaúza

O

Obedecer	Saaf
Obra (2)	Bení
Ocultar	Jabbaa
Odiar	Querah
Oficio	Zanáa
Oír	Semaa
Ojos	Ainin

(1) Cuando le sigue un nombre

(2) Edificio.

Oler	Xámm
Orar	Zalla
Ordenar	Amár
Oreja.	Úden
Oro.	Daháb
Oscuras (á).	F-asallas
Otro.	Ajor
Otra	Ajora, Oj-ra
Otros, as	Ajorín
Oveja.	Naya

P

Paciencia.	Zebár
Padre.	Baba, bu
Padres	Uáldin
Paga (1).	Eyará ó uyará
Pagar.	Jallez, Defa
Paja	Teben
Pájaro	Tair
Palabra.	Quelma
Palo	Azá
Paloma	Hhamám
Pan.	Jobz
Panadero.	Jabbaz
Panecillo.	Jobza
Paño	Melf
Pañuelo	Sebanía
Papel.	Caghuet, Kartás
Para	Bax

(1) Salario.

Paraíso	Yenna
Pared	Hháit
Pasar	Gúnezetz
Pastor	Ráái
Pato	Borca
Patria	Belád
Pedir	Teléb
Pegar	Daráb
Pelo	Char
Peor	Akbáhh
Perdiz	Hhayelá
Perdonar	Semáhh
Perro	Quelb
Pescado	Hhot
Peseta	Bessíta
Pesetas	Besásset
Pie	Reyel
Pie (a)	Ala reylu
Piedra	Habjera
Pierna	Fagd
Pimientos	Felfel
Pinchar	Checq
Pintor	Zúuak
Pistola	Cabús
Plata	Nokara
Plato	Tabsil
Plaza	Soc
Pluma	Calam
Pobre	Fakir
Poco	Xuai
Poder	Kadár
Pólvora	Bárud

Pollo	Fellús
Pollos	Feláles
¿Por qué?	Alax
Posada	Fondak
Pozo	Bir
Pregonero	Berráhh
Preguntar.	Sál
Preso	Mesyun
Prestar	Sellef
Presto	Fisa
Prima	Bent
Primo	Ueld
Primero	Fel-bedu
Príncipe	Amir, Emir
Probar	Dak
Prohibido	Mahrrem
Puente	Kántara
Puerco	Hhalluf
Puerta	Bab
Puerto	Marsá
Pulga.	Barghóta

Q

Que (pron. rel.)	Li
¿Qué?	Ax (1), Ax-men (2)
¿Qué has visto?	Ax xufti
¿Qué casa viste?	Axmen dar xufti
Quédate con Dios	Abka ala jeir

(1) Seguido de verbo.

(2) Idem de nombre.

Quømar.	Hharák
Queso	Yebna.
Quiere (si Dios).	In xa Allah
¿Quién?	Excún
Quitar	Zuuel
Quizá.	Ikdár

R

Racimo.	Ankod
Ramillete.	Mexmúm
Rana	Garana
Ratón.	Far
Reales	Beliúm
Recibir	Kebéd
Reclamar.	Sál
Red.	Xebca
Regalar	Hedá
Regalo	Hedfía
Regar	Raxx
Reina.	Malicá
Reloj	Magána
Remedio	Duá
Reñir.	Jázem
Reposar	Ertahh
Responder	Uayeb
Retrato.	Zura
Revés (al).	Bel-maklub
Rey.	Malic
Rezar.	Zalla
Rif	Errif
Rifeño	Rifi

Rifeños.	Ruafa
Riñón.	Kilna
Río.	Uad, Guad
Romper.	Harres
Ropa	Harvaix
Rosa	Uarda
Rubio.	Zaár

S

Saber	Araf
Saber (querer).	Estaalem
Sábana	Elizar
Sabio	Aalem
Sable.	Sekin
Sacar	Jarréy
Sal	Melhh
Salir.	Jaréy
Salmonete.	Sultan el-hhot
Salud	Selamu
Salud (vé con).	Emxi bes-selama
Salvar.	Sellec
Sandía.	Delláhh
Sangre.	Dem
Sartén.	Makla
Sastre.	Jaíat
Sed	Atex
Seda (de).	Del-hherir
Segador	Hhazzád
Seguir.	Tebáá
Semana	Yumaa
Señor	Sidi

Sepulcro	Kebâr
Sí (afirmación).	Nám
Siempre	Dimá
Sierra.	Menxar
Silencio	Saquet
Silla	Xulía
Sitio	Moda
Sobrar	Xát
Sobrino.	Úeld jái (1)
Socorrer	Aánem
Soga	Hhebel
Sol.	Xems
Solo	Úáhhed
> (Yo solo).	Uahhedí
> (Tu solo).	Uahhedec
Suelo.	Ard
Sueño	En-naás
Suyo, a, os, as.	Dialu

T

Tabaco.	Taba
Tabla.	Lohh
Tahona.	Tahhona
Tahonero.	Rahhuí (2)
También.	Hhatta
Tambor.	Tabel

(1) Hijo de mi hermano; *Ueld jeti*, hijo de mi hermana; *Bent jái*, hija de mi hermano; *Bent jeti*, hija de mi hermana.

(2) Literalmente: molinero. La voz *tahhan*, con que más propiamente se designa este oficio, tiene en algunos lugares el mismo sentido que *harrán*, cornudo, cabrón. — (N. del P. Lerchundi.)

Taza	Tasa (1)
Té.	Atái
Tela	Tzaúb
Temor	Jaúf
Temprano	Bec-ri
Tenazas.	Lakkat
Ternero	Ayel
Testigo.	Xáhed
Tienda	Hhanutz
Tijeras	Marbeá
Tigre.	Hamer
Tintero.	Duáia
Tinta.	Emdad
Tirar (disparar).	Amára
Toalla	Fúta
Tocino.	Lehham del ^h halluf
Todo.	Cúll xi
Tomates	Tomat
Tomar	Jadit
Tordo (pájaro)	Zarzór
Toro.	Taúr
Torre.	Zúmaa
Tórtolas	Imám
Trabajo.	Jedmá
Traer	Yab
Trigo.	Zará ó gamhh
Triste.	Meghfiar
Tropa.	Laskar
Trueno.	Rada
Tú (pron. per).	Enta

(1) Palabra española.

Tú solo	Uáhhedec
Tuerto	Aúar
Tuyo, a, os, as.	Dialec
Turbante.	Resá

U

Uñas	D'far
Uno y otro	Bezuy
Unos	Rebahh
Uvas	Aineb

V

Vaca	Bákará
Vaciar.	Juá
Vacío.	Jáui
Vallado.	Zarb
Valle.	Wad
¡Vamos!.	Ia allah
Varón	Ragiel
Vaso	Cás
Vecino	Yár
Vela	Xemaa
Ven.	Adjí
Vena	Ark
Vencedor.	Gháleb
Vencer	Gháleb
Vender	Báa
Ventana	Taká
Ver.	Xáf
Verano	Seyf
Verdad	Hhak

Verde	Jedár
Vestido.	Qesúa
Viajar	Sáfar
Viajero	Mesáfar
Vianda	Maclá
Victoria	Relba
Victorioso.	Mansur
Viento.	Rehh
Vientre.	Quérs
Vino	Xarab ó hamr
Viñas.	Duali
Virgen	Adra
Vivir (habitar)	Sequen
Volar.	Tar
Volver	Eryáa
Vosotros, as	Entum
Vuestro, a, os, as	Dialcum

Y

Y	U
Yegua.	Auda
Yerba.	Rebea
Yo	Aná

Z

Zapatero	Jarráz
Zapatos.	Sobat
Zaragüelles	Serauel

Vocabulario marroquí-español

A

Abd-el-gafur (Nom. prop.)	Siervo del Clemente
Abd-el-kader	Siervo del Poderoso
Abd-el-querim	Siervo del Generoso
Abd-er-rahmán	Siervo del Misericordioso
Adir-el-Adir (pl. Adires) .	Dehesa de caballos, remonta de la caballería del Sultán
Adul	Asesor del cadí; notario
Aghá	Jefe, coronel
Agadir	Casa fortificada
Agelman	Lago, estanque
Alaf-el kebir	Jefe superior del Ejército
Almud	Medida de capacidad, variable según la región
Amel	Gran visir
Amin	Autoridad del pueblo ó alcalde
Amin-el-Umana	Ministro de Hacienda
Amir-el-Mumenin	Príncipe de los creyentes
Anuzen	Pozos
Auk	Paso estrecho, desfiladero
Arch	Propiedad comunal

Azar	Oración de las tres de la tarde
Azarar	Llanura
Azib	Casa de labor, granja

B

Bab	Puerta, paso entre montañas
Bab-el-Marsa	Puerta de la Marina
Bahira	Llanura pantanosa, ciénaga
Baraka	Bendición
Baraka-Alah	Bendición de Dios
Ben	Hijo de...
Beni	Hijos de...
Bendekí	Moneda de oro, cuyo valor es de unas nueve pesetas y me- dia (38 reales)
Bit-el-mal	Tesoro del imperio
Bled	País
Bled-el-Majzen	País que obedece al Sultán
Bled-es-Siba	País-libre que no reconoce ni obedece al Sultán
Bled-el-atech	País de la sed (Sahara)
Bogház	Estrecho de mar

C

Caf	Cueva
Canun	Conjunto de leyes y costum- bres de una comarca

Chauia	Pastores
Cheik	Jefe de aldea
Cherif	Noble, descendiente del Profeta
Chorfa	Nobles, descendientes del Profeta

D

Dahhar	Cumbre de una montaña
Daia	Estanque, laguna
Daiatz	Estanques, lagunas
Derham	Moneda de plata. Su valor, según el tamaño, varía de unos 15 á 80 céntimos de nuestra moneda
Dechar	Aldea en la montaña
Dhor ó dohor	Oración de la una y cuarto de la tarde
Djama	Mezquita. Concejo de aldea
Dra	Línea uniforme de colinas
Drin	Hierba de pastos

E

Ebar	Personaje de alguna influencia ó significación popular
Efkib-el-kebir	Gran visir
Emkaddem	Encargado de los santuarios y limosnas, votos, etc,
Ensal'la	Oratorio
Enzala	Parador en los despoblados ó caminos

F

- Fakih Profesor, maestro, sabio
 Feidja Llanura
 Fhata Acto de oración. El acto de unir las dos manos y llevarlas después al pecho ó al rostro, rezando algún versículo del Korán
 Plus Moneda de cobre
 Foggara Pozo
 Fondak Hospedería de caravanas
 Feyer Hora del amanecer

G

- Gaba, gaieb Bosques
 Gada Meseta
 Gedin Colina de cima plana
 Gebdin Esparto
 Golb, Guelob Cumbre más alta de una montaña ó cordillera
 Guad Rio
 Guembri Guitarrilla moruna de dos cuerdas

H

- Habus ó hubus Bienes religiosos pertenecientes á cofradías y exentos de tributos
 Hadjira Piedras

Hadjib.	Jefe de palacio; mayordomo mayor
Haique.	Jaique. Capa con capucha que usan los moros
Hammada.	Todo lugar peñascoso; acantilado, barranco
Haur.	Término de lugar, alrededores
Harka.	Campamento de guerra. Conjunto de fuerzas combatientes
Hauita.	Montón de piedras indicando una sepultura
Hegira.	Principio de la Era musulmana. Fecha en que Mahoma tuvo que huir á Medina desde la Meca (1)
Hhaxra.	Piedras

I

Iguidi.	Montes de arena, dunas
Igzar.	Curso de agua

(1) Corresponde al 16 de Julio del año 622 de nuestra era, y como los años musulmanes tienen 11 días menos que los nuestros, para hallar la correspondencia entre unos y otros, el padre Lerchundi da la siguiente fórmula: Dado un año de hégira se divide por 33; el cociente se resta del dividendo, que es dicho año, y á la diferencia se añaden 622.

Ejemplo: Dado el año 1286 de la hégira, hallar el año cristiano correspondiente.

1286 : 33 igual 33 de cociente entero y 32 de resto; 1286 menos 39 igual 1247 más 622 igual 1869.

Ikhf	Pico escarpado
Imám	Sacerdote que preside las ceremonias religiosas
Imi	Garganta, paso estrecho
Ircer	Río intermitente, seco á temporadas

J

Jaljal	Adorno que usan las moras en las piernas á manera de brazalete
Jandak	Foso, zanja, barranco estrecho
Jarroba	Medida para áridos, usada en algunos puntos de la costa
Jatib	Predicador del Sultán
Jik-er-rebea	Jefe de los combatientes en cada tribu
Jolab	Elocuencia
Jotba	Sermón religioso

K

Kadi	Juez.— En la corte, ministro de justicia
Kadi-el-Mexuar	Jefe de las tropas de palacio
Kafian	Especie de túnica que usan los moros y algunos soldados del Sultán
Kaíd	Alcaide, jefe de tribu, capitán, caudillo

- Kaíd-el-Mechuar Jefe de la guardia de palacio
é introductor de embajado-
res
- Kareb Barcazas de la costa rifeña
- Kazba Alcazaba
- Kebir Grande
- Kebir-el-Asker Ministro de la guerra.— Ge-
neral de la Infantería
- Khela Desierto
- Kippur Nombre de una fiesta titula-
da del perdón y del ayuno,
que celebran los judíos en
el Mogreb
- Koran Libro sagrado de los musul-
manes
- Kubba Santuario
- Kudia Colina, cerrillo, eminencia de
poco relieve
- Kuskusu Alcuizuz; pasta de harina y
miel

L

- Laib Juego
- Loh Encerado de madera pintada
- Lubia Habichuelas

M

- Mader Islote cultivable de río
- Magreb Oración de la puesta del sol
- Majzen ó Makheen . . Gobierno central, conjunto de
organismos administrativos

Makudi	Tradiciones árabes
Maulud	Fiesta religiosa
Mayel	Pantano, ciénaga
Mazmora.	Silo para conservar las cosechas
Medarsa	Universidad
Mehalla	Columna militar expedicionaria
Melk.	Propiedad particular
Meshraa	Vado
Mexuar	Barrio
Mojahzni	Moro de Rey, soldado regular
Morabito	Jefe religioso en las cofradías
Msala	Oratorio público
Msid	Escuela
Muley	Mi dueño, mi señor
Muna	Tributo en víveres
Musan.	Romería
Mzara	Sepulcro de un santo

N

Nader	Administrador de bienes religiosos
Nuaia	Medida ponderal para el oro y la plata
Nuba.	Guarnición
Nzala.	Posada de caravanas. Punto de etapa en los caminos públicos

O

Oglat.	Grupo de pozos
----------------	----------------

R

- Rás Cabeza, cabo, promontorio, cima, cumbre
 Ráis Arráez, capitán de barco
 Rboa. Fracción de varias cábilas
 Rekka Cosario, peatón que lleva cartas ó encargos de un lugar á otro

S

- Sid ó sidi Caballero; santón, sepultura de un morabito
 Sahel. Playa, parte llana de la costa
 Salham Albornoz de lana
 Samet helu Especie de arropo, mosto cocido y sin fermentar
 Samet el harami Mosto fermentado
 Sed. Estacada; presa de un río; portazgo en los puentes
 Seguia. Canal de riego, acequia
 Shna. Carnero asado
 Sof. Barrio aislado
 Sok. Mercado, Zoco

T

- Taleb. Estudiante de Universidad marroquí

Tamahek	Los tuaregs ó berberiscos del sur del Atlas
Tarbux	Gorro encarnado que usan los moros
Taurirt	Contrafuerte montañoso
Teli	Zona montañosa
Tertib	Reglamentos de impuestos
Thriza	Regalo, pago de un favor ó servicio
Tirremt	Casa fortificada ó almacén de frutos
Tize	Puerto entre dos montañas

U

Ulad	Hijos de
Ulja	Pradera, terreno de pastos
Umana	Intendente de aduanas
Uta	Llanura

X

Xaxia	Gorro que usan los moros de rey
Xej ó xeka	Anciano que preside los consejos de los pueblos
Xerife	Noble, descendiente de Mahoma por su hija Fátima
Xerifa	Mujer, íd., íd.

Y

Yamáa	Mezquita
-----------------	----------

Yarrumia	Gramática árabe
Yemáa.	Concejo de aldea

Z

Zahab	Compañeros de la misma co- fradía ó asociación
Zauia	Ermita ó capilla donde se ha- lla enterrado un santón.— Significa literalmente án- gulo, esquina

NUMERACIÓN CARDINAL

Un, uno	Uahhed
Una	Uahheda
Dos	Tzenain ó zúi
Tres	Tzelátza ó tzeltza
Cuatro.	Arbáa
Cinco	Jamsa
Seis	Setztza
Siete	Sebáa
Ocho.	Tzémnia ó tzémánia
Núeve	Tzesáud ó tzesáa
Diez	Axerá
Once.	Hhedáx
Doce.	Tenáx
Trece	Tzeltax
Catorce	Arbátáx
Quince.	Jamsetáx
Dieciséis.	Settáx

Diecisiete	Sebáttáx
Dieciocho	Tzeméntax
Diecinueve	Tzesátáx
Veinte	Axerín
Veintiuno	Uáhhed ú áxerín (1)
Treinta	Tzelátzín
Cuarenta	Arbáín
Cincuenta	Jamsín
Sesenta	Setztzín
Setenta	Sebáín
Ochenta	Tzemánín
Noventa	Tzesaín
Ciento	Mía
Ciento uno	Mía ú uáhhed
Ciento dos	Mía ú zúy (2)
Ciento veinte	Mía ú áxerín
Ciento veintiuno	Mía ú uáhhed ú áxerín (3)
Doscientos	Míatzaín
Trescientos	Tzeltz mía
Cuatrocientos	Arbá mía
Quinientos	Jams mía
Seiscientos	Setztz mía
Setecientos	Sebá mía
Ochocientos	Tzeman mía
Novecientos	Tzesá mía
Mil	Alef

(1) Uno y veinte; *tenáin ú axerín*, dos y veinte; etc., etc. Recuérdese lo dicho en la pág. 191.

(2) Y así sucesivamente, ciento tres, ciento doce, ciento dieciséis, etc., etc.

(3) Ciento y uno y veinte; y así sucesivamente, ciento y dos y treinta, ciento y tres y cuarenta, etc., etc.

Mil uno	Alef ú uahhed (1)
Dos mil	Alfaín
Tres mil.	Tzeltz álaf (2)
Cien mil.	Miatz (3) álaf
Un millón.	Melfún, pl. meláin
Dos millones	Zuy meláin

NUMERACIÓN ORDINAL

Del primero al décimo tienen masculino y femenino, y éste se forma agregando una *á* al masculino.

Primero	Úuel ó Úueli. — Fem. Úuelá.
Segundo	Tzáni
Tercero	Tzáletz
Cuarto.	Rábá
Quinto.	Jámes
Sexto.	Sádes
Séptimo	Sábá
Octavo	Tzámen
Noveno	Tzása
Décimo	Aáxar

Del undécimo en adelante se usan los cardinales anteponiéndoles el artículo, y son invariables para uno y otro género: v. gr.: el undécimo, *el hhedáx*.

(1) Y así sucesivamente, en la forma indicada. También suele decirse diez cientos, *áxerá míá*; once cientos, etc.

(2) Tres millares. *Alaf* es el plural de *alef*, mil. Cuatro mil ó cuatro millares, *árbá alaf*, y así sucesivamente como en las centenas.

(3) *Miat*, pl. de ciento.

EL AÑO MUSULMÁN

Tiene doce meses y todos ellos comienzan con la luna, á saber.

- 1.º — El axur
- 2.º — Xáá el-axur
- 3.º — El-maúlúd
- 4.º — Xáá el maúlúd
- 5.º — Yumáda el-úuel
- 6.º — Yumáda et-táni
- 7.º — Reyeb
- 8.º — Xaabán
- 9.º — Ramadán
- 10.º — El-áiz ez-zaghuir
- 11.º — Baín el-aáiád
- 12.º — El-áid el-kebir (1)

LA SEMANA

Domingo	Nehár el-hhad
Lunes	íd. letnin
Martes	íd. et-telatá
Miércoles	íd. el-arbáa
Jueves	íd. el-jemis
Viernes	íd. el-yemuáa
Sábado	íd. es-sebt

(1) Según la nomenclatura más vulgar.

EL DÍA

Los árabes lo dividen por lo general en diez períodos:

- | | |
|---|-------------------------------------|
| 1.º — El amanecer. | El feyer |
| 2.º — La mañana. | Ez-zebahh |
| 3.º — De ocho á diez. | Eddehha |
| 4.º — De diez á doce. | Eddehha el ááli |
| 5.º — Medio día. | El úuelí, ó el áálám,
ó er-rauál |
| 6.º — La primera parte de la
tarde | Ed-dohor |
| 7.º — Segunda parte de la tarde | El-ázar |
| 8.º — La hora del ocaso. | El-maghureb |
| 9.º — La primera parte de la no-
che | El-áxá |
| 10.º — Media noche. | Nuzz el-líl |





DOS PALABRAS

La traducción y el vocabulario que anteceden fueron publicados, durante agosto y septiembre de 1909, en el periódico *Ejército y Armada*, cuando la obra del Teniente Coronel Frisch apenas era conocida en España y no había noticia de que se pensara en traducirla.

Considerando la escasa valía del trabajo no se me ocurrió coleccionarlo en forma de libro, y si ahora lo hago, sólo es cediendo á la benévola insistencia de muy estimados compañeros y queridos amigos, que juzgan pueden ser estas páginas de alguna utilidad á nuestros hermanos en Africa.

Por esto, y sólo por esto, las doy á luz, y por esto vuelvo á repetir lo ya dicho: Ajenas á toda pretensión de importancia únicamente ruego que sea estimado en ellas el buen deseo, no su labor ni merecimientos literarios.

J. PRATS.





INDICE

	Págs.
DE LA GUERRA EN AFRICA	
DEDICATORIA.....	5
I. De la guerra en Africa.....	7
II. Deberes del comandante de una columna.	19
III. Marcha de una columna:	
<i>Partida</i>	31
<i>Marcha en tres columnas</i>	34
<i>Paso de obstáculos y desfiladeros</i>	36
<i>Flanqueadores</i>	38
<i>Marcha en verano</i>	39
IV. Instalación del vivac.....	43
<i>Colocación de las grandes guardias y de</i> <i>los puertos avanzados</i>	49
<i>Salida del vivac</i>	55
V. Marcha de la Infantería sin mochilas y de la Caballería sin grupas.....	60
VI. Reconocimiento	69
VII. Obligaciones del Jefe de la Caballería...	77
<i>De la limpieza y cuidado de los caballos.</i>	87
<i>Paso de ríos</i>	88
<i>De las cargas</i>	89

	Págs.
VIII. Marchas de noche.....	92
<i>Encuentros por la noche</i>	105
IX. Deberes del jefe de la Infantería en la re- taguardia.....	106
V. De las razzias.....	113
XI. Ataque de un campo enemigo durante la noche.....	121
XII. Ataque nocturno de un campamento fran- cés por los árabes.....	128
XIII. Sumisiones.....	135
XIV. Tren de equipajes.....	143
XV. De los gums.....	149
XVI. Oficinas Árabes.....	161
XVII. De la kabylia.....	171

VOCABULARIO ELEMENTAL

ESPAÑOL-MARROQUÍ MARROQUÍ-ESPAÑOL

Advertencia.....	186
Nociones gramaticales.....	189
Vocabulario hispano-marroquí.....	193
Idem marroquí-español.....	227
Numeración cardinal.....	237
Idem ordinal.....	239
El año musulmán.....	240
La semana.....	240
El día.....	241
—	
Dos palabras.....	243
Índice.....	245





TRATADO
DE
MORAL Y DE URBANIDAD

PARA LAS CLASES DE TROPA DEL EJÉRCITO

POR

DON JUAN PRATS Y GIMENO

Teniente Coronel de Infantería

(3.^a edición)

PRECIO: UNA PESETA

Los pedidos al autor en la Caja de Huérfanos
de la Guerra.—Madrid.



PRECIO:
DOS pesetas en toda España.

*Los pedidos al autor.—Caja de Huérfanos de la
Guerra.—Madrid.*







D: Ne 268

ULB Halle

3/1

000 863 238



Wilhelm Felger
Buchbinderei
Halle, Mittelstr.5

